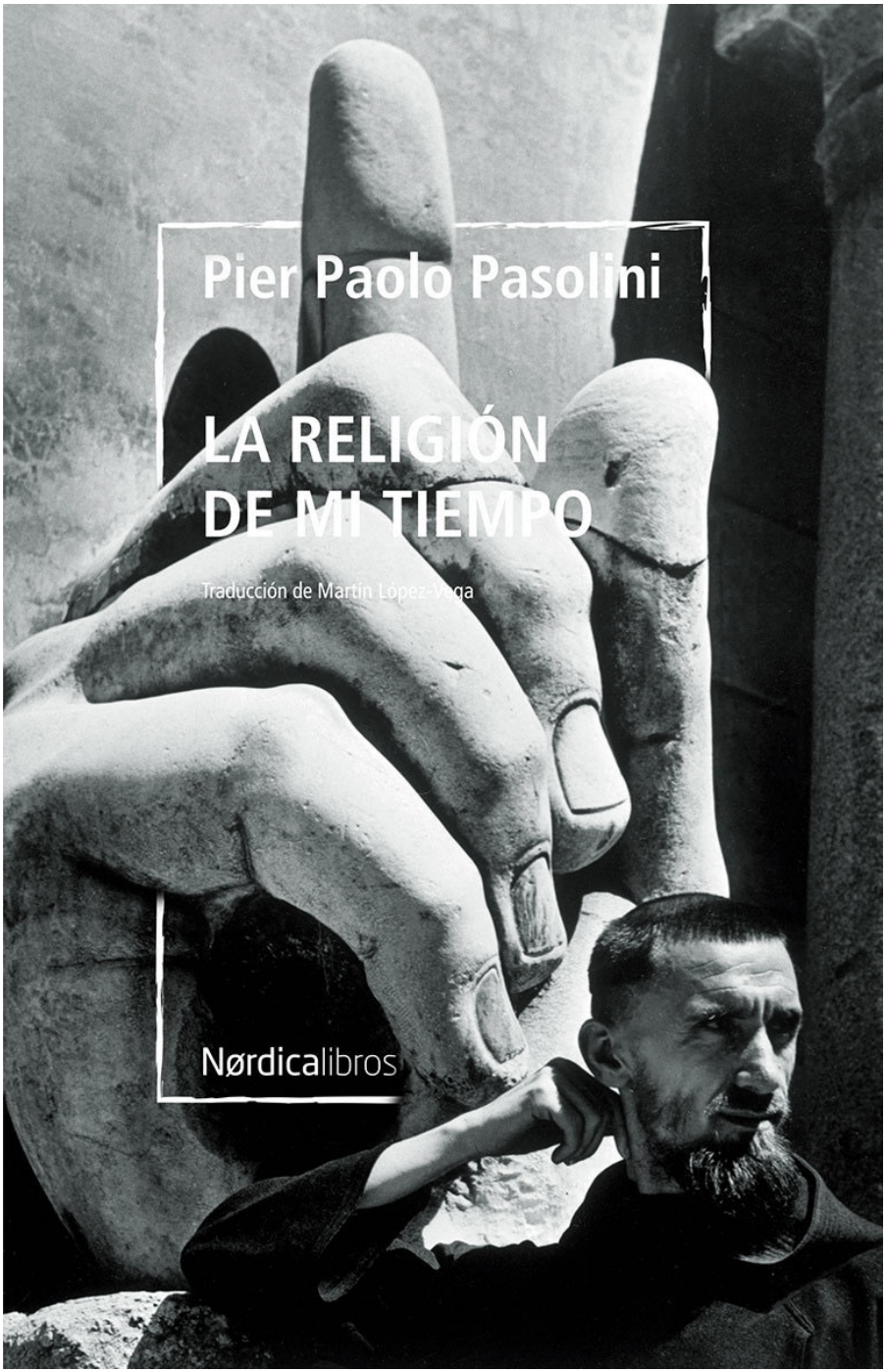


Pier Paolo Pasolini

LA RELIGIÓN DE MI TIEMPO

Traducción de Martín López-Vega

Nørdicalibros

Pier Paolo Pasolini

La religión de mi tiempo

(poesía, 1957-1971)

Edición bilingüe

Traducción y prólogo de

Martín López-Vega

«Pasolini no amaba la furtividad: ni en cuestiones eróticas, ni en ninguna otra.» Esa es la premisa con que Enzo Siciliano arranca su Vita di Pasolini para desmontar la teoría oficial de la muerte del escritor. Pasolini nunca se escondió: amaba provocar, escandalizar, cuando aún esas palabras tenían un sentido; cuando provocar, escandalizar, podía hacerse con una función. Nunca la provocación de Pasolini fue gratuita. Su modo de provocar era levantar pavesas para mostrar la tierra que había debajo, desmontar el decorado oficial (ese «espacio abstracto» de Lefebvre) para mostrar que si el mundo (con sus frustraciones, sus censuras, sus mitos, sus morales, sus prohibiciones) es como es, no es porque tenga que ser así, porque solo pueda ser de un modo, sino porque hay quien quiere que sea así.

Y el modo favorito de Pasolini (para quien la felicidad solo podía encontrarse en la libertad; para quien la felicidad era, por tanto, un imposible, pero un imposible en cuya búsqueda valía la pena perder la vida) para mostrar eso consistía en mover una pieza de sitio. Cambiar de lugar una pieza que siempre ha estado en el mismo lugar obliga a ver la realidad desde un ángulo nuevo (político, desde luego), forzando a reinterpretar el significado de cada elemento, especialmente de aquellos cuyo sentido dábamos por supuesto. Es lo que mueve toda su obra, y baste como ejemplo su idea de proponerle al poeta ruso Eugeni Evtuchenko que interpretase a Jesucristo en su film El Evangelio según san Mateo. En 1963 le escribía a Moscú explicándole las razones de semejante ofrecimiento:

[…] ¿Cómo se me ha ocurrido? Tal vez sepas que yo no soy un director… serio, y que no busco a mis intérpretes entre los actores: hasta ahora, para mis films lumpenproletarios, los he encontrado, como se dice en Italia, «en la calle».

Para Cristo, un «hombre de la calle» no sería suficiente: a la inocente expresividad de la naturaleza es necesario añadir la luz de la razón. Y entonces he pensado en los poetas. Y pensando en los poetas he pensado en ti el primero.

A todo el mundo le parecerá extraño que te elija para hacer de Cristo a ti, un comunista. ¿Pero no soy yo acaso un comunista? Las razones ideales de esta obra mía son muy complejas. Te las simplificaré transcribiendo el primer texto de mi película: «Esta película quiere contribuir, en la modesta medida que se puede permitir a una película, a la obra de paz iniciada en el mundo por Nikita Jrushchov, Juan XXIII y John Kennedy» (Pasolini, 1994: 246).

Difícil, si no imposible, leer la poesía de Pasolini como una manifestación separada del resto de su obra (novelas, películas, su recientemente descubierta faceta de pintor). La poesía es, con todo, el sistema nervioso de toda su producción, el laboratorio donde sus ideas se decantan y quintaesencian para luego disolverse en las distintas formas narrativas. Él mismo, en un texto escrito para una selección de sus poemas publicada en 1970 por la editorial Garzanti, habla de sus películas y dice que las hizo «como poeta». En ese mismo texto explica sus primeros pasos como tal. Después de explicar que fue su madre quien le contagió el amor por la poesía, tras enseñarle un soneto que concluía con el verso «y amores por ti yo tengo muchos», fue un poeta épico a los trece años («de la Ilíada a Os Lusíadas», confiesa), que no evitó el encuentro con Carducci, Pascoli o D'Annunzio. Una fase que acabó cuando, durante una clase en Bolonia en el liceo Galvani, en 1937, el profesor sustituto, Antonio Rinaldi, leyó a la clase un poema de Rimbaud. Vino después el gran período de los llamados «herméticos» (Montale, Quasimodo, Ungaretti) y las primeras amistades literarias: Francesco Leonetti, Roberto Roversi, Gaetano Arcangeli, Alfonso Gatto. En 1942 paga de su bolsillo la publicación de su primer libro de versos, Poemas de Casarsa, que editará la librería anticuaria de Landi.

Pasolini escribió poesía tanto en dialecto friulano (idioma que usó para los Poemas de Casarsa) como en italiano normativo. Andrea Zanzotto halla una diferencia fundamental en el uso que el poeta hace de ambas lenguas: según él, para Pasolini el friulano es el idioma de su madre, mientras que el italiano es la lengua del padre, de la burguesía, la «lengua vehicular mayor» (201-212) con una función pública. Y es a esa función pública a la que el poeta no renuncia nunca, considerándola constitutiva de su lenguaje poético, haciendo que entren en él también con pleno derecho los tonos oratorios y declamativos (Marazzini, 23). Y eso pese a que, como cuenta en el texto ya citado, «lo que me convirtió en comunista fue la lucha de los campesinos friulanos contra los propietarios de los grandes terrenos y las granjas tras la guerra».

El italiano será el idioma que Pasolini elija para su poesía «civil». Es en ella donde se advierte el impacto paralelo de la historia y de la actualidad (Marazzini, 24). Marazzini subraya también el hecho de que algunas palabras del dialecto aparecen trasvasadas a la poesía en italiano de Pasolini, curiosamente, no como notas regionalistas, sino asumiendo una función noble, con un rol de cultismos (28).

Lo que traemos al lector es, pues, una muestra de esa poesía civil escrita en italiano. Las cenizas de Gramsci (1957) aparece dos años después de su primera novela, de su primer éxito y de su primera denuncia (seguirán muchas). Se trata de un largo poema narrativo

(que a Calvino le recordaba los poemas civiles de Foscolo). La historia de Italia y su paisaje son la excusa para hablar de su propia desilusión política. En la sección que le da título, centro de gravedad del conjunto, Pasolini dialoga con la tumba de Antonio Gramsci, conocido intelectual marxista que tuvo una gran influencia en los años de formación de Pasolini y que ahora es, sin embargo, centro de la diana de su desilusión, o, más matizadamente, uno de los lugares en los que se pone en juego ese «contradecirme» tan pasoliniano. Gramsci está enterrado en el cementerio protestante de Roma, no lejos de Shelley. Su lápida reza apenas: «Cinera Gramsci», y las dos fechas. La figura de Antonio Gramsci es omnipresente en la política y cultura italianas de la posguerra. Fundador del Partido Comunista Italiano en 1921, en 1926 fue detenido y ya nunca abandonaría la prisión. Durante su encarcelamiento escribió un gran número de cuadernos y cartas sobre historia, cultura, filosofía y política. Estos escritos, que se publicarían ya acabada la guerra, influirían de modo decisivo en el curso del pensamiento italiano posterior, especialmente con el aumento de la influencia del Partido Comunista en las décadas de los sesenta y los setenta.

La religión de mi tiempo (Pasolini tomó el título de un soneto del poeta romanesco Giuseppe Gioachino Belli) se publicó en 1961. El tema general del libro lo resume en una entrevista concedida el mismo año de su publicación por el propio Pasolini. En respuesta al crítico marxista Carlo Salinari, después de aclarar que la ideología de un poeta no consta apenas de su vertiente política, diferencia la crisis que refleja este nuevo libro de la contada en Las cenizas de Gramsci: «La religión de mi tiempo expresa la crisis de los años sesenta […]. La sirena neocapitalista de un lado, el desistimiento revolucionario del otro; es el vacío, el terrible vacío existencial que nos derrota» (Bazzochi, 162).

Poesía en forma de rosa aparece en 1964, en dos ediciones muy cercanas: una primera en abril, y una segunda, corregida, en junio. La rosa es aquí «símbolo de sexualidad y de irracionalidad, además de alusión mística y dantesca» (Bazzochi, 154-155). Se trata de un libro más variado en la forma y en el fondo (el propio Pasolini habla en la solapa del libro de «Temas, trenes y profecías, diarios, entrevistas, reportajes y proyectos en verso»). Pasolini narra el momento presente como si se tratase de una nueva prehistoria, ya caídos todos los ideales de la década de los 50.

El último de los libros aquí recogidos, Transhumanar y organizar, se publica en 1971. El libro mezcla, como el título, meditación y acción, poemas políticos y poemas de amor: de nuevo la contradicción pasoliniana, como si nada existiese sino al ser puesto en contradicción, tras superar la prueba de ser contradicho. «Trasumanar», que hemos traducido como «Transhumanar», es una palabra inventada por Dante (Paradiso I, 7071). En conjunto, el título hay que leerlo, como de otro

modo es habitual en Pasolini, como un oxímoron que reúne la praxis marxista y la trascendencia católica (la expresión es de John Ahern).

Pasolini no quiere hablar al pueblo desde un balcón, ni desde una cátedra: él es un igual hablando a sus iguales, despertando a sus iguales. Por eso critica, por ejemplo, a Picasso, acusándole de alejarse del pueblo incluso cuando lo expresa, como en el Guernica, donde su «error» es representar «la idea, el puro capricho, / airado, de gigantesca y grasienta / expresividad» sin llegar a hundirse él mismo en el infierno que el pueblo habita (Biancoforte, 67).

Giuseppe Zigaina propone un curioso ejercicio para comprender mejor la técnica expresiva de Pasolini. Toma un paso del guion de Uccellacci e uccellini en el que el cuervo, que es la contrafigura del director, es desplumado y zampado por Totò al final de la película. Zigaina propone sustituir, en ese parlamento, la palabra cuervo por la palabra yo. Según él, «el texto resultante asume un valor perfectamente adecuado al discurso que habría hecho sobre su propia muerte un Pasolini en el valle de Josafat». Este sería el texto resultante:

> Yo «debía ser comido» al final: esta era la intuición y el plano inderogable de mi fábula. Debía ser comido, porque, a mi vez, había concluido mi mandato, concluido mi cometido, había sido, como se dice, superado; y además porque, por parte de mis asesinos, debía llevarse a cabo «la asimilación» de cuanto de bueno —de entre lo poco de útil— que yo hubiera podido, durante mi mandato, haber dado a la humanidad (54).

Pier Paolo Pasolini nació el 5 de marzo de 1922 en Bolonia, hijo de una maestra y de un oficial de infantería. Debido a los traslados motivados por el oficio de su padre vivió en distintos lugares de Italia. Ya en su primera juventud pasará siete años en Bolonia (intercalando los veranos de Casarsa), donde nace su vocación literaria. En 1942 participa en un viaje a la Alemania nazi organizado como encuentro de la juventud universitaria de los países fascistas. De regreso publicó un artículo que lo situaba ya fuera del fascismo. Obligado a alistarse en el ejército en 1943, desobedeció la orden de entregar las armas a los alemanes y huyó de la deportación disfrazado de campesino, refugiándose en Casarsa. Allí, con algunos amigos, fundaría la «Academiuta di lengua furlana», cuyo fin era reivindicar el uso literario del friulano. En 1944, en parte para escapar de los reclutamientos fascistas para el nuevo ejército de la República de Salò, se traslada con su madre a Versuta, donde fundan una escuela gratuita en su casa. Se enamorará de uno de sus alumnos a la vez que la violinista eslovena Josipina Kalc, que se había refugiado con su

familia en casa de los Pasolini, se enamoraba de él. En 1945 el hermano pequeño de Pier Paolo, Guido, fue asesinado junto a su partida de partisanos por una milicia comunista. En los años siguientes continuará su carrera literaria a la vez que cimentará su fama de polemista político, de comunista fuera del partido. Comienza a enseñar literatura en escuelas públicas y se afilia al PCI. En 1950 se traslada a Roma con su madre, que trabaja como empleada de hogar. Conoce a Sandro Penna y consigue un puesto de maestro en una escuela media de Ciampino. Comienzan sus años de más actividad y presencia pública hasta su decisión de mantenerse al margen, con un momento simbólico en 1970, cuando compra la Torre de Chia, en la que hizo construir un apartamento para dos. El alejamiento, sin embargo, será solo simbólico, y Pasolini tendrá una gran presencia pública hasta el momento de su asesinato, la noche del 1 al 2 de noviembre de 1975.

Pasolini se quiso un hombre libre. Para ello hurgó sin anestesia en los rincones más ocultos de su formación, de su biografía, de sus impulsos y de su inteligencia para arrancar las malas hierbas de lo impuesto, de lo asumido sin crítica, de lo obligatorio, de lo mal llamado «moral». Pese a considerarse comunista (nunca un comunista ortodoxo), sabía que ninguna idea era definitiva, que la verdad no era algo que pudiera atraparse, sino algo que «sucede» en el encuentro de cosas diversas. Buscó y expuso sin pudor todo lo que encontró. Fue juzgado, insultado, golpeado. Todo lo resistió, sin cejar en su búsqueda, hasta su brutal asesinato la noche del 1 de noviembre de 1975. Un asesinato que todavía hogaño es motivo de dudas y debate. ¿Quién le asesinó? ¿Quién martirizó a Pier Paolo Pasolini, santo mártir de la libertad absoluta? Aunque sus asesinos, aún hoy impunes, tenían nombre y apellidos, lo más inquietante es que le asesinó un ente abstracto: le asesinó la sociedad. Sus enemigos se contaban en todos los bandos: su soledad era tal que ni siquiera sus amigos más cercanos le comprendían del todo (ponen los pelos de punta las declaraciones de su amigo Moravia tras el asesinato, viniendo a decir, poco más o menos, que se lo había buscado por esas compañías suyas). Lo dramático, lo escalofriante, lo turbador, es que a Pier Paolo Pasolini, como a Jesucristo (tal vez le hubiera gustado la comparación), pero de una forma mucho más brutal, con infinito ensañamiento, no lo mataron los rojos, ni los fascistas, ni la ley, ni los rateros: lo mató Fuenteovejuna.

Martín López-Vega
Iowa City, 11 de octubre 2014

BIBLIOGRAFÍA

BAZZOCCHI, MARCO ANTONIO (1998), Pier Paolo Pasolini. Bruno Mondadori, Milán.

BIANCOFIORE, ANGELA (2003), Pasolini. Palumbo, Palermo.

MARAZZINI, CLAUDIO (1998), Sublime volgar eloquio. Il linguaggio poetico di Pier Paolo Pasolini. Mucchi Editore, Módena.

PASOLINI, PIER PAOLO (1994), Vita attraverso le lettere, edición de Nico Naldini, Einaudi, Turín.

—(1995), Interviste corsare. Sulla politica e sulla vita 1955-1975, edición de Michele Gulinucci. Atlantide editoriale, Roma.

Siciliano, Enzo (2005), Vita di Pasolini. Mondadori, Milán.

ZANZOTTO, ANDREA (1980), «Pasolini poeta», in Pasolini, Poesie e pagine ritrovate, edición de A. Zanzotto y N. Naldini, Lato Side editori, Roma.

ZIGAINA, GIUSEPPE (1999), Pasolini. «Un'idea di stile: uno stilo!», Marsilio, Venecia.

LAS CENIZAS DE GRAMSCI
(1957)

LAS CENIZAS DE GRAMSCI

I

No es de mayo este aire impuro
que el umbroso jardín extranjero
vuelve aún más oscuro o ciega

con súbitos resplandores… Este cielo
de babas sobre los áticos ocres
que en inmensos semicírculos sirven de velo

a las curvas del Tíber, a los azulados
montes del Lazio… Emana una paz
mortal, inquietante como nuestros destinos,

tras las viejas murallas el otoñal
mayo. Refleja la grisura del mundo
al final de la década en que parece

entre escombros liquidado el profundo
e ingenuo esfuerzo de rehacer la vida;
el silencio, podrido y estéril…

Tú, joven, en aquel mayo en que el error
significaba todavía vida, en aquel mayo italiano
que a la vida añadía cuando menos ardor,

mucho menos imprudente e impuramente sano
que nuestros padres —no padre, sino humilde
hermano—, ya con tu manita delgada
delineabas el ideal que ilumina
(pero no para nosotros: tú muerto, y nosotros
también muertos, junto a ti, en el húmedo

jardín) este silencio. No puedes,
¿te das cuenta?, más que reposar en este lugar
extraño, recluido aún. Un tedio

patricio te circunda. Y, apagado,
solo te alcanza algún golpe de yunque

desde las oficinas del Testaccio

en el crepúsculo amodorrado: entre míseros cobertizos,
desnudas pilas de hojalata, chatarra, donde
cantando disoluto un aprendiz concluye

su jornada, mientras en torno escampa.

II

Entre dos mundos, la tregua que nos es ajena.
Dilemas, entregas… otro sonido no tienen
ya más que este del jardín desolado

y noble, donde tozudo el engaño
que atenúa la vida persiste en la muerte.
En los círculos de los sarcófagos no hacen

más que mostrar la suerte duradera
de gente laica las laicas inscripciones
de estas piedras grises, breves

e imponentes. Aún de pasiones
desenfrenadas sin escándalo son brasas
los huesos de los miles de naciones

mayores; resuenan, casi nunca desaparecidas,
las ironías de los príncipes, de los pederastas,
cuyos cuerpos están en las urnas diseminadas

incinerados, sí, pero ni así castos.
Aquí el silencio de la muerte es fe
de un civil silencio de hombres que aún son

hombres, de un tedio que en el tedio del Parque
se transforma discretamente: y la ciudad
que, indiferente, lo confina entre

tugurios e iglesias, impía en la piedad,
pierde su esplendor. Su tierra
fértil de ortigas y legumbres da

estos cipreses enjutos, esta negra
humedad que mancha los muros en torno

a descoloridos arbustos de boj que la tarde

al serenarse apaga como desangelados
indicios de alga… Esta escasa hierba fresca
sin aroma en que violeta se abandona

la atmósfera con un escalofrío de menta
o heno podrido, y calmada anuncia,
con diurna melancolía, la apagada

trepidación de la noche. Rudo
de clima, dulcísimo de historia, es
entre estos muros el suelo en que transpira
otro suelo; esta humedad que
recuerda otra humedad; y resuenan
—familiares desde latitudes y

horizontes donde las silvas inglesas coronan
lagos extraviados en el cielo, entre praderas
verdes como mesas de billar fosforescentes o como

esmeraldas: And O ye Fountains…—las pías
invocaciones…

III

Un trapo rojo, como el que alrededor
del cuello llevaban los partisanos,
y junto a la urna, sobre el terreno céreo,

de un rojo distinto, dos geranios.
Ahí estás, proscrito y con una severa elegancia
no católica, alistado entre muertos

extraños: Las cenizas de Gramsci… Entre la esperanza
y la desconfianza, como siempre, me acerco a ti, llegado
por azar a este exiguo invernadero, ante

tu tumba, ante tu espíritu perpetuado
aquí abajo entre los libres. (O es algo
distinto tal vez, más extasiado

y también más humilde, ebria simbiosis
adolescente de sexo y muerte…)

Y en esta tierra en la que no encontró reposo
tu tensión siento cuán errado
—aquí en la quietud de las tumbas—, y a la vez
cuán cierto —en el inquieto destino

nuestro—, estabas al redactar las magnas
páginas en los días de tu asesinato.
He aquí el testimonio de la semilla

—no dispersa aún— del antiguo dominio,
estos muertos aferrados a una avidez
que hunde en los siglos su abominación

y su grandeza: y a la vez, obsesivo,
aquel vibrar de yunques, en sordina,
sofocado y angustioso —del humilde

barrio—, que da fe de su fin.
Y heme aquí a mí mismo… Pobre, vestido
con los trapos que los pobres admiran en los escaparates

por su áspero esplendor y que han desteñido
la mugre de las calles más apartadas
y de los bancos de los tranvías que aturden

mi día a día. Aunque cada vez son más raros
estos momentos de alivio en el tormento
de mantenerme con vida. Y si

amo el mundo no es por violento
e ingenuo amor sensual, del mismo modo
que en otro tiempo, confuso adolescente,

lo odié, si al hacerlo me hería el mal
burgués de mi yo burgués: y ahora, repartido
—contigo— el mundo, ¿no parece objeto
de rencor y casi de místico
desprecio la parte que ostenta el poder?
Incluso sin tu rigor, subsisto

porque no elijo. Vivo en el no querer
de la posguerra en declive: amando
el mundo que odio —en su miseria

desdeñoso y perdido— por un oscuro escándalo
de la conciencia…

IV

El escándalo de contradecirme, de estar
contigo y contra ti; contigo de corazón,
en luz, en tu contra con las oscuras vísceras;

traidor a mi estado paterno
—de pensamiento, en una sombra de acción—
me sé apegado a él en el calor

de los instintos, de la pasión estética;
atraído por una vida proletaria
anterior a ti, para mí es religión

su alegría, no su milenaria
lucha: su naturaleza, no su
conciencia; es la fuerza originaria

del hombre, perdida en el acto,
lo que le otorga la ebriedad de la nostalgia
y una luz poética: y no sé decir
otra cosa que aquello que es
justo pero no sincero, abstracto
amor, no simpatía acongojada…

Pobre como los pobres, me apego
como ellos a esperanzas humillantes,
como ellos para vivir peleo

cada día. Pero, en mi desoladora
condición de desheredado,
yo poseo: y poseo la más exaltante

de las posesiones burguesas, el estado
más absoluto. Pero del mismo modo que poseo
la historia, ella me posee; me ilumina:

pero ¿de qué sirve su luz?

V

No me refiero al individuo, fenómeno
del ardor sensual y sentimental…
Ese tiene otros vicios, otro es el nombre

y la fatalidad de su pecado…
¡Pero cómo están en él amasados
los comunes vicios prenatales y el

pecado objetivo! Los actos internos
y externos que lo encarnan
a la vida no son inmunes a ninguna

de las religiones de esa vida,
como hipoteca de la muerte, instituidas
para engañar a la luz e iluminar el engaño.

Destinados a ver sepultados
sus despojos en el cementerio de Verano, su lucha
con ellos es católica, jesuíticas

las manías con que prepara el corazón
y aún más adentro: tiene bíblicas astucias
su conciencia… e irónico ardor

liberal… y áspera luz, entre la repugnancia
de los dandis de provincias, de provinciana
normalidad… Hasta las ínfimas minucias

en que se desvanecen, en el trasfondo animal,
Autoridad y Anarquía… Bien protegido
de la impura virtud y del ebrio pecar,

defendiendo una ingenuidad de obseso,
¡y con qué conciencia!, vive el yo: yo,
vivo, eludiendo la vida, y en el pecho

el sentimiento de una vida que sea olvido
abrumador, violento… Ah, qué bien
entiendo, silente en el podrido silbido

del viento, aquí donde calla Roma,
entre los cipreses fatigadamente agitados,
junto a ti, al alma cuya inscripción dice

Shelley… Qué bien entiendo el vórtice
de los sentimientos, el capricho (griego
en el corazón del patricio, nórdico
veraneante) que lo absorbió en el ciego
celeste del Tirreno; la carnal
alegría de la aventura, estética

y pueril: mientras Italia, postrada
como dentro del vientre de una enorme
cigarra, abre de par en par blancos litorales,

diseminado el Lazio de veladas huestes
de pinos barrocos, de delicados
y amarillos claros de brezo, donde duerme

con el miembro hinchado entre los andrajos su sueño
goethiano el campesino romano…
En Maremma, oscuros, estanques magníficos

de helechos de lengua de serpiente en los que se incrusta
el avellano, por las veredas que el pastor
con su juventud llena hasta el borde, ajeno.

Ciegamente fragantes en las secas
curvas de Versilia, que al mar
enmarañado, ciego, los tersos estucos,

las taraceas leves de su pascual
campiña enteramente humana
expone, ensombrecida sobre el Cinquale,

ovillada bajo los tórridos Alpes Apuanos,
los azules vítreos sobre el rosa… Peñascos,
desprendimientos, desbaratados como por un pánico

de fragancia, en la costa suave,
erguida, donde el sol lucha con la brisa
por dar suprema suavidad a los óleos

del mar… Y en torno resuena de alegría
el ilimitado instrumento de percusión
del sexo y de la luz: tan acostumbrada

está Italia que no se estremece, como

muerta en vida: gritan fervorosos
en centenares de puertos el nombre

del compañero los jovenzuelos con mador
en el moreno del rostro, entre la gente
de la costa, en huertos de cardos,

en mugrientas playuchas…

¿Me pedirás tú, muerto sin alharacas,
que abandone esta desesperada
pasión de estar en el mundo?

VI

Me marcho, te dejo en esta tarde
que, aunque triste, dulce cae
sobre nosotros los vivos, con esa luz cérea

que en el barrio en penumbra se condensa
y lo desata. Lo hace más grande, vacío,
en torno, y, más a lo lejos, lo reaviva

con una vida ansiosa que con el ronco
rodar de los tranvías, de los gritos humanos,
dialectales, compone un concierto tenue

y absoluto. Y sientes cómo en esos lejanos
seres que en vida gritan y ríen
en sus vehículos, en sus miserables

bloques de viviendas donde se consuma el traicionero
y expansivo don de la existencia,
esa vida no es más que un escalofrío;

corpórea, colectiva presencia;
sientes la falta de toda religión
verdadera; no vida, sino supervivencia

—tal vez más feliz que la vida— como
de un pueblo de animales, en cuyo arcano
orgasmo no hay otra pasión

que la del trabajo diario:

humilde fervor que otorga un aire de fiesta
a la humilde corrupción. Cuanto más vano es

—en este vacío de la historia, en esta
resonante pausa en que la vida calla—
todo ideal, mejor se manifiesta

la admirable, adusta sensualidad
casi alejandrina, que todo burila
e impuramente enciende, cuando aquí

en el mundo algo se derrumba, y se arrastra
el mundo en la penumbra volviendo
a vacías plazas, a oficinas sin aliento…

Ya se encienden las farolas estrellando
Via Zabaglia, Via Franklin, todo el
Testaccio, desangelado en torno a su gran

mugrienta colina, las calles junto al Tíber, el negro
fondo, al otro lado del río, que Monteverde
amasa o dispersa invisible en el cielo.

Diademas de farolas que se pierden,
desmayadas, y fríos de tristeza
casi marina… Falta poco para la cena;

resplandecen los pocos autobuses del barrio,
con racimos de obreros en sus puertas,
y grupos de militares se dirigen, sin prisa,

hacia la colina que oculta, entre excavaciones
podridas y montones secos de basura
a la sombra, escondidas putillas

que esperan enfadadas sobre la inmundicia
afrodisiaca: y, no lejos, entre chabolas
ilegales en las laderas del monte, o en

palacios, como en mundos, muchachos
ligeros como estraza juegan a la brisa
ya no fría, primaveral; ardientes

de despreocupación juvenil su romana

tarde de mayo oscuros adolescentes
silban en las aceras, en la fiesta

vespertina; y hacen estallar en un estruendo
las cerraduras de los garajes, alegremente,
si la oscuridad ha vuelto serena la tarde,

y entre los plátanos de la Piazza Testaccio
el viento que cae en tiritones de tormenta
es bien dulce aunque desprenda los sombreros

y los ladrillos del matadero, se empape
de sangre purulenta y por todas partes
agite desechos y olor a miseria.

Es un zumbido la vida, y quienes se pierden
en ella la pierden serenamente,
si el corazón tienen lleno: disfrutando

aquí están, desdichados, la tarde: y potente
en ellos, inerme, por ellos, el mito
renace… Pero yo, con el corazón consciente

de quien tan solo en la historia tiene vida,
¿podré jamás actuar con pura pasión
a sabiendas de que nuestra historia ha terminado?

(1954)

EL LLANTO DE LA EXCAVADORA

I

Solo amar, solo conocer
cuenta; no haber amado
ni haber conocido. Angustia

vivir un amor ya
consumado. El alma deja de crecer.
Y en el calor encantado

de la noche que plena
en las curvas del río y las amodorradas
visiones de la ciudad salpicada de luces

resuena aún de mil vidas,
desamor, misterio y miseria
de los sentidos, se me vuelven enemigas

las formas del mundo que hasta ayer
eran mi razón de existir.
Aburrido, cansado, me recojo a través de negras

plazuelas de mercados, tristes
calles en torno al puerto fluvial,
entre las chabolas y los almacenes mezclados

con los últimos prados donde mortal
es el silencio: pero más allá, en el Viale Marconi,
en la estación del Trastevere, parece
dulce todavía la tarde. Vuelven en sus motos
ligeras a sus afueras, a sus barrios,
con mono o con pantalón de trabajo,

pero bien dispuestos por un festivo ardor
los jóvenes con sus compañeros
en el asiento de atrás, sucios, rientes.

Los últimos en llegar charlan de pie en voz
alta en la noche, aquí y allá, en las mesas

de los locales aún iluminados y semivacíos.

Estupenda y miserable ciudad
que me has enseñado cuanto alegres y feroces
los hombres aprenden siendo niños,

las pequeñas cosas en que la grandeza
de la vida en paz se descubre, cómo
caminar adustos y dispuestos entre la multitud

callejera, cómo dirigirse a otro hombre
sin temblar, cómo no avergonzarse
de mirar el dinero contado

con dedos torpes por el revisor
que suda frente a las fachadas que pasan
con un color eterno de verano;

a defenderme, a ofender, a tener
el mundo ante los ojos y no
solo en el corazón, a entender

que pocos conocen las pasiones
que yo he vivido:
que no son mis hermanos, y eso que son

hermanos por tener también
pasiones de hombres
que alegres, inconscientes y enteros

viven experiencias
para mí desconocidas. Estupenda y miserable
ciudad que me has hecho

experimentar esa vida
desconocida hasta hacerme descubrir
aquello que era el mundo para cada uno.

Una luna moribunda en el silencio,
que ella misma alimenta, palidece entre violentos
ardores; que miserablemente en la tierra

cambia de vida, entre hermosas avenidas, viejas
callejuelas que aun sin dar luz deslumbran

y, en todo el mundo, se reflejan

allá arriba, una cualquiercosa de cálidos nubarrones.
Es la noche más hermosa del verano.
Trastevere, que huele a paja

de los viejos establos, a vacías
tabernas, no duerme aún.
Los rincones oscuros, las paredes plácidas

resuenan con rumores hechizados.
Hombres y muchachos regresan a casa
—bajo festones de luces abandonadas—

hacia sus callejones ciegos que obstruyen
oscuridad e inmundicia con ese paso blando
que invadía mi alma

cuando amaba verdaderamente, cuando
verdaderamente quería entender.
Y, como entonces, desaparecen cantando.

II

Pobre como un gato del Coliseo
vivía en un arrabal todo cal
y polvareda, lejos de la ciudad

y del campo, apretujado día tras día
en un autobús agonizante:
y cada ida, cada vuelta

era un calvario de sudor y ansias.
Largas caminatas en la calurosa calima,
largos crepúsculos frente a los papeles

revueltos sobre la mesa, entre calles de barro,
tapias, chabolas encaladas
sin ventanas, con cortinas a modo de puertas…

Pasaban el vendedor de aceitunas, el trapero,
de paso desde otra barriada
con la mercancía tan llena de polvo que parecía
robada, y un rostro cruel

de jóvenes envejecidos entre los vicios
de quien tiene una madre dura y hambrienta.

Renovado por el mundo nuevo,
libre —una llamarada, un hálito
que no sé nombrar— a la realidad

que humilde y sucia, confusa e inmensa,
bullía en la meridional periferia
le daba un aire de serena piedad.

Un alma en mí que no era solo mía,
un alma pequeña en aquel mundo ilimitado
crecía, nutrida por la alegría

de quien amaba aun sin ser correspondido.
Y todo se iluminaba por este amor
tal vez apenas de muchacho heroicamente

madurado así y todo por la experiencia
que nacía a los pies de la historia.
Me encontraba en el centro del mundo, en aquel mundo

de suburbios tristes, beduinos,
de amarillentas praderas acariciadas
por un viento sin paz siempre,

ya viniese del cálido mar de Fiumicino
o del campo, donde la ciudad
se perdía entre los tugurios; en aquel mundo

que tan solo podía dominar,
cuadrado espectro amarillento
en la amarillenta calima,

perforado por mil filas iguales
de ventanas con barrotes, el Penal
entre viejos campos y amodorrados caseríos.

Los papelajos y el polvo que ciego
el vientecillo arrastraba de acá para allá,
las pobres voces sin eco

de mujerzuelas venidas de los montes

Sabinos, del Adriático, y aquí
acampadas, ya con manadas

de muchachos duros y corruptibles
estridentes con camisetas harapientas,
con grises, desgastados pantalones cortos,

los soles africanos, las lluvias alborotadas
que convertían en torrentes de fango
las calles, los autobuses en las últimas paradas

hundidos en su rincón
junto a una última franja de hierba blanca
y algún ácido, ardiente vertedero…

Era el centro del mundo, como era
en el centro de la historia mi amor
por ello: y en esta

madurez que por estar naciendo
era todavía amor, todo estaba
a punto de volverse claro ¡era

ya claro! —Aquel arrabal desnudo al viento,
no romano, no meridional,
no obrero, era la vida

en su luz más actual:
vida, y luz de la vida, repleta
del caos no proletario todavía,

como la quiere el áspero diario
de la célula local, la última
ola de la revista: hueso

de la existencia cotidiana,
pura, por ser demasiado
cercana; absoluta, por ser

demasiado miserablemente humana.

III

Y ahora vuelvo a casa, rico de aquellos años

tan nuevos que nunca habría pensado
que llegaría a verlos envejecer dentro en un alma

ahora tan lejana de ellos como de cualquier pasado.
Subo las avenidas del Gianicolo, me detengo
en una encrucijada modernista, en una calle arbolada,

en una astilla de muro —ya estoy en el confín
de la ciudad sobre la ondulada llanura
que se abre ante el mar. Y renace

en mi alma —inerte y oscura
como la noche abandonada a su perfume—
una simiente ya demasiado madura

como para ser capaz de dar fruto, en el cúmulo
de una vida que se ha vuelto cansada y brutal…
Aquí está Villa Pamphili, y en la luz

que tranquila reverbera
en los muros nuevos, la calle donde vivo.
Junto a mi casa, sobre la hierba

reducida a una baba oscura,
una huella en las zanjas recién
excavadas, en la toba —abatida toda rabia

de destrucción— trepa contra ralos edificios
y pedazos de cielo, inanimada,
una excavadora…

¿Qué pena me invade ante estas herramientas
rendidas, dispersas aquí y allá en el fango,
ante ese paño rojo

que pende de un caballete, en el rincón
donde la noche parece más triste?
¿Por qué, ante esta apagada pintura de sangre

mi conciencia resiste tan ciegamente,
se esconde, casi por un obsesivo
remordimiento que en el fondo por completo la aflige?

¿Por qué dentro de mí existe el mismo sentimiento

de días para siempre incumplidos
que hay en el muerto firmamento

en que palidece esta excavadora?

Me desvisto en una de las mil habitaciones
en que la gente duerme en Via Fonteiana.
Puedes excavar en todo, tiempo: esperanzas,

pasiones. Pero no en estas formas
puras de la vida… Se reduce
a eso el hombre, cuando se colman

la experiencia y la fe
en el mundo… ¡Ah, días de Rebibbia,
que creía perdidos en una luz

de necesidad, y que ahora son tan libres!

Junto al corazón, entonces, por los difíciles
azares que habían extraviado
mi camino hacia un destino humano,

alcanzando ardorosamente la claridad
negada, e ingenuamente
el negado equilibrio —a la claridad

y el equilibrio añadía también,
por aquel entonces, la mente—. Y el ciego
remordimiento, señal de toda mi

lucha con el mundo, lo rechazaban
adultas aunque inexpertas ideologías…
El mundo se volvía sujeto

no ya de misterio, sino de historia.
Se multiplicaba por mil la alegría
de conocerlo —como

todo hombre, humildemente, lo conoce—.
Marx o Gobetti, Gramsci o Croce
estuvieron vivos en vivas experiencias.

Cambió la materia de una década de oscura

vocación cuando di todo lo que tenía para aclarar
lo que parecía la figura ideal

de una generación ideal;
en cada página, en cada línea
que escribía, en el exilio de Rebibbia

estaban aquel fervor, aquella presunción,
aquella gratitud. Nuevo
en mi nueva condición

de viejo trabajo y vieja miseria,
los pocos amigos que venían
a verme, en las mañanas o en las tardes

olvidadas cerca del Penal,
me vieron inmerso en una luz viva:
dócil, violento revolucionario

de corazón y de lengua. Un hombre florecía.

IV

Me aprieta contra su vello viejo
que huele a bosque y me posa
el hocico con sus colmillos de semental

o errante oso con aliento a rosas
en la boca: y en torno a mí la habitación
es un calvero, la capa corroída

de los últimos sudores juveniles danza
como un velo de polen… Y de hecho
camino por una carretera que avanza

entre los primeros prados primaverales,
marchitos bajo una luz paradisíaca…
Transportado en la ola de mis pasos,

esta que dejo a mis espaldas, leve y miserable,
no es la periferia de Roma: «¡Viva
México!» está escrito con cal o rayado

en las ruinas de los templos sobre los muros

bajos en las encrucijadas, decrépitos, ligeros como huesos,
en los confines de un ardiente cielo sin un escalofrío.

He aquí, en lo alto de una colina
entre las ondulaciones, que se alternan con las nubes,
de una vieja cordillera de los Apeninos,

la ciudad medio vacía, aunque es la hora
de la mañana en que las mujeres van
a hacer la compra —o de la tarde que dora

a los niños que corren con sus madres
fuera del patio de la escuela—.
Un gran silencio ha invadido las calles:

desaparecen los adoquines un poco sueltos,
viejos como el tiempo, grises como el tiempo,
y dos largos listones de piedra

corren a lo largo de las calles, lustrosos y apagados.
Alguien, en ese silencio, se mueve:
alguna vieja, algún muchacho

perdido en sus juegos, donde
los portales de un dulce siglo xvi
se abren serenos, o una fuente

con bestezuelas taraceadas en los bordes
que vigila la pobre hierba
en algún cruce o rincón olvidado.

Se abre sobre la cima de la colina la yerma
plaza del municipio, y entre casa
y casa, más allá de un muro y el verde

de un gran castaño, se ve
el espacio del valle: pero no el valle.
Un espacio que tiembla, azul celeste

o apenas céreo… Pero la calle continúa
más allá de aquella familiar plazuela
suspendida en el cielo de los Apeninos:

se interna entre casas más apiñadas, baja

un poco a media ladera: y más abajo
—cuando las barrocas chabolas ralean—

entonces aparece el valle —y el desierto—.
Unos pocos pasos más allá
hacia la curva, donde la calle

va ya entre desnudos pradillos empinados
y rizados. A la izquierda, contra la pendiente,
como si se hubiera desplomado la iglesia,

se alza abarrotada de frescos, azules,
rojos, un ábside, surcado por volutas
a lo largo de las borradas cicatrices

del derrumbe —al que solo
la inmensa concha ha sobrevivido,
abierta de par en par hacia el cielo—.

Es allí, allende el valle, allende el desierto,
donde comienza a soplar un aire ligero, desesperado,
que incendia la piel de dulzura…

Es como esos aromas que desde los campos
de hierba mojada o de las orillas de un río
soplan hacia la ciudad en los primeros

días del buen tiempo: y tú
no los reconoces, pero enloquecido,
casi con remordimiento, intentas entender

si son de un fuego encendido sobre la escarcha,
o bien de uvas o nísperos perdidos
en algún granero templado

por el sol de la mañana magnífica.
Yo grito de alegría, tan herido
en el fondo de los pulmones por ese aire

que como una tibieza o una luz
respiro mientras contemplo el valle.

…….

V

Basta un poco de paz para descubrir
dentro del corazón la angustia,
límpida como el fondo marino

en un día soleado. Reconoces,
sin probarlo, el mal
ahí en tu lecho, pecho, muslos

y pies abandonados, como
un crucificado —o como Noé
borracho, que sueña, ingenuamente ignorante
de la alegría de sus hijos, los
fuertes, los puros, que de él se burlan… —.
El día está ya sobre ti,

en la habitación, como un león durmiente.

¿Por qué carreteras el corazón
se descubre pleno, perfecto incluso en esta
mezcla de beatitud y dolor?

Un poco de paz… Y en ti despierta de nuevo
está la guerra, está Dios. Apenas se han relajado
las pasiones, apenas se ha cerrado la fresca

herida y tú ya estás gastando
el alma, que parecía derrochada,
en acciones de sueño que no rentan

nada… Y encendido
por la esperanza —que, viejo león
hediondo de vodka, desde su ofendida

Rusia jura Jrushchov al mundo—
te das cuenta de que sueñas.
Parece arder en el feliz agosto

en paz toda pasión tuya, todo
interior tormento tuyo,
toda ingenua vergüenza tuya

de no estar —en el sentimiento—

en ese punto en el que el mundo se renueva.
En lugar de ello, ese nuevo soplo de viento

te empuja de nuevo hacia atrás, hacia donde
todo viento decae: y allí, tumor
que se recrea, reencuentras

el viejo crisol de amor,
el sentido, el terror, la alegría.
E incluso en ese sopor

la luz se encuentra… en esa inconsciencia
de infante, de animal o ingenuo libertino
está la pureza… cuanto más heroicos

los furores en esa fuga, más divino
es el sentimiento de ese bajo acto humano
que se consuma durante el sueño matutino.

VI

En la abandonada llama
del sol matutino —que arde de nuevo
acariciando las obras, caldeando

los marcos de las ventanas— desesperadas
vibraciones arañan el silencio
con su lejano sabor a leche vieja,

a plazuelas vacías, a inocencia.
Al menos desde las siete esa vibración
crece con el sol. Pobre presencia

de una docena de viejos obreros
con harapos y camisetas abrasadas
por el sudor cuyas voces raras,
cuyas luchas contra los diseminados
bloques de fango, las coladas de tierra,
parecen deshacerse en ese estremecimiento.

Pero entre las tenaces explosiones de la
excavadora, que ciega desmembra, ciega
disgrega, ciega ase,

como sin objeto,
un grito improviso, humano
nace y a intervalos se repite

tan loco de dolor que humano
de pronto deja de parecerlo y se reconvierte
en muerto chirrido. Después despacio

renace en la luz violenta
entre los edificios cegados, nuevo, igual,
grito que solo el moribundo

en el instante último puede proferir
bajo este sol que cruel brilla todavía
endulzado ya por un poco de brisa marina…

Quien grita es, desgarrada
por meses y años de matutinos
sudores —acompañada

por la muda multitud de sus canteros—,
la vieja excavadora: pero, a la vez, el fresco
hoyo asolado, o, en el breve confín

del horizonte del siglo xx,
todo el barrio… es la ciudad,
arrojada a un resplandor festivo,

—es el mundo—. Llora cuanto tiene
fin y recomienza. Cuanto era
área herbosa, espacio abierto, y se ha convertido

en patio, blanco como cera,
encerrado en un decoro que es rencor;
cuanto era casi una vieja feria

de frescos enlucidos retorcidos al sol
y se ha convertido en un nuevo aislado enjambre,
en un orden que es dolor apagado.

Llora cuanto cambia, por más
que sea para mejorar. La luz
del futuro no deja ni por un instante

de herirnos: es aquí donde nos quema
en cada uno de nuestros actos cotidianos,
con angustia incluso en la confianza

que nos da la vida, en el impulso gobettiano
hacia estos obreros que en silencio izan,
en el barrio del otro frente humano,

su andrajo rojo de esperanza.

(1956)

LA RELIGIÓN DE MI TIEMPO
(1961)

LA RELIGIÓN DE MI TIEMPO

¡Dos días de fiebre! Tanto

como para no poder soportar el mundo exterior,
aunque, renovado por las nubes
cálidas de octubre, resulta ahora

tan moderno —tanto que me parece que ya no lo
entiendo— en aquellos dos que suben la calle
al fondo, en el alba de la juventud…

Desarreglados, desconocidos: y sin embargo
putrefactos son sus cabellos con una alegre capa
de brillantina robada en el armario

de los hermanos mayores; o gastada
por los milenarios soles citadinos
la tela de los pantalones y desteñida por el sol

de Ostia y el viento; o finos
los trabajos encallecidos del peine
sobre la raya y en el mechón rubio teñido.

Tras la esquina de un edificio erguidos
asoman, aunque cansados por la ascensión,
y desaparecen, lo último los tobillos,

tras la esquina de otro edificio. La vida
es como si nunca hubiera sido.
El sol, el color del cielo, la hostil
dulzura que el aire oscurecido
por nubes redivivas devuelve a las cosas,
todo ocurre como en una pasada

hora de mi existencia: misteriosas
mañanas de Bolonia o de Casarsa,
dolorosas y perfectas como rosas,

se reavivan al salir a la luz
en los humillados ojos de un muchacho

que no conoce otra cosa más que el arte

de perderse, claro en su oscuro tapiz.
Y no he pecado nunca: soy
puro como un viejo santo, pero

nada he ganado con ello; el don
desesperado del sexo se ha desvanecido
como humo: soy bueno

como un loco. El pasado
fue el que tuve por destino,
apenas un vacío desconsolado…

y consolador. Observo, apoyado
sobre el alféizar, a aquellos dos que bajo el sol
caminan, leves; y me siento como un niño

que no gimotea solo por cuanto no ha tenido
sino también por cuanto no tendrá…
Y en tal llanto el mundo es olor

y nada más: violetas, prados que mi madre
conoce, y en qué primaveras…
Olor que se estremece para convertirse, aquí
donde es dulce el llanto, en materia
de expresión, en tono… la familiar
voz de la lengua alocada y verdadera

que me dieron al nacer y en la vida está inmóvil.

*

La obsesión se ha perdido, convertida
en fragante fantasma que se despliega
en días de luz grande y silenciosa

cuando débil se enciende
el azul que es casi blanco
y en los ruidos dispersos se condensa

el absurdo silencio de las pausas
naturales y con el olor de los almuerzos,
de los trabajos, se mezclan vagabundas

brisas de bosque sepultadas en los cantos
más umbríos o más aislados
de las primeras colinas —cansados

gestos de edades distintas, si bien alegres
en esta que requiere de amor nuevo—.
De niño soñaba con estas brisas

frescas y entibiecidas por el sol,
fragmentos de bosques, célticas
encinas, entre broza y arbustos de moras
escamondados, rojizos, casi arrancados
por el otoño soleado —y ensenadas
de ríos nórdicos ciegamente desiertos

donde punzaba el olor de las algas,
fresco y desnudo, como violetas de Pascua…—.
La carne, entonces, iba sin frenos.

Y la dulzura que había en el color
del día se volvía dulzura
un poco incluso en aquel dolor.

La juventud harapienta, bruta, erguida
de las familias bárbaras que emigraban
de un lado a otro por la humilde

selva o la planicie inundada
consolaban la soledad
de mi camastro, de mi carretera.

La historia, la Iglesia, las vicisitudes
de una familia no son más
que un poco de sol perfumado y desnudo

que caldea una viña abandonada,
una brizna cualquiera de heno entre los bosquetes
corroídos, alguna casa desmayada por el sonido

de las campanas… Los jovencitos
antiguos, aquellos vivos tan solo
cuando de la primavera lleno llevaban el pecho

en la edad más hermosa, eran a la vez
sueños del sexo e imágenes bebidas
en el viejo papel del poema

que de volumen en volumen, en mudas
fiebres de novedad suprema
—eran Shakespeare, Tommaseo, Carducci…—,

hacían de cada una de mis fibras un único temblor.

*

Hubiera querido gritar, y estaba mudo;
mi religión era un perfume.
Y helo ahora aquí, igual y desconocido,

aquel perfume, en el mundo, húmedo
y radiante: y yo aquí, perdido en el acto
siempre cumplido e inútil, humilde

y exquisito, de liberar el intacto
sentido en sus mil imágenes…
Me reencuentro tierno como un muchacho

de entusiasmo misterioso, salvaje
como en el pasado, y difíciles
lágrimas humedecen la página

con la vista, al ardiente solecillo,
de esos dos que —ellos sí, muchachos—
se pierden veloces, alegremente,

en la rica periferia, bajo terrazas
llenas de sereno cielo marítimo,
matutinos balcones, áticos

dorados por un sol ya vespertino…
El sentido de la vida vuelve a mí
tal y como era entonces, un mal

más ciego cuanto más admirablemente
colmado de dulzura. Porque a un muchacho le parece
que nunca jamás tendrá aquello que es el único

que nunca lo ha tenido. Y en ese mar
de desesperación su furioso sueño
de cuerpos cree deber pagarlo

siendo enfermizamente bueno…

De modo que bastan dos días
de fiebre para que la vida parezca
perdida y por entero regrese

el mundo (y nada me embriague
más que el arrepentimiento), y al mundo yo,
en el gran y mudo sol de septiembre,

muriendo, no sabría decirle más que adiós…

Y sin embargo, Iglesia, había venido a ti.
Pascal y los Cantos del Pueblo Griego
sostenía entre mis manos, ardiente, como si

el misterio campesino, sosegado
y sordo en el verano del 43,
en la ciudad, las viñas y el pedregal

del Tagliamento, reposase en el centro
de la tierra y del cielo;
y en él garganta, corazón y vientre

desgarrados en el lejano sendero
de las canteras, consumía las horas
del más hermoso tiempo humano, el entero

día de mi juventud, en amores
cuya dulzura me hace llorar todavía…
Entre libros desperdigados, unas pocas flores

azuladas, y la hierba, la hierba ingenua
entre los sorgos, yo daba a Cristo
toda mi ingenuidad y mi sangre.

Cantaban los pájaros en la polvareda
con una textura complicada, incierta,
atronadora, a merced de la existencia,

pobres pasiones perdidas entre las cumbres
humildes de los morerales y los saúcos:
y yo, como ellos, en los lugares desiertos

reservados a los ingenuos, a los perdidos,
esperaba que cayese la tarde,
que se sintieran en torno los mudos

olores del fuego, de la alegre miseria,
que sonase el Ángelus, velado
por el nuevo, campesino misterio

en el antiguo misterio consumado.

Fue una breve pasión. Eran sirvientes
aquellos padres e hijos que vivían
las tardes de Casarsa, tan crueles,

para mí, de religión: sus severas
alegrías eran la grisura
de quien tiene poco, mas algo tiene;

la iglesia de mi amor adolescente
había muerto en los siglos, y vivía
solo en el viejo, doloroso olor

de los campos. Barrió la Resistencia
con nuevos sueños el sueño de las Regiones
Federadas en Cristo, y su dulciardiente

ruiseñor… Ninguna de las pasiones
verdaderas del hombre fue revelada
en las palabras o en las acciones

de la Iglesia. ¡Ay de quien no puede
no ser nuevo para ella! Que no le dé
ingenuo todo cuanto

en él ondea como un mar
de excesivo y trepidante amor.
¡Ay de aquel que con alegría vital

quiere servir a una ley que es dolor!
¡Ay de quien con dolor vital

se entrega a una causa que solo pretende

defender la poca fe que aún se dedica
a otorgar resignación al mundo!
¡Ay quien cree que al ímpetu del corazón

deba responder el ímpetu de la razón!
¡Ay de quien no sabe ser tacaño
al medir en el alma los hondos

niveles del egoísmo y las ridículas
locuras de la piedad! ¡Ay de quien cree
que la historia en su eterno origen

—más por candor que por fe—
se detuvo, como el sol
del sueño; y no sabe que es heredera

la Iglesia de cada siglo creador,
que defiende sus bienes instituidos,
la horrible, animal grisura

que en el hombre derrota luz y tiniebla!
Pobre de quien no sabe que es burguesa
esta fe cristiana en cada

privilegio, en cada rendimiento,
en cada servidumbre; que el pecado
no es otro que delito de lesa

certidumbre cotidiana, odiado
por miedo y esterilidad; que la Iglesia
es el despiadado corazón del Estado.

*

Pobres, alegres cristos quinceañeros,
los dos muchachos de Donna Olimpia
pueden malgastar su día, rebosantes

de pasión en el descreimiento, límpidos
en la confusión: pueden ir
arrastrados por ese pobre ímpetu

de su corazón casi animal
a las alegrías matinales de Villa Sciarra
y del Gianicolo, alegrías de estudiantes, nodrizas,

jovencitas, hacia la algarabía
de sus amigos, que el solecillo absorbe
en un macilento halo de hierba y de aire…

¡Mañanas de pura vida! Cuando sordas
son las almas a toda llamada
que no sea la del dulce desorden

del mal y del bien cotidiano…
Lo viven, abandonados
por todos, libres en su humano

fervor al que han nacido ligeramente,
por pobres, por hijos de pobres,
resignados a su destino

pero dispuestos siempre a las nuevas
aventuras del sueño, que descienden
de lo alto del mundo, les mueven,

ingenuos, y a quienes, corruptos, se venden,
aunque nadie les pague: harapientos
y elegantes al modo maravilloso

de los romanos, van por los biempudientes
barrios de la gente para quien el sueño es verdadero…
Y de nuevo les veo, también a ellos: otros adolescentes,

también desarreglados, desconocidos —aunque sean
no de otra clase sino
de otra nación—, adorando su deseo

por lo desgarradoramente superfluo,
con sus largos y duros rostros campesinos,
sus ojos de un ardiente azul celeste, los macizos

y seguros miembros de atletas también de las tierras
bajas, otros adolescentes… Son sus pantalones
sin gracia y casi desmañados, inelegante

el bárbaro corte de sus melenas
rasuradas en las sienes y en las nucas, y altos
los mechones desordenados como

crestas de guerra o plumas de halcón.
Son atentos, modestos: no saben
de incredulidad ni ironía, pero arden

sus miradas con una ansiedad
y un pudor que siempre desnudan
en sus pupilas su alma:

y no sabes si es por la inquietud
de sus almas que el aire es tan nuevo
y claro, o por el viento que esparce

sobre su mundo joven
el viejo olor de Asia…
Un viento que parece moverse

solo por el cielo inmerso en la paz
de la inmensidad: y sobre la inmensa
ciudad espolvorea apenas alguna rasgada

brisa, como un misterioso incienso.
Junto al Moscova la catedral
de San Basilio, sobre el pavimento gris,

se erige como una araña de oro de abdomen
y élitros ya sin vida.
En el otro extremo de la plaza, a una

distancia descabellada, la enmohecida
masa de la academia ecuestre, cocida por un dios
dieciochesco, un poco ruso, un poco semítico,

un poco alemán… Y en la pía
albura de la noche las murallas
del Kremlin se cierran al turbión

de la muchedumbre bajo mudas luminarias,
agujas y pequeñas cúpulas, ignotas
aún hoy a los ojos proletarios…

Miles y miles de felices mejillas
de muchachos las luces de la Plaza Roja
encienden, reunidos en círculos, en ruedas,

en filas, en aquella inmensa fosa
sobre la que los astros brillan cercanos:
juegan, con simple y agitada

alegría, como —bajo los escalones
de la iglesia, en su plazuela—
los ingenuos muchachos campesinos.

Se cogen de la mano en un apretón
tosco y afectuoso hileras de machos
rodeando a alguna muchacha;

otros, más jóvenes, alrededor, excluidos
del juego, se empujan con violencia
a mirar con tenebrosos, castos

ojos a alguno que intenta
un paso de danza con la pura y densa
música de los instrumentos primitivos.

Una marea de corrillos alrededor
de la muralla… ¡Son estos los hijos
del hambre, los hijos de la revuelta,

los hijos de la sangre, son estos los hijos
de los pioneros que no han hecho más que luchar,
de los héroes sin nombre, los hijos

del lejano futuro desesperado!
Helos aquí en el mundo, ahora: y del mundo
amos. Y el mundo no, no es bienaventurado

para ellos, por más que humildemente jocoso
lo vean sus ojos: poco
más viste su juventud que la rubia

cabeza, la fuerza interna, el fuego
del pudor por las enormes calles, los enormes
bloques de viviendas estirados sobre el vacío

de la ciudad potente e informe
que acoge sus nuevas vidas.
Y con religioso ardor —colmadas

y casi ciegas sus pupilas audaces,
como a darse o a testificarse—
tiemblan sus almas amigas.

*

Estos dos que por barrios desparramados
de luz y de miseria van abrazados
paganamente dichosos de sus pasos

dicen con rostro alegre que mil rostros
tiene la historia, y que a menudo los últimos
son los primeros: tan claramente se encarnan

en su ingenuo pecho
las confusas y reales esperanzas del mundo,
capaces de cualquier acto, incluso el más abyecto,

de cualquier descreimiento, de cualquier descaro…

¿Y nosotros? Ah, claro, en todo error hay un fermento
de verdad: puede ser libre y límpido
todo ojo, incluso el más servil y opaco, cuando recibe

la vida exterior, no solo por los instintos
espléndida en su existencia, sino también
por el pensamiento, que atestigua —vencido,

sin embargo, e impotente— la exaltante
pluralidad, la mágica extrañeza
vivaz, las misteriosas mezcolanzas

de grande y pobre, la abyecta
luz y la elegida inconsciencia.
¡Piedad por la criatura! En cuanto

a esta piedad impía y sin
religión, basta cualquier religión,
también la católica, si una Existencia

mágicamente diferente coloca
en el fondo de esa criatura
verdaderamente extravagante, halo

que la devora, ya sea dura
por interno miedo o tierna
por una nueva, oscura

voluntad de existir, ya sea degenerada
o pura, corrupta o santa,
fuera de la ley o humildemente respetable:

una de las infinitas ramas de la planta
de la que brotan hojas de vida sencilla,
en ciudades, arrabales, tugurios, puentes, antros,

amiga en su existencia enemiga,
alegre en la injusticia antigua,
vociferante en el amor que mendiga.

Sí, por supuesto, ¡qué descolorido
aunque real puede parecer el rebaño
viviente a quien con piedad divertida

y sacrílega contempla cómo brilla en él
la esquirla del divino! Y considera divina,
dentro de su propia alma atenta, la ley

de un ambiguo, desesperado destino:
el egoísmo, la mixtificación,
el capricho y la dureza del niño.

Yo, niño de otro modo, por la pasión,
y forzado por ello a ser hombre
con todo su sabor de humilde convención

(por la cual estoy ingenuamente
constreñido a ser siempre claro
en toda relación, y, como condena, bueno)

me esfuerzo por entenderlo todo, ignorante
como soy de otra vida que no sea
la mía, hasta perdidamente hacer

de otra vida, en la nostalgia,
experiencia plena: soy todo piedad,
pero quiero que distinto sea el camino

de mi amor por esta realidad,
que también yo amaré caso por caso, criatura
por criatura. Me quiero distinto: pero

¡ay, qué bien entiendo a quienes se sienten
inclinados a expresar esa figura del alma!
Con el más alto de ellos andaba por el oscuro

túnel de las avenidas, una noche, en el confín
de la ciudad patrullada por las almas
perdidas, sucios crucifijos sin corona de espinas,

alegres y feroces, chavales y prostitutas,
presos de ira visceral, de alegrías
ligeras como las brisas lejanas

que soplan en ellos, en nosotros,
del mar a las colinas, en el tiempo
de las noches que no mueren nunca…

Yo sentía el sacrílego sentimiento
que exaltaba mi amigo en aquellas
formas de la existencia, presas de un viento

que las arrojaba a la tierra,
sin vida a la muerte, sin conciencia
a la luz: pero eran sus hermanas:

como para él, la lucha por la existencia
fue oscuridad en el corazón, mal, desprecio
vital por la existencia ajena, adolescencia

humillante y feliz en medio
de la manada de los lobos ya adultos,
ellos sí, preparados, puestos al día sobre el precio

de la vida: custodios de los cultos
o amos de estados, ladrones o esclavos,
arribistas o autoridades, reyes o últimos

entre los parias, todos, ya desde los primeros
años, en la norma que quiere a todos iguales:
sin entender, entendiendo sin perderse nunca.

Después corrimos como en busca del ignorante
Dios que los animaba: él lo sabía, dónde.
Conducía su Cadillac de director de cine

con un dedo, desgreñando con el otro su joven
cabeza grande, hablando, cansado e incansable…
Llegamos: detrás de Tor Vajanica

un viento inesperado soplaba:
las hileras de casetas, desvencijadas, como
chatarra, con manchas de cal, y la espalda

cóncava y el abdomen blanquecino
de una barca eran los únicos que lo resistían.
Dos jóvenes que nunca dijeron sus nombres

nos siguieron un rato, sin insistir,
con alguna sórdida, cálida esperanza.
Morenos y temblorosos desaparecieron. Y mezcladas

con la espuma, con el agua cercana —tanta
como en un charco formado por un temporal
en la tiniebla de alguna infancia—

he ahí la luz y la blancura inmoral
del Dios: erecto, cercano, que con su aliento
nos bañaba, desde el mar encrespado,

en una columna salada y estática
de polvo, tan violento al tacto
que el fragor del rompiente se había extinguido.

… … …

*

Sí, desde luego que era un Dios… y los hay menos locos
y admirables. Con sus sacerdotes
y podría decirse que también con sus santos.

Santos pobres, martirizados por los sabidos
dolores con el terrible deber
de llegar, sin demasiados terremotos,

a fin de mes para volver a tener
en el bolsillo unas pocas liras ansiadas:
empleaduchos, funcionarios, milicia

de un Partido por el que vivir y morir.
Felices te muestran un par de zapatos
nuevos, un buen cuadrito en la sobria

pared de la casa, una hermosa bufanda
regalo de Navidad para la esposa: pero dentro,
tras ese pálpito infantil,

esa penuria, te miden con el metro
de su fe, de su sacrificio.
Son inflexibles, son lúgubres

al juzgarte: quien tiene el cilicio
encima no puede perdonar.
No puedes esperar de ellos una migaja

de piedad: no porque lo enseñe Marx,
sino por ese dios suyo de amor,
elemental victoria del bien sobre el mal

presente en cada uno de sus actos. Pero como la blancura
del estético dios del mar, informe Forma,
mezcla irracional de alegría y dolor,

blanquea la opacidad del yeso, la norma
que se devalúa… así se enrojece en el rojo
del otro Dios —ese que transforma

el mundo, el mundo futuro e incorrupto—
la sangre de los días de Stalin…
Nada regresa. Ni siquiera la paradoja

existencial en la que, fértiles-estériles,
viven casi todos aquellos que conozco:
burgueses cultos, expertos en esenciales

infraestructuras, espíritus de los bosques
de la mundanidad, de la cultura
que pueblan las tardes puras de Piazza del Popolo,

de los nuevos barrios tras las viejas murallas,
del centro donde la ciudad se sumerge
en preciosos callejones chispeantes y mugrientos…

Genio agotado, con sus cuatro huesos
bajo elegantes vestidos, cada uno pasea
un rostro abstraído tras el que los demás

puedan sospechar algo: en los cafés, de día,
en las tertulias, de noche: pero todos buscan
en el rostro del otro en vano el regreso

de las esperanzas antiguas: y si detectan
una esperanza, es una esperanza inconfesable
en el círculo de la oferta y la demanda

cuyo gesto parece producido por el espasmo
de una herida interna que les vuelve exangües,
melancólicos, descontentos, inclinados a la huelga

de los sentimientos, a un éxtasis culpable
de la conciencia, a una paz enfermiza
que dispone nuestros días grises y trágicos.

Si contemplo el fondo de las almas
de las filas de individuos vivos
en mi tiempo, cercanos a mí o no muy lejanos,

veo que de los mil sacrilegios posibles
que toda religión natural
puede enumerar, el que persiste

siempre, en todos, es la ruindad.
Un sentimiento eterno —una forma
del sentimiento— fósil, inmutable,

que deja en cualquier otro sentimiento
directa o indirecta su huella.
Es esa ruindad la que hace al hombre irreligioso.

Es como un profundo impedimento
que, al hombre, le roba la fuerza del corazón,
el calor del razonamiento,

que lo hace razonar sobre la bondad
como sobre un comportamiento puro,
sobre la piedad como una norma pura.

Puede volverlo feroz, algunas veces
pero siempre lo vuelve prudente:
amenaza, juzga, ironiza, escucha,

pero siempre, interiormente, está aterrorizado.
Nadie escapa a este miedo.
Nadie es por ello realmente amigo o enemigo.

Nadie sabe sentir la pasión verdadera:
cada luz suya se vuelve de pronto oscura
como por resignación o arrepentimiento

de esa antigua ruindad, en esa hormona
misteriosa que se ha formado con los siglos.
La reconozco, siempre, en cada hombre.

Bien sé que en realidad es solo inseguridad
vital, antigua angustia económica:
que era la regla de nuestra vida animal

y ha sido asimilada ahora en estas pobres
comunidades nuestras: que es una defensa
desesperada que anida allí donde

hay un mínimo de paz: en la posesión.
Y toda posesión es idéntica: de la industria
al terrenito, del barco a la carretilla.

Por eso es idéntica en todos la ruindad:
así en los grises orígenes como en los últimos
grises días de toda civilización…

Así mi nación ha vuelto al punto
de partida, en el recurso a la impiedad.
Y quien no cree en nada tiene conciencia,

y la gobierna. No tiene remordimientos,
quien no cree en nada y es católico
por más que sepa estar equivocado sin piedad.

Usando para los chantajes y deshonras
cotidianas sicarios provinciales,
vulgares hasta lo más profundo del corazón,

pretende asesinar toda forma de religión
con el irreligioso pretexto de defenderla:
quiere, en nombre de un Dios muerto, ser el amo.

Aquí entre las casas, las plazas, las calles llenas
de vileza de la ciudad dominada
por este nuevo espíritu que ofende

el alma a cada instante —con las catedrales,
las iglesias, los monumentos mudos en el angustioso
desuso que es el uso de los hombres

que no creen—, yo me niego ahora
a seguir viviendo. Nada pervive
aparte de la naturaleza —que por lo demás

emite apenas la fascinación de la muerte—, nada
en este mundo humano que yo ame.
Todo me produce dolor: esta gente

que sigue supina toda llamada
que sus amos quieran hacerle,
adoptando, distraída, las más infames

costumbres de víctima predestinada;
el gris de sus vestidos por las grises calles;
sus gestos grises en los que parece impresa

la complicidad del mal que la invade;
su rebullir en torno a un bienestar
ilusorio, como un rebaño en torno a un escaso forraje;

su regularidad de marea por la que muchedumbres
y desiertos se alternan por las calles,
ordenados por flujos y reflujos obsesos

y anónimos de rancias necesidades;
sus enjambres en los bares lúgubres, en los lúgubres cines,
el corazón lúgubremente rendido a la razón…

Y en torno a este interno dominio
de la vulgaridad, la ciudad que se desmorona
apiñándose, brasileña o levantina,

como la expansión de una lepra
que se deleita ebria de muerte en los estratos
de las épocas humanas, cristianas o griegas,

y forma tormentas de bloques de viviendas,
ciénagas de terrenos color bilis o vómito,
sin que se sienta ansiedad ni paz;

desarraiga los muros apacibles, los recodos
poéticos de los callejones en jardines internos,
los caseríos supervivientes pintados de color piedra pómez
o rata entre los que higueras y achicoria invernan
serenas, los adoquinados estriados de una escasa
hierbucha, los barrios que parecían eternos

en sus facciones casi humanas
de ladrillo gris o demacrado cocido:
todo destruido por la vulgar riada

de los píos propietarios del terreno:
los del corazón de perro, de ojos profanadores,
los infames alumnos de un Jesús corrupto

en los salones vaticanos, en los oratorios,
en las salas de espera de los ministros, en los púlpitos:
fuertes sobre un pueblo de sirvientes.

¡Qué lejos ha llegado desde los tumultos
puramente interiores de su corazón,
desde el paisaje de prímulas y vástagos

del materno Friuli, el dulciardiente
Ruiseñor de la Iglesia Católica!
Su sacrílego, si bien religioso amor

no es más que un recuerdo, una ars retorica:

pero es él quien está muerto, no yo, de ira,
de amor desengañado, de ansiedad espasmódica

por una tradición que es asesinada
cada día por quien se quiere defensor suyo;
y con él ha muerto una tierra bendecida

por la luz religiosa, con su pulcritud
campesina de campos y caseríos;
ha muerto una madre que es mansedumbre y candor

imperturbables en un tiempo de absoluto mal;
y ha muerto una época de nuestra existencia,
que en un mundo destinado a humillarnos

fue luz moral y resistencia.

(1957)

APÉNDICE A LA «RELIGIÓN»: UNA LUZ

Ya que sobrevivo en un largo apéndice
de incansable, inagotable pasión
—cuya raíz está en otro tiempo—

sé que una luz, en el caos, de religión,
una luz de bien, redime
mi exagerado y desesperado amor…

Es una pobre mujer, dócil, elegante,
que apenas tiene el coraje de existir
y se mantiene en la sombra, como una niña,

con sus ralos cabellos, su ropa modesta
ahora, y casi pobre, sus sobrevivientes
secretos que huelen, todavía, a violetas;

con su fuerza, empleada en los callados
afanes de quien teme no estar a la altura
de su deber y no se lamenta por no haber recibido

jamás recompensa: una pobre mujer que sabe solo
amar heroicamente y ser madre
ha sido para ella cuanto podía esperar.

La casa está llena de sus enjutos
miembros de niña, de sus labores:
incluso de noche, en el sueño, secas lágrimas

lo recubren todo: y una piedad tan antigua,
tan tremenda me asfixia el corazón
al volver a casa que gritaría, me quitaría la vida.

Todo en torno muere ferozmente
pero no muere la bondad que hay en ella,
y no sabe hasta qué punto su humilde amor

—pobres, dulces huesecillos míos—
puede por comparación casi hacerme morir
de dolor y vergüenza, cuánto sus

gestos angustiados, sus suspiros
en el silencio de nuestra cocina
pueden hacerme parecer impuro y vil…

A cada momento todo está ya, para ella, niña,
para mí, su hijo, y desde siempre, acabado:
no queda más que esperar a que el fin

llegue de verdad a extinguir el terco
dolor de aguardarlo. Estaremos juntos
pronto en aquel pobre prado colmado

de piedras grises donde fresca la semilla
de la existencia da cada año hierbas y flores:
ahora la campiña apenas oprime

entre sus confines de muros bajos, entre el vuelo
de las alondras, día y noche,
el canto desesperado de los ruiseñores.

De mariposas e insectos hay un tropel
hasta finales de septiembre, la estación
en que regresamos allí donde los huesos

del otro hijo mantiene la pasión
viva todavía en el hielo de la paz:
ella llega cada tarde, coloca

sus flores en orden mientras todo calla
en torno y se escucha solo su sofoco;
limpia la piedra donde, ansioso, él yace,

después se aleja, y en el silencio que han
recobrado de pronto muros y surcos en torno
se siente el rumor sordo de la pompa que temblorosa

impulsa con sus pocas fuerzas,
voluntariosa, decidida a hacer lo que es correcto:
y vuelve, atravesando los tupidos parterres

de hierba nueva, con sus jarrones llenos
de agua para sus flores… Pronto
también nosotros, dulces supervivientes, estaremos

perdidos en el fondo de este fresco
trozo de hierba: pero no será quietud
la nuestra, pues se mezclará con ella

demasiado una vida que ha carecido de meta.
Tendremos un silencio fatigoso y pobre,
un sueño doloroso, que no traerá

dulzura y paz, sino nostalgia y reproches,
la tristeza de quien ha muerto sin haber vivido:
si algo de puro y siempre joven

permanecerá será tu mundo sumiso,
tu confianza, tu heroísmo:
en la dulzura de la morera y de las viñas

o el saúco, en cada alta o mísera
prueba de vida, en cada primavera, estarás
tú; en cada lugar donde una vez rieron,

y de nuevo ríen, impuros, los vivos, tú otorgarás
la pureza, el único juicio que nos queda
y es tremendo y es dulce: pues nunca hay

desesperación sin un poco de esperanza.

(1959)

De POESÍA EN FORMA DE ROSA
(1964)

SÚPLICA A MI MADRE

Es difícil hablar con palabras de hijo
pareciéndome de corazón tan poco a ello.

Tú eres la única en el mundo que sabe, de mi corazón,
lo que ha sido siempre, antes de cualquier otro amor.

Por eso debo confesarte lo que es horrible saber:
es en tu gracia donde nace mi angustia.

Eres insustituible. Por eso condenada
a la soledad estaba la vida que me diste.

Y no quiero estar solo. Tengo un hambre infinita
de amor, del amor de cuerpos sin alma.

Porque el alma está en ti, eres tú, pero tú
eres mi madre y tu amor es mi esclavitud:

he pasado la infancia esclavo de este sentimiento
alto, irremediable, de un deber inmenso.

Era el único modo de sentir la vida,
el único color, la única forma: ahora ha terminado.

Sobrevivimos: con la confusión
de una vida renacida fuera de la razón.

Te suplico, te lo suplico: no quieras morir.
Estoy aquí, solo, contigo, en un futuro abril…

(1962)

LA REALIDAD

¡Oh finalidad práctica de mi poesía!
Por tu culpa no sé vencer la ingenuidad
que me desprestigia, por tu culpa mi

lengua se cuartea con la ansiedad
que debo sofocar hablando.
¡Busco en mi corazón apenas lo que en él hay!

A esto me veo reducido: cuando
escribo poemas es para defenderme y luchar,
comprometiéndome, renunciando

a toda mi dignidad antigua; aparece,
así, indefenso aquel corazón mío elegíaco
que me avergüenza, y cansada y vital

refleja mi lengua una fantasía
de hijo que nunca llegará a ser padre…
Poco a poco, entretanto, he perdido mi compañía

de poetas de rostros desnudos, áridos,
de cabras divinas, con las frentes duras
de los padres padanos, en cuyas magras

filas cuentan apenas las puras
relaciones de pasión y pensamiento.
Arrastrado lejos de ellos por mis oscuras

vicisitudes. Ah, ¡volver a empezar de cero!
¡Solo como un cadáver en la tumba!
Y en estas, he aquí esta mañana en que no espero
más que la luz… Sí, en la luz que deshuesa
con su felicidad primaveral
los días de mi Canossa.

Heme aquí en la claridad de un viejo abril,
confesándome, arrodillado,
hasta el fondo, hasta la muerte.

Si esta luz me diera aliento,
si sostuviera el hilo rubio
y fragante, en un mundo, como la muerte, renacido.

Pero… ah, en el sol se encuentra mi única dicha…
Aquellos cuerpos, con los pantalones de verano
un poco gastados en la entrepierna por la distraída caricia

de rudas manos polvorientas… Sudadas
comitivas de machos adolescentes,
a la orilla de los prados, bajo fachadas

de casas, en los crepúsculos ardientes…
El orgasmo de la ciudad festiva,
la paz de los campos de nuevo en flor…

Y ellos, con sus rostros vívidos
o negros de sombra, como de cachorros de lobo,
en perezosas correrías, en lasciva

ingenuidad… ¡Esas nucas! ¡Esas hondas
miradas! Esa necesidad de sonreír,
ora por sus conversaciones, un poco estúpidas,

inocentes, ora como por desafío
al resto del mundo que los acoge:
HIJOS. Ah, qué Dios los guía

tan seguros de sí mismos a lo largo de las calles más desnudas,
a los Castillos, a las Playas, a las Puertas
de la ciudad, con los previsibles, antiguos deseos

de quien ya sabe que llegará a la muerte
solo después de haber vivido verdaderamente:
que la vida que le ha caído en suerte

es la correcta, y no ha perdido nada.
Humildes, es cierto. Y el que será
su modo vil, después, de cumplirse

a sí mismos (su destino es la mediocridad),
es aún un clarear casi
sobre árboles desconocidos en el que

la naturaleza apenas gime en un éxtasis
de pureza suprema, de coraje.
Oh, desde luego, han sido invadidos

ya por el mal recibido como herencia
de sus padres —mi contemporánea, negra raza—.
¿Pero dónde reside su esperanza? ¿Qué rayo

de luz les golpea en ese rostro
en el que el nacimiento de los cabellos
en la frente, los mechones, las ondas son gracia

más que corpórea? Dulcemente rebeldes
y, a la vez, contentos con el futuro de sus padres:
¡eso es lo que los hace tan hermosos!

Incluso los siniestros, incluso los tristes, incluso los ladrones
tienen en sus ojos la dulzura
de quien sabe, de quien ha entendido: escuadras

ordenadas de flores en el caos de la existencia.
En realidad yo soy el muchacho, y ellos
los adultos. Yo, que por el exceso de mi presencia

no he cruzado nunca la frontera entre el amor
por la vida y la vida…
Yo, sombrío de amor, y alrededor el coro

de los felices, de quienes la realidad es amiga.
Son miles. No puedo amar a ninguno.
Cada uno tiene su nueva, su antigua

belleza, que es de todos: moreno
o rubio, leve o pesado, es el mundo
que yo amo en él —y reúno,

en él—, visiones de amor infecundo
y purísimo —las generaciones,
el cuerpo, el sexo—. Me sumerjo

siempre —en las dulces expansiones,
en las brisas de enebro— en la historia,
que siempre está viva, en cada

día, en cada milenio. Mi amor
es solo por la mujer: niña y madre.
Solo por ella empeño todo el corazón.

Por ellos, mis coetáneos, los hijos, en escuadras
maravillosas dispersas por planicies
y colinas, por callejones y plazuelas, arde

en mí solo la carne. Y sin embargo, a veces,
me parece que nada tenga la espléndida
pureza de este sentimiento. ¡Antes la muerte

que renunciar a él! Debo defender
esta enormidad de desesperada ternura
que, como el mundo, me fue dada al nacer.

Tal vez nadie ha vivido a tal altura
en el deseo —ansia funeraria
que me colma como al mar su brisa—.

Las laderas, las colinas, la hierba milenaria,
tierra con flores o con basura, los ramos secos
o brillantes de rocío, el aire

de las estaciones con sus muros bajos
viejos o recientes al sol… todo esto
me oculta a mí y (¡reíd!) a los jóvenes amigos

de quienes ningún acto es deshonesto
porque su deseo carece de tragedia:
porque su sexo es íntegro, fresco.

No podría, de otro modo. Solo si es ligero,
dentro de la norma, sano, el hijo
puede hacer nacer en mí el pensamiento

oscuro y deslumbrado: solo así me parezco a él
en la infinita comprobación de un secreto
que se oculta en su regazo impuro como un lirio.

Y mil veces ha de repetirse este acto:
porque no repetirlo significa sentir
la muerte como un dolor frenético,

que no tiene par en el mundo vital…
No lo escondo, pues nunca he escondido nada:
¡el amor, irreprimido, que me invade,

el amor de mi madre, no deja espacio
a la hipocresía y la vileza! Tengo razón
por ser distinto, no conozco

a vuestro Dios, yo soy ateo; prisionero
apenas de mi amor, por lo demás libre,
en cada juicio mío, en cada pasión.

¡Soy un hombre libre! Ingenuo alimento
de la libertad es el llanto: así que lloraré.
Es el precio por legitimar mi deseo,

desde luego: pero el amor vale todo cuanto tengo.
Sexo, muerte, pasión política,
son los objetos simples a los que entrego

mi corazón elegíaco… Mi vida
no posee otra cosa. Podré mañana,
desnudo como un monje, dejar el partido

mundano, ceder a los infames
la victoria… ¡Nada habría perdido,
ciertamente, mi alma!

Pues la fatalidad de ser existencia
inalienable, raza, universo,
es bastante para cualquiera: aunque uno esté en el mundo

sin fraternidad, por ser distinto.
Por eso las risas y las insinuaciones
de los pobres racistas cruzan

su realidad como sonidos
no reales, de muertos. En mi ser,
esta realidad tienen sexo y pasiones…

Y es verdad, no tengo alegría. Obsesivas
son sus predestinadas formas:
«las represiones hacen de mí un SS,

o un mafioso…» y yo —es terrible,
lo sé— lo soy: joven hijo inocente
santo bárbaro ángel, tomé

las vías, por algún tiempo, que llevan
a la Revuelta Reaccionaria
(fue en épocas infames del gran

itinerario de una vida en Italia),
verdugo rubio o sicario del color
del fango, como un secuaz… del sanguinario

burgués Hitler, o del fuerte hijo
de los pobres, Giuliano… —conformismo
que me salvaba, como un vuelo

ciego—. Todo aquello no fue sino un bautismo,
sombra que desapareció de mi vida.
Permaneció la inclinación al cisma:

un natural deseo de hacerme daño en la herida
siempre abierta. Un configurar
cada relación con el mundo que a sí me invita

con respecto a mi filial
sadomasoquismo: para el que no nací,
y estoy aquí solo como un animal

sin nombre: consagrado por nada,
sin pertenecer a nadie,
libre con una libertad que me ha masacrado.

De donde no yo, sino aquel que comunico
trae la desesperada conclusión
de ser el paria de un concilio

de otros: todos los hombres, sin distinción,
todos los normales a quienes esta vida pertenece.
Y busco alianzas que no tienen otra razón

de ser, como revancha o contrapartida,
que diversidad, lenidad e impotente violencia;
los Judíos… los Negros… toda humanidad forajida…

Y este fue el camino por el que como un hombre sin
humanidad, una víctima inconsciente o espía
o turbio cazador de benevolencia

sentí la tentación de la santidad. Fue la poesía.
La bruja buena, que caza brujas
por miedo, descubrió la democracia…

¡No fue un regalo del cielo! Las alianzas atroces
con los compañeros viriles, inconscientes chantajistas,
la risa con que el monstruo

demostró su calma, salud y amores seguros,
listo para torturar y asesinar otros monstruos
para no ser reconocido: todo salió

de improviso de mí (y que se reconozcan
ahora quienes me odian, cosa sabida,
esos pobres fascistas), una tarde, entre bosques

jóvenes, a lo mejor, entre manchas indisolubles
de violetas de la orilla, entre viñas o luces
vespertinas de aldeas, bajo nubes vírgenes

(en la Emilia de mi destino, en el Friuli de mis númenes)…
Venció el terror. Quiero decir que fue
mayor el terror de la realidad y de la soledad

que el temor a la sociedad. Amarga juventud,
presa de aquella incurable conciencia
de no existir, que es, todavía hoy, mi esclavitud…

¡Porque llegaría al final sin
haber cumplido en mi vida
la prueba esencial, la experiencia

que une a los hombres y les da
una idea tan dulcemente definida
de fraternidad al menos en los actos del amor!

Como un ciego; del que huirá,
en la muerte, algo que coincide
con la vida misma —luz perseguida

sin esperanza y que a todos sonríe,
sin embargo, como la cosa más simple del mundo—,
una cosa que nunca podrá compartir.

Moriré sin haber conocido el profundo
sentido de ser hombre, nacido a una sola
vida, que a nada corresponde en la eternidad.

Un ciego, un monstruo, en vida, no se consuela
jamás verdaderamente: pero en el punto irremediable
y vergonzoso, en el terror de la hora

en que todo ha sido: él será un conejillo de Indias,
¡ni siquiera ya un hombre! Absurdo
—hasta no poder soportarlo, y gritar de rabia

y gañir, como una bestia, cuyo grito
es el grito de un inocente que protesta
contra una injusticia que con él juega—

es este orden prenatal, esta
predestinación, de la que no participa,
que nada tiene que ver con su honesta

alma antigua… Dentro de los vientres
de las madres nacen hijos ciegos
—llenos de deseo de luz—, cojos

—llenos de instintos alegres—:
y atraviesan la vida entre la oscuridad y la vergüenza.
Uno puede resignarse —y los fetos

vivientes, pobres Erinias, pueden en cada
momento de su vida elegir entre callar o fingir—.
Los otros dicen siempre que no hace falta

molestarles. Y obedecen. Se tiñe
así toda su vida de un color distinto.
Y el mundo —¡el inocente mundo!— les rechaza.

… … …

Pero yo hablo del mundo —y debería,
en cambio, hablar de Italia, o mejor

de una Italia, de esa de la que eres,

conmigo, lector de mis versos, hijo—:
física historia en la que te corroboras.
He llamado «inocente» al mundo, yo,

yo en cuanto ciego, hijo mártir.
Pero si miro en torno a estos restos
de una historia que por siglos ha producido

tan solo esclavos… esta Aparición
en que la realidad no deja más indicio
que su brutal repetición…

qué escena… ¡expresionista! Pienso en un juicio
sufrido sin sentido… las togas… las tristes autoridades del Sur…
tras los rostros de los jueces —cuyo vicio

es un vicio de dolor, que desviste
ambientes miserandos— no se leía más que impotencia
surgida de una oscura realidad de parentelas, de una cruda

moralidad, de una provinciana inexperiencia…
¡Aquellas frentes del Teatro del Arte,
aquellos pobres ojos de obedientes asnos

obstinados, con las orejas gachas,
aquellas palabras que para disfrazar
el vacío se hinchaban recitando un papel

de paternal amenaza, de florida indignación!
Ah, yo no sé odiar: y sé por tanto que no puedo
describirles con la ferocidad que necesita

la poesía. Hablaré solo con piedad de aquella cara
de calabrés, con apariencia y calavera
de niño, que hablaba en dialecto

con los humildes, en escolástico con los grandes.
Que escuchaba atento, humano,
y mientras tanto, en sus inefables y nefandos

fueros interiores, custodiaba su plan
de tímido al que el temor vuelve despiadado.

A cada lado, otros dos rostros bien reconocibles,

rostros que en la calle o en un bar abarrotado
son los rostros débiles, poco sanos,
de precoces envejecidos, de enfermos

del hígado: de burgueses cuyo pan
desde luego no está salado, no innobles, no,
no del todo privados de rasgos humanos

en el negro punzante de sus ojos, en la palidez
de las frentes torturadas por la primera
feroz ancianidad… Un cuarto enviado del Señor

—casado, seguro; por supuesto protegido por un círculo
de respetables colegas en su ciudad
de provincias— coagulado en un suspiro

de enfermo del estómago o del corazón—
estaba solo en un banco aislado: como quien
se prepara para un premeditado desamor.

Y al frente de todos, el campeón: quien ha
vendido el alma al diablo, en carne y hueso.
¡Clásico personaje! Había visto su cara

algunos meses antes, y era otra:
la cara de un joven de grano grueso,
campestre, calvo y pálido

pero con una dignidad profesional.
Mas un rubor lo deformaba,
como una vieja costra roja

sobre la piel. La luz depravada
de sus ojos era la de quien se sabe culpable.
Su odio por mi persona era el odio

por el objeto de aquella culpa, es decir,
el odio por su conciencia.
No era lo bastante deshonesto. La fantasía

no basta para imaginar una experiencia
de ignorancia y chantaje. La burguesía

es el demonio: ¿venderles el alma sin

contrapartida? Desde luego que no: es necesario
adoptar su cultura, recitar
como un padrenuestro la vergüenza

del prólogo puramente formal,
de la cláusula engañosa…
Y ser retóricos significa odiar,

ser incultos significa haber perdido
deliberadamente todo respeto por el hombre,
el viejo amor por el ideal se reduce

a fingir desesperadamente ante uno mismo,
a creer en aquello que mintiendo se dice.
Pero la luz del ojo permanece, ¡obsesivos

acusadores! Ahí, en esa gota de luz,
en la mirada elusiva, lívida,
culpable, se encontraba vuestra verdad.

A encontrarme con vosotros me lleva,
lo sé, una voluntad interior mía:
pero esto es un secreto del yo,

o, como vosotros decís, de Dios. A vosotros os será dicho:
«Vosotros no contáis, sois símbolos
de millones de hombres: de una sociedad.

Ella es quien me condena, no vosotros, sus autómatas.
Y bien: mi monstruosidad me hace feliz.
¿O queremos engañar al espíritu? Hombres

que condenan a hombres en nombre de la nada:
porque las Instituciones no son nada cuando
han perdido toda fuerza, la fuerza pueril

de las Revoluciones —porque no es nada
la Moral del sentido común, de una
comunidad pasiva, sin más realidad—.

Vosotros, hombres formales —humildes
por mediocridad, serviles por timidez—,

sois personas: en vosotros como en mí se consuma

nuestra relación: en vosotros con árido odio,
en mí con conocimiento. Pero de la sociedad
de la cual sois inexpresivos rapsodas

tengo algo muy diferente que decir: no ya como
marxista, o tal vez sí, pero solo por un momento:
si el rapto de los Autores

del Apocalipsis es mitificado en un fuego
atemporal: Mis amores
—gritaré— soy un arma terrible:

¿por qué no la uso? Nada es más terrible
que la diversidad. Expuesta a cada momento
—gritada sin fin— excepción

incesante —locura desenfrenada
como un incendio— contradicción
por la cual toda justicia es desacralizada.

Ah Negros, Judíos, pobres clanes
de señalados y distintos, nacidos de vientres
inocentes en primaveras

estériles, de gusanos, de serpientes,
horrendos sin saberlo, condenados
a ser atrozmente dóciles, puerilmente violentos,

¡odiad! ¡Destrozad el mundo de los hombres biennacidos!
¡Solo un mar de sangre puede salvar
al mundo de sus burgueses sueños destinados

a convertirlo en un lugar cada vez más irreal!
¡Solo una revolución que haga estragos
de estos muertos podrá desacralizar el mal!».

Esto puede gritar un profeta que no tiene
fuerza ni para matar una mosca —cuya fuerza
reside en su degradante diversidad—.

Solo cuando esto haya sido dicho o gritado mi suerte
podrá liberarse: y comenzar

mi discurso sobre la realidad.

(1962)

LAS BELLAS BANDERAS

Los sueños matinales: cuando
el sol ya reina
con esa madurez
que solo conoce el vendedor ambulante
que hace ya horas que camina por las calles
con una barba de enfermo
sobre las arrugas de su pobre juventud;
cuando el sol reina
sobre imperios de verduras ya calientes, sobre persianas
cansadas, sobre muchedumbres
cuyas ropas saben ya oscuramente de miseria
—y ya centenas de tranvías han ido y vuelto
por los raíles de las avenidas que circundan la ciudad—,
inexpresablemente perfumados,

los sueños de las diez de la mañana
del durmiente, solo
como un peregrino en su piltra
o un cadáver sin identificar
—aparecen en lúcidos caracteres griegos
y, en la sencilla sacralidad de dos tres sílabas
como llenas de la blancura del sol triunfante—,
vaticinan una realidad,
madurada en lo más hondo y ahora ya madura, como el sol,
lista para ser disfrutada o temida.

¿Qué me dice el sueño matutino?
«El mar con lentas olas grandiosas de granos azules
se abate, trabajando con furor uterino,
irreductible
y casi feliz —porque da felicidad
verificar incluso el acto más atroz del destino—,
erosiona tu isla, que ya
se ha visto reducida a pocos metros de tierra…»

¡Ayuda, la soledad avanza!
No importa que, como un rey, la haya deseado.

En el sueño, en mí, un niño mudo se asusta

y ruega piedad, se afana en correr al refugio
con una agitación
que «la virtud conquista», pobre criatura.
Le aterroriza la idea
de estar solo
como un cadáver en el fondo de la tierra.

¡Adiós, dignidad, en el sueño matutino!
¡Quien debe llorar llora,
quien debe aferrarse al dobladillo de la ropa ajena
se aferra, y tira, y tira
para que se vuelvan esos rostros color fango
y lo miren a los ojos aterrorizados
para informarse de su tragedia,
para entender lo aterrador de su estado!
La blancura del sol en todo
como un fantasma que la historia
aprieta contra los párpados
con un peso de mármoles barrocos o románicos…

He deseado mi soledad.
Por un proceso monstruoso
que tal vez solo podría revelar
un sueño soñado dentro de otro sueño…
Y, finalmente, estoy solo.
Perdido en el pasado
(pues hay una única época en la vida del hombre).

De golpe mis amigos poetas
que comparten conmigo la brutal blancura
de estos años sesenta,
hombres y mujeres, solo un poco mayores
o más jóvenes, están ahí, al sol.

No he sabido tener la gracia
necesaria para estimarlos —en la sombra de una vida
que se desarrolla demasiado apegada
a la acedía radical de mi alma—.

La vejez, además, ha hecho
de mi madre y de mí
dos máscaras
que nada han perdido, con todo,
de la ternura matutina

—y la antigua representación
se repite
en la autenticidad
que solo soñando dentro de un sueño
podría llegar tal vez a llamar por su nombre—.

Todo el mundo es mi cuerpo insepulto.

Atolón desmenuzado
por los golpes de los granos azules del mar.

¿Qué hacer si no en la vigilia, tener dignidad?
Ha llegado la hora del exilio,
tal vez: la hora en que un antiguo habría dado realidad
a la realidad
y la soledad madurada en torno a él
habría tenido la forma de la soledad.

Y sin embargo yo —como en el sueño—
me empeño en hacerme ilusiones penosas
de lombriz paralizada por fuerzas incomprensibles:
«¡Pero no!, ¡no! ¡Es solo un sueño!
¡La realidad
está afuera, bajo el sol triunfante,
en las avenidas y en los cafés vacíos,
en la suprema afonía de las diez de la mañana,
un día como los otros días, con su cruz!».

Mi amigo con barbilla papal, mi
amigo de ojos marrones…
mis queridos amigos del Norte
fundados en afinidades electivas dulces como la vida
están afuera, al sol.
También Elsa, con su dolor rubio,
ella —corcel herido, caído,
sanguinolento— está al sol.

Y mi madre está a mi lado…
pero más allá de los límites del tiempo:
somos dos supervivientes en uno.
Sus suspiros, aquí, en la cocina,
sus soponcios ante cualquier sombra de nuevas noticias degradantes,
ante cada sospecha de reanudación

del odio de la manada de goliardos que ríen con sarcasmo
bajo mi habitación de agonizante
—no son más que la naturaleza de mi soledad.

Como una mujer condenada a la hoguera con el rey
o sepultada junto a él
en una tumba que se aleja como una barca

hacia los milenios —la fe de los Años Cincuenta
está aquí a mi lado, ya ligeramente más allá de los límites del tiempo,
y también ella se desmorona
por la paciencia furibunda de los granos azules del mar—.

Y…
mis amores de pura sensualidad,
repetidos en los valles sagrados de la lujuria,
sádica, masoquista, los pantalones
con el tibio saco
donde está cifrado el destino de un hombre
—son actos que yo llevo a cabo solo
en medio del mar maravillosamente revuelto.

Poco a poco los mil gestos sacros,
las manos sobre su tibia hinchazón,
los besos, cada vez a una boca distinta,
siempre más virgen,
siempre más cercana al encanto de la especie,
a la norma que hace de los hijos tiernos padres,
poco a poco
se han convertido en monumentos de piedra
que por miles atestan mi soledad.

Esperan
que una nueva ola de racionalidad
o un sueño soñado en el fondo de un sueño hable de ellos.
Así me despierto
una vez más:
y me visto, me siento a la mesa de trabajo.
La luz del sol ha madurado,
los vendedores ambulantes se han alejado,
es más acre, en los mercados del mundo, la tibieza de la verdura,
a lo largo de avenidas de perfume inexpresable,
a la orilla de los mares, al pie de los volcanes.

Todo el mundo está trabajando en su época futura.

¡Ah, bellas banderas de los Años Cuarenta!
Excusa del bufón para llorar.

(1962)

UNA DESESPERADA VITALIDAD

I

(Borrador, en «desarrollo», de lenguaje «jergal»
corriente, de lo precedente: Fiumicino, el viejo
castillo y una primera idea verdadera de la muerte.)

Como en una película de Godard: solo
en un coche que corre por las autopistas
del Neocapitalismo latino —de vuelta del aeropuerto—
[donde he dejado a Moravia, puro entre sus maletas]
solo, «pilotando su Alfa Romeo»
bajo un rol inexplicable en rimas
no elegíacas, de tan celestial
—el sol más hermoso del año—
como en una película de Godard:
bajo aquel sol que se cortaba las venas inmóvil
único,
el canal del puerto de Fiumicino
—una barca a motor que volvía desapercibida
—los marineros napolitanos cubiertos con harapos de lana
—un accidente de tráfico, una pequeña multitud en torno…

—como en una película de Godard —redescubrimiento
del romanticismo en la sede
del cinismo neocapitalista y crueldad—
al volante
por la carretera de Fiumicino,

y he aquí el castillo (qué dulce
misterio, para el guionista francés,
en el turbulento sol infinito, secular,
este monstruo papal, con sus almenas
sobre los setos y las hileras de vides de la fea campiña
de los campesinos esclavos)…

—soy como un gato quemado vivo,
aplastado por las ruedas de un camión,
colgado de una higuera por los críos,

pero todavía con al menos seis
de sus siete vidas,
como una serpiente reducida a papilla de sangre,
una anguila a medio comer

—las mejillas hundidas bajo los ojos abatidos,
los cabellos horrendamente ralos sobre el cráneo,
los brazos escuchimizados como los de un niño
—un gato que no revienta, Belmondo
que «al volante de su Alfa Romeo»
según la lógica del montaje narcisista
se desprende del tiempo y se inserta
a sí mismo:
en imágenes que nada tienen que ver
con el aburrimiento de las horas en fila,
con la espléndida muerte lenta de la tarde…

La muerte no está
en la imposibilidad de comunicar
sino en la incapacidad de ser comprendidos.

Y este monstruo papal, no exento
de gracia —el recuerdo
de las rústicas concesiones patronales,
inocentes, en el fondo, como era inocente
la resignación de los siervos—
en el sol que fue,
por los siglos,
por miles de tardes,
aquí, el único invitado,

este monstruo papal, almenado,
ovillado entre alamedas y marismas,
campos de sandías, terraplenes,
este monstruo papal blindado
por contrafuertes del dulce color naranja
romano agrietados
como construcciones de etruscos o romanos
está a punto de no poder ser comprendido.

II

*(Sin fundido, con un corte limpio, me retrato en un acto
—carente de precedentes históricos— de*

«industria cultural».)

Yo voluntariamente martirizado… y
ella frente a mí, en el sofá:
plano y contraplano, en rápidos flashes,
«Usted —sé que piensa, mirándome,
de un modo más doméstico-itálico Masculino-Femenino
siempre a lo Godard—, Usted, ¡especie de Tennessee!»,
la cobra con el suéter de lana
(la cobra subordinada
que desnata magnesio en silencio).
Después más fuerte: «¿Puede decirme qué está escribiendo?».

«¡Versos, escribo versos! ¡Versos!
(maldita imbécil,
¡versos que ella no entiende carente como es
de conocimientos métricos! ¡Versos!
¡VERSOS NUNCA MÁS EN TERCETOS!
¿Entiende?
Esto es lo más importante: ¡nunca más en tercetos!
¡He regresado al magma a secas!
El Neocapitalismo ha vencido, estoy
en la acera
como poeta, ah [¡bua!]
y como ciudadano [otro ¡bua!].»
Y la cobra con el boli:
«¿El título de su obra?» «No sé…
[Él habla ahora quedo, como cohibido, asumiendo
el papel que la entrevista, una vez aceptada, le impone:
qué poco hace falta
para difuminar
su determinación
en cara de niño de mamá condenado a muerte]
—tal vez… "La Persecución"
o… "Una nueva prehistoria" (o "Prehistoria")
o…
[Y aquí se enerva, recupera
la dignidad del odio civil]
"Monólogo sobre los Judíos"…
[brota
el discurso como la debilidad átona
del octosílabo estrambótico: ¡magmático!]»
«¿Y de qué trata?»
«Bueno, pues de mi… de Su muerte.

Que no está en la incapacidad de comunicar [la muerte]
sino en la imposibilidad de ser comprendidos…
(¡Si lo supiera, la cobra
que no es más que una idea desganada
esbozada volviendo de Fiumicino!)
Son casi todas líricas, cuya composición
de tiempo y lugar
consiste, ¡cosa rara!, en un viaje en automóvil…
meditaciones de los sesenta a ciento veinte por hora…
con veloces panorámicas, y travellings
antes o después
sobre monumentos significativos, o grupos
de personas que espolean
un objetivo amor… de ciudadano
(o usuario de la carretera…)»

«Ja ja —[es la cobra con el boli quien ríe]— y…
¿quién es quien no comprende?»
«Quienes ya no están entre nosotros.»

III

¡Quienes ya no están entre nosotros!
¡Arrastrados por un nuevo soplo de la historia
a otras vidas, con su inocente juventud!

Recuerdo que fue… por un amor
que invadía mis ojos castaños y los honestos pantalones,
la casa y la campiña, el sol de la mañana y el sol
de la tarde… en los buenos sábados
del Friuli, en los… Domingos… ¡Ah!, no puedo
ni siquiera pronunciar esta palabra de las pasiones

vírgenes, de mi muerte (vista en una acequia
seca formicante de prímulas,
entre hileras sacudidas por el oro, junto

a caseríos oscuros contra un azul sublime).

Recuerdo que en aquel amor monstruoso
llegaba a gritar de dolor
por los domingos en que deberá resplandecer
«sobre los hijos de los hijos, ¡el sol!».

Lloraba, en el camastro de Casarsa,
en la habitación que olía a orina y colada
aquellos domingos que resplandecían hasta la muerte…

¡Lágrimas increíbles! No solo
por aquello que perdía, en aquel momento
de vehemente inmovilidad del esplendor,

¡sino también por lo que me quedaba por perder! Cuando
nuevos jóvenes —en los que no podía ni pensar,
tan iguales a aquellos que entonces se vestían

con pantalones blancos y chaquetas inglesas,
con una flor en el ojal, o con ropas
negras, para las bodas, tratadas con gentileza filial,

—poblarían la Casarsa de las vidas futuras,
inmutable, con sus rocas, y su sol
que la cubriría de moribunda agua dorada…

Por un ímpetu epiléptico de dolor
homicida, protestaba
como un condenado a cadena perpetua, encerrándome
en mi cuarto,
sin que por otro lado nadie lo supiera,
a gritar, con la boca
tapada por las mantas ennegrecidas
por las quemaduras de la plancha,
las queridas mantas de familia
bajo las que abrigaba las flores de mi juventud.
Y un día después de comer, o por la tarde, gritando
corrí
por las calles del domingo, tras el partido,
al cementerio viejo, más allá de las vías del tren,
y llevé a cabo, y repetí, hasta que sangré,
el acto más dulce de la vida,
yo solo, sobre el montón de tierra
de dos o tres tumbas
de soldados italianos o alemanes
sin nombre sobre las cruces de madera
—sepultados allí desde la otra guerra—.

Y de noche, después, entre las secas lágrimas los cuerpos
sanguinolentos de aquellos pobres desconocidos

vestidos con ropas verde oliva

vinieron en racimos hasta el lecho
en que dormía desnudo y vaciado
a mancharme de sangre, hasta la aurora.

Tenía veinte años, ni siquiera —dieciocho,
diecinueve…— y había pasado ya un siglo
desde que estaba vivo, una vida entera

consumida en el dolor de la idea
de que nunca podría dar mi amor
más que a mi mano, o a la yerba de las acequias,

o tal vez a la tierra de una tumba desatendida…
Veinte años y, con su historia humana, y su ciclo
de poesía, había concluido una vida.

IV

(Se reanuda la entrevista. Confusas explicaciones sobre la función del marxismo, etc.)

(Ah, ¡lo mío no es más que una visita al mundo!)

Pero regresemos a la realidad.

[Ella está aquí, con el rostro visiblemente preocupado pero suavizado por la buena educación, que sabe esperar, en el encuadre «gris», según las buenas normas del clasicismo francés. Un Léger.]

«Entonces en su opinión —dice, reticente,
mordisqueando el boli—, ¿cuál es
la función del marxista?» Y se dispone a tomar notas.

«Con… delicadeza de bacteriólogo… diría [balbuceo,
tomado por impulsos de muerte]
movilizar masas de ejércitos napoleónicos, estalinistas…
con billones de anexos…
de modo que…
la masa que se dice a sí misma conservadora
[del pasado] lo pierda:
y la masa revolucionaria lo adquiera,
reedificándolo en el acto mismo de vencerlo…

¡Soy comunista
por Instinto de Conservación!
Un movimiento
del que dependen vida y muerte: por los siglos de los siglos.

Hacerlo poco a poco, como cuando
un ingeniero del ejército desatornilla
el seguro de una bomba que no ha explotado y,
por un segundo, puede que siga en el mundo
(con sus modernos bloques de casas a su alrededor, al sol)
o ser borrado de él para siempre:

¡una desproporción inconcebible
entre los dos cuernos!

Un movimiento
que hacer poco a poco, estirando el cuello,
inclinándose, apretando el vientre,
mordiéndose los labios o apretando los ojos
como un jugador de petanca
que, meneándose, intenta dominar
la dirección de su tiro, de rectificarlo
hacia una solución
que fundará la vida a través de los siglos.»

V

La vida a través de los siglos…
A esto me refería
pues —ayer por la tarde…
entumecido en el breve segmento de su lamento—
aquel tren lejano…

Aquel tren que se quejaba
desconsolado, como estupefacto por existir
(y, a la vez, resignado —porque todo acto
de la vida es un segmento ya marcado en una línea
que es la vida misma, clara tan solo en el sueño—)

se quejaba aquel tren, y el acto de lamentarse
—impensablemente lejano, más allá de las Apias
y Centocelles del mundo—
se unía a otro acto: unión casual,
monstruosa, estrafalaria

y tan privada
que solo tras la línea de mis ojos,
tal vez cerrados, es posible conocer…
Acto de amor, el mío. Pero perdido en la miseria
de un cuerpo concedido por milagro,
en la fatiga de esconderse, en el anhelar
a lo largo de una tenebrosa vía de tren, en el pisar el fango
de una campiña cultivada por gigantes…

La vida a través de los siglos…
como una estrella que cae
más allá del cielo de las ruinas gigantes,
más allá de las propiedades de los Caetani o los Torlonia,
más allá de las Tuscolanas y las Capannellas del mundo,
aquel lamento mecánico decía:
la vida a través de los siglos…

Y mis sentidos estaban allí, escuchándolo.

Acariciaba una cabeza desgreñada y polvorienta,
del color rubio que hay que tener en la vida,
con la forma que quiere el destino,
y un cuerpo de un potro ágil y tierno
con la áspera tela de los vestidos que conocen madre:
llevaba a cabo un acto de amor,
pero mis sentidos escuchaban:

la vida a través de los siglos…

Después la cabeza rubia del destino desapareció
por un boquete,
y el boquete se llenó del cielo blanco de la noche
hasta que, contra aquella franja de cielo, apareció
otro cabello, otra nuca;
negra, tal vez, o castaña; y yo
en la gruta perdida en el corazón de las posesiones
de los Caetani o los Torlonia
entre las ruinas construidas por gigantes del siglo xvii
en días inmensos de carnaval, yo
escuchaba con todos mis sentidos…

la vida a través de los siglos…

Una y otra vez en el boquete contra la blancura

de la noche que se perdía
más allá de las Casilinas del mundo
desapareció y reapareció la cabeza del destino,
con la dulzura, ora de la madre meridional,
ora del padre alcoholizado, siempre la misma
cabecita desgreñada y polvorienta, o ya
peinada con la vanidad de una juventud popular:
y yo
con todos mis sentidos escuchaba

la voz de otro amor
—la vida a través de los siglos—
que se alzaba purísima en el cielo.

VI

(Una victoria fascista.)

Me mira con pena.
«Y… de modo que usted… —[sonrisa mundana, golosa,
con conciencia de la gula y cautivadora
ostentación —ojos y dientes flamantes—
de un ligero titubeante desprecio infantil
hacia ella misma]— de modo que usted ¡es muy infeliz!»

«Pues (debo admitirlo)
me encuentro en un estado de confusión, señorita.

Releyendo mi libro mecanografiado
de poemas (esto de lo que estamos hablando)
he tenido la visión… oh, ojalá fuese
solo de un caos de contradicciones —las alentadoras
contradicciones—… No, es la visión
de un alma confusa…

Todo falso sentimiento
produce la certeza absoluta de tenerlo.
Mi falso sentimiento era el de…
la salud. ¡Extraño! al decírselo a usted
—incomprensiva por definición,
con ese rostro de muñeca sin labios—
corroboro ahora con lucidez clínica
el hecho
de no haber tenido nunca, yo, lucidez alguna.

Es cierto que a veces puede ser suficiente,
para ser saludables (y lúcidos)
creer serlo… Y sin embargo
(¡escriba, escriba!) mi confusión
actual es la consecuencia
de una victoria fascista.
[Nuevos, descontrolados, fieles
impulsos de muerte]

Una pequeña, secundaria, victoria.
Fácil, por tanto. Yo estaba solo:
con mis huesos, una madre tímida
y asustada, y mi voluntad.

El objetivo era humillar a un humillado.
Debo decirle que lo consiguieron,
y además sin mucho esfuerzo. ¡Tal vez
si hubieran sabido que sería tan fácil
se habrían molestado menos, y en menor número!

(Ajá, hablo, ya ve, con un plural genérico: ¡Ellos!
Con el amor titilante del loco por su propio mal.)

Los resultados de dicha victoria, pues,
incluso ellos, cuentan bien poco: una firma
autorizada menos en las peticiones de paz.
Bueno, desde el punto de vista del objeto, no es mucho.
Para el sujeto… Pero dejémoslo estar:
he descrito ya demasiado,
y nunca oralmente,
mis dolores de gusano pisoteado
que alza su cabecita y se debate
con ingenuidad repugnante y etcétera.

¡Una victoria fascista!
Escriba, escriba: que sepan (¡ellos!) que lo sé:

con la consciencia de un pájaro herido
que muriendo sumisamente no perdona.»

VII

¡No perdona!

Había un alma, entre aquellas que aún
debían descender a la vida
—tantas almas, y todas igual de pobres—,
un alma, en la que la luz de los ojos castaños,
en el modesto mechón peinado por una idea materna
de belleza masculina,
ardía el deseo de morir.

La vio de inmediato, aquel
que no perdona.

La tomó, la llamó a su lado,
y, como un artesano,
allá en los mundos que preceden a la vida,
le impuso las manos sobre la cabeza
y pronunció la maldición.

Era un alma cándida y límpida,
como un muchacho en la primera comunión,
sabio con la sabiduría de los diez años,
todo vestidito de blanco, de un material
elegido por la idea materna de la gracia masculina,
con el deseo de morir en los ojos tibios.

Ah, la vio de inmediato, aquel
que no perdona.

Vio la infinita capacidad de obedecer
y la infinita capacidad de rebelarse:
la llamó a su lado, y obró en ella
—que lo miraba confiada
como un cordero mira a su justo verdugo—
la consagración inversa, mientras
sobre su rostro se derramaba
la luz, y ascendía una sombra de piedad.

«Tú descenderás al mundo,
y serás ingenuo y gentil, equilibrado y fiel,
tendrás una capacidad infinita de obedecer
y una infinita capacidad de rebelarte.
Serás puro.
Por ello, yo te maldigo.»

Puedo ver todavía su mirada
llena de piedad y del ligero horror
que se siente por quien la inspira
—la mirada con que avanza
quien va, sin saberlo, a morir,
y, por una necesidad que domina a quien lo sabe y a quien no lo sabe,
nadie le dice nada—
veo todavía su mirada,
mientras me alejaba
de la Eternidad hacia mi cuna.

VIII

(Conclusión funeraria: con tabla sinóptica —para uso de la escritora de la «pieza»— de mi carrera de poeta, y una mirada profética al mar de los milenios futuros.)

«Vine al mundo en tiempos
de la Analogía.
Trabajé
en ese campo, como aprendiz.
Después vino la Resistencia
y yo
luché con las armas de la poesía.
Restauré la Lógica, y fui
un poeta civil.
Ahora es tiempo
de la Psicagogia.
Puedo escribir solo profetizando
en el rapto de la Música
por exceso de semilla o de piedad.»

*

«Si la Analogía sobrevive aún
y la Lógica ha pasado de moda
(y yo con ella:
ya nadie me pide poesía),
está
la Psicagogia
(para desgracia de la Demagogia
cada vez más dueña

de la situación).
Es por ello
que puedo escribir Ensayos y Cantos fúnebres
e incluso Profecías;
¡siempre como poeta civil, claro!»

*

«En cuanto al futuro, escuche:
sus hijos fascistas
navegarán
hacia los mundos de la Nueva Prehistoria.
Yo estaré allí,
como quien sueña su condena
en las orillas del mar
en que la vida recomienza.
Solo, o casi, en el viejo litoral
entre ruinas de civilizaciones antiguas,
Ravenna,
Ostia o Bombay —da lo mismo—
con Dioses que se desconchan, problemas viejos
—como la lucha de clases—
que
se disuelven…

Como un partisano
muerto antes de mayo del 45,
comenzaré poco a poco a descomponerme,
en la luz torturada de ese mar,
poeta y ciudadano olvidado.»

IX

(Cláusula)

«Dios mío, pero entonces ¿qué
se puede decir en su defensa?…»
«¿En mi defensa? —[un balbuceo infame,
no he tomado los optalidones, me tiembla la voz
de muchacho enfermo]—
¿En mi defensa? Una desesperada vitalidad.»

(1963)

EL ALBA MERIDIONAL

Caminaba por los alrededores del hotel —era de tarde—
y aparecieron cuatro o cinco muchachos,
con piel de tigre de los prados, sin
una peña, un hoyo, un poco de vegetación
donde refugiarse de eventuales disparos: pues
Israel estaba allí, en la misma piel de tigre,
sembrada de casas de cemento e inútiles
muros, como en cualquier periferia.
Me uní a ellos, en aquel punto absurdo,
lejos de la calle, del hotel,
del confín. Fue una de tantas amistades,
una de esas que durando una tarde
te torturan después durante el resto de tu vida. Ellos,
los desheredados y, más aún, hijos
(que de desheredados tienen el conocimiento
del mal —el hurto, la rapiña, la mentira—
y, de hijos, el ingenuo idealismo
de sentirse consagrados al mundo),
ellos, mostraron enseguida la vieja luz de amor
—como gratitud— en el fondo de sus ojos.
Y, hablando, hablando, hasta que
cayó la noche (y uno ya me abrazaba,
diciendo, ora que me odiaba, ora que no,
me amaba, me amaba) lo supe todo de ellos,
cada mínima cosa. Eran dioses
o hijos de dioses que misteriosamente disparaban
a causa de un odio que les había expulsado de los montes de Creta,
como esposos sedientos de sangre sobre los Kibutz invasores
en el otro lado de Jerusalén…
Estos zarrapastrosos que ahora duermen al aire libre
en el fondo de un prado de la periferia.
Con sus hermanos mayores, soldados
armados de un viejo fusil y dos mostachos
de mercenarios resignados a viejas muertes.
Estos son los Jordanos, terror de Israel,
estos que frente a mí lloran
el antiguo dolor de los prófugos. Uno de ellos,
destinado al odio, ya casi burgués (al moralismo
chantajista, al nacionalismo que blanquea con furor

neurótico), me canta el viejo estribillo
aprendido de su radio, de sus reyes.
Otro, harapiento, escucha y asiente,
mientras, como un cachorro, se aprieta contra mí,
sin mostrar otra cosa, en el prado de las afueras,
en el desierto jordano, en el mundo,
que un mísero sentimiento de amor.

(1963)

PROYECTO DE OBRAS FUTURAS

Todavía hoy, en la melancólica fisicidad
en que la nación está ocupada formando un Gobierno,
y el Centro-Izquierda hace palpitar los órganos

normativos de los frágiles lingüistas —el invierno
embebe de oscura luz las cosas lejanas
y enciende apenas, malva y verde, las cercanas, en un exterior

perdido en el fondo de las edades italianas…
con las tierras azules de Piero manando de indecibles
celestes de Languedoc… si no de sicilianas

azulidades de los Orígenes… que aquí, en los toscos apéndices
de los exquisitos Centros, son verdes y malvas,
por fango y cielo, limones y rosas… ojos de Federicos

con medio corazón en busca de almendras rupestres donde
cae luz de Arabia, el otro medio en algún valle
perlado de niebla: con Alpes lejanos, enloquecidamente nuevos…

¡Enloquezco! Hace una vida entera que intento
expresar este abatimiento de Recherche
que yo sentía ya siendo niño, en el Tagliamento,

en el Po, más cercano a las fuentes —al círculo
de quienes hablan mi lengua—, sordos, por costumbre
a toda privada, infantil, incierta

pre-expresividad, donde el corazón esté desnudo.
Pero yo —confiando en que, antes de morir, mis mil
esfuerzos llevarían algo ante los jueces—
en la época en que el italiano está a punto de fenecer
derrotado por el anglosajón o el ruso,
regreso, desnudo, y ya he dicho, loco, al verde abril,

al verde abril del idioma ilustre
(que no lo fue nunca, ¡nunca!), alto-italiano…
a la Verderbnis franco-véneta, lujo

de rechonchas gentes a trasmano…
al verde abril —con la modernidad
de Israel como una úlcera en el alma—

donde yo, Judío ofendido por la piedad,
reencuentro una cruel frescura de aprendiz,
en las vicisitudes de la otra (fúnebre) mitad

de la vida… Me vuelvo católico, nacionalista,
románico, en mi investigación para «BLASFEMIA»
o «LA DIVINA MÍMESIS» —y ¡ah mística

filología!, en los días de la vendimia
me regocijo como uno se regocija sembrando,
con el fervor que mezcla materias

irreconciliables, magmas sin amalgama, cuando
la vida es limón o rosa de abril.
¡Merde! ¡Intentar explicar cómo funcionan

las cosas de la lengua, sin inferir
concomitancias políticas! ¡Unidad
lingüística sin razones de interés

vil, sin la insensibilidad
de una clase a la que se la suda la elección
de la jerga literaria! Profesores de los coj.,

neo o paleopatriotas, pendejos
en tanta ciencia, que del siglo xii al xiv
solo ven textos en función

de otros textos… Basta: ¡ciego
amor mío! Te ejercitaré en investigaciones
translingüísticas, y a un texto opondré un veto,

y a tres textos tres santos, y a un círculo
literario tradiciones culinarias,
disputas fronterizas: y en el año del descubrimiento

de un texto homologado por amanuenses de lengua paduana
ya sea por estupidez o vanidad investigaré
qué hacían los pintores de alquería en alquería

bajo la luz verde-sublime de las tierras del Po…
Pero sobre todo qué pretendía
la clase en el poder: una cualquiera, no lo sé.

Compondré una obra monstruosa, contemporánea
de las Anti-obras de Olivetti Lettera 22, de la nueva moda,
vieja figuración del lado de la joven leva.

Pero hay que ser capaz de decepcionar. Solo un noble calducho
de inspiraciones mixtas desmitifica
cuando milagrosamente el caos arriba

a una claridad plástica, pongamos, de grifos
románicos —perniles, colodrillos, tórax
hinchados como panes, de piedra gris que codifica

la plena Realidad—. Calla, calla,
voz de todo lo Oficial, seas quien seas.
Hay que ser capaz de decepcionar. Saltar a las brasas

como mártires asados y ridículos: el camino
de la Verdad atraviesa también los más horrendos
lugares del esteticismo, la historia,

la loca reconstrucción erudita. ¡Espléndidos,
por razones distintas a las romántico-
nacionalistas, días de las primeras ventas,

de los primeros contratos! Si tengo corazón bastante
escribiré también una «HISTORIA PASIONAL
DE LA POESÍA ITALIANA», además de la aún pendiente

«MUERTE DE LA POESÍA» (pero yo sé, pleno de gloria
juvenil, que para mí es todavía abril,
estoy lleno de limones y rosas…). En esa «HISTORIA»

(escrita en octavas reales, por ironía) «tendré por vil»
cualquier disposición previa, y, bajo el signo
primario de Marx, y, después,

de Freud, estableceré nuevas jerarquías en el reino
de los amores poéticos: y a la existencia
literaria opondré, con mi humillado ingenio,

la noción de Existente Inexpresado, sin
el cual todo es un misterio:
puesto que no hubo, hasta hace poco, clara conciencia

de las clases que dividen el mundo, el magisterio
estilístico se vio siempre dominado por lo que
no se podía decir (o decir), pero existía.

Juego dialéctico arrojado a las honduras, ¡oh
sí!, que reconstruir estilema por estilema,
pues en cada palabra escrita en el Bel Paese donde el No

resuena, había opuesto al estilo aquel Sema
de nadie, la lengua de un pueblo
que debía todavía ser clase, problema

conocido y resuelto solo en sueños. Mortecino
por el largo silencio, arderé después en «OTRO MONÓLOGO»
la rabia impotente contra el pelmazo mundo

tumbal de Dallas, con un vuelo
de dos versos para Kennedy, y una tirada
de setenta veces siete (mil) versos, para Coro

y Orquesta, con setenta mil violines y un bombo,
(y un disco de Bach), «CITA BRECHTIANA»
O «CANTOS DE LA DESACRALIZACIÓN», melaza

plurilingüe o madeja monolítica: en el que vana
parecerá TODA LA HISTORIA EN CUANTO OBRA
DE LOCOS.
LOCA FUE LA ADOLFA LOCA LA JOSEFA LOCA LA
ÉLITE [AMERICANA]

LOCA LA IDEOLOGÍA LOCAS LAS IGLESIAS LOCOS
LOS CAMPEONES DE LA IDEOLOGÍA Y DE IGLESIAS
QUE CHANTAJEAN A LOS BUENA Y ESTÚPIDA GENTE
NORMAL LOCOS

LOS REVOLUCIONARIOS LLENOS DE BUENOS
PENSAMIENTOS BURGUESES
QUE CONTINÚAN SIENDO SIMPLES DEPOSITARIOS
DEL CHANTAJE MORAL AL HOMBRE. Encendidas

pues estas expresionistas velas en los altares
del Sexo, volveré a la Religión.
Y le escribiré al impertérrito Moravia una «PASOLINARIA

SOBRE LOS MODOS DE SER POETA», definiendo
la relación entre signo y cosa —y finalmente
desvelaré mi pasión verdadera—.

Que es la vida furibunda [o desganada] [o moribunda]
—y, por eso, de nuevo, la poesía—:
no importa si existe el signo ni la cosa,

ahí está. Si el hombre fuera un Monotipo en la Subtopía
de un mundo sin más capitales lingüísticas
y desapareciese por tanto la palabra de cada modo

del oír o del decir, lo estrecharían místicos
vínculos aún a las cosas, y aquello que las cosas
son, no fijado ya en sus tristes

contextos, sería siempre nuevo, repleto de gozosas
verdades pragmáticas: nunca más instrumentalidad,
afán que las traduce en limones, en rosas…

pero siempre y solo luz, como es la realidad
de las cosas cuando están en la memoria
en el umbral del ser nombradas, y ya

llenas de su física gloria.
Si después descubriera en mí un cáncer y muriese
lo consideraría una victoria

de tal realidad de cosas. Acabada la piedad filial
por el mundo, ¿qué sentido tiene ya frecuentarlo?
Ah, no estar más en pie en el sabor de sal

del mundo de los otros (pequeñoburgués, literario)
con el vaso de whisky en la mano y el rostro de mierda,
—me desagradaría no presentarlo tal

y como es —antes de que se pierda para mí como hombre—
en la «DIVINA MÍMESIS», obra para ser terminada
si es que alguna vez alguna lo fue, y para mi tormento, tan verde,

tan verde, del verde de antaño, de mi juventud,
en el munducho amarillento de mi alma…
Pero no, pero no, es abril, soy más

leve que un jovenzuelo que ama
por primera vez… Echaré enseguida, en tono
epistolar, con glosas y paréntesis, una borrasca

de «motivos señalados», de «etcéteras», blasones,
citas, y sobre todo alusiones
(autoexhortativas hasta el infinito y desproporción

de detalles en relación al todo), el
primer paródico terceto hecho página magmática
del Canto I, con prisa por llegar antes de la primera mitad,

por donde el Infierno arcaico, enfático
(románico, como el centro de nuestras ciudades
cuyos suburbios a estas alturas han sido destruidos para siempre),

e inserir un legajo de Infierno de la edad
neocapitalista, para nuevos tipos
de pecados (excesos de Racionalidad

y de Irracionalidad) integrados entre los antiguos.
Y entonces veréis, en un edificio de delicioso cemento,
reconociendo a amigos y enemigos,

bajo los carteles que indican «OBRA: INCREMENTO
DE LAS PENAS INFERNALES», A: LOS DEMASIADO
MODERADOS: Conformistas
(tertulia Bellonci), Vulgares (una recepción

en el Quirinale), Cínicos (un congreso de periodistas
del Corriere della Sera y afines): y después:
los Débiles, los Ambiguos, los Miedosos (estos, individualistas

solo en casa); B: LOS DESENFRENADOS, ZONA
PRIMERA: exceso de rigor (socialistas burgueses,
pequeños biempensantes que se creen pequeños héroes

solo por la heroica elección de una buena bandera), exceso
de Remordimiento (Soldados, Piovene); exceso de Servilismo
(masas infinitas sin censar, sin nombre, sin sexo);

ZONA SEGUNDA: Los del raciocinio (Landolfi), gente que está
sentada sola en su retrete; Irracionales
(la vanguardia internacional al completo que va

de los endoliterarios [De Gaulle] a las vestales
de Pound, teutonas o itálicas];
Racionales (Moravia, rara avis, y las alas

de los comprometidos neogóticos).
¡Oh, ceguera del amor!
Lo vi en dos humildes mejillas,

en dos ojos de cachorro: era amor,
porque era sonrisa, era una niña
que corría de corazón hacia el sol

—en la ceguera de su amor— erguida, insignificante
con aquel vestido harapiento,
bajo un enorme acueducto, por un camino

embarrado, entre las chabolas alquitranadas,
—muchacha que corría en el corazón
del sol, erguida, con las pupilas atraídas

por la ceguera de un humilde, único amor,
hacia otra criatura niña
que corría hacia ella, en el sol

de los tugurios donde era madre, ella —miserable,
con su vestido harapiento,
y corría, corría hacia la criaturilla,

con la sonrisa cómplice, provocada
junto a la otra por un mismo amor.
Corrían una hacia la otra con los ojos ligados

por aquella sonrisa contemporánea al sol.

¡Oh Marx —todo es oro— oh Freud —todo
es amor— oh Proust —todo es memoria—
oh Einstein —todo es fin— oh Charlot —todo

es hombre— oh Kafka —todo es terror—

oh pueblo de mis hermanos,
oh patria, oh aquello que alienta la identidad,

oh paz que consiente el salvaje dolor,
oh estigma de la infancia! ¡Oh destino de oro
construido sobre el eros y sobre la muerte, como

una distracción —y sus mil pretextos,
la risa, la filosofía! Tener ilusiones (el amor)
distingue, pero en un círculo consagrado por textos

insustituibles. Vuelvo con Israel en el corazón,
sufriendo por sus hijos-hermanos la nostalgia
de la Europa romance, occitana, con el esplendor

un poco amarillento pero lleno de la atroz poesía
de sus capitales burguesas junto a los ríos o junto al mar…
Regla negativa de amor. El verdadero camino

de quien quiere ser y decepcionar. Lo que hace iguales
a todos entre todos, como los muertos:
pero pone en duda los sagrados

textos de los círculos. Por eso, esperando que traiga
un nuevo Gran Judío un nuevo TODO ES
—hacia el que el mundo jodido se vuelva—

hay que ser capaz de decepcionar, en nuestro pequeño… ¡Sí!,
es necesario abandonar el propio lugar favorito al sol
(y vosotros debéis dejar Israel, ¡Judíos!

pues la ceguera del amor
reduce las invenciones a instituciones
para reinventar después solo con el corazón;

y mezcla totalmente naciones
con la complicidad de una madre y una hijita al sol
—persiguiendo, ¿o no?, las oposiciones…).

En cuanto a mí, tiendo yo también (rabia) a tal amor,
religión de un elegiaco hijo
que quiere a toda costa distinguirse.

No se agota por otro lado en la maraña

de vida pasada y por venir: quiere
reducirlo todo a su orden de lirio.

Basta, bromeaba. ¡Ah oscuras
tortuosidades que me empujan a un «destino de oposición»!
Pero no hay otra alternativa para mis obras futuras.

«OPOSICIÓN PURA», «JUAN XXIII», O «PASIÓN
[O ARCHIVO] DE LOS AÑOS SESENTA», por ejemplo,
el órgano donde primero depositaré, para visiones

semiprivadas, tales obras mías futuras, aparece como vía
sin alternativas, a mí y a la redacción
de los imberbes encargados de la tarea —compañía de saldo

que quiere conocimiento casi por derecho
de nacimiento. Oposición de quien no puede
ser amado por nadie, y a nadie puede amar, y pone

por tanto su amor como un no
preestablecido ejercicio del deber
político como ejercicio de razón.
Al fin, lo sé,

nunca, en mi maltrecha pasión,
jamás fui tan cadáver como ahora
que tomo de nuevo entre mis manos mis tabulae presentiae:

pues real es la realidad, pero solo después
de haber sido destruida en la eternidad y en la hora
de la obsesiva idea de una nada reluciente.[1]

Pero en esta realidad —la nuestra—
que jadeante persigue los destinos de las estructuras
—por retraso, por retraso, en la mora

mortuoria de una precedente época menor—
o como avance, como dolor por el fin
del mundo como su imposible interrupción,

constato una necesidad vehemente
de minorías aliadas. Volved, Judíos,
a los albores de esta Prehistoria

que sonríe a la mayoría como Realidad:
pérdida de la humanidad y reconstitución
cultural del hombre nuevo —dicen

los entendidos—. Y de hecho, ahí está la clave:
en la atmósfera de una pequeña nación,
que en este caso es Italia —se da

un falso dilema entre la Revolución y una Entidad
llamada Centro-Izquierda— que ruboriza
a los Lingüistas… El nuevo curso de la realidad

es de este modo admitido y aceptado. Volved,
Judíos, a contradecirlos, con los cuatro
gatos que han aclarado finalmente

su destino: va hacia el futuro
el Poder, y lo sigue, en el acto triunfante,
la Oposición, poder en el poder.

Para quien ha sido crucificado por su racionalidad lacerante,
mortificado por el puritanismo, nada tiene ya sentido
como no sea una aristocrática y, ay, impopular, oposición.

La revolución no es más que un sentimiento.

(Noviembre-Diciembre de 1963)

[1] Comparar con el verso «no cuenta el signo ni la cosa existente». (Nota del autor).

TRANSHUMANAR Y ORGANIZAR
(1971)

UNO DE TANTOS EPÍLOGOS

Eh, Ninarieddo, te acuerdas de aquel sueño
sobre el que hablamos tantas veces…
Yo iba en coche, y marchaba solo, con el asiento
vacío a mi lado, y tú corrías detrás de mí;
a la altura de la ventanilla medio abierta
corrías ansioso y obstinado, me gritabas
con un poco de llanto infantil en la voz:
«Paolo, ¡llévame contigo! ¡Págame el viaje!».
Era el viaje de la vida; y solo en el sueño
osaste descubrirte y pedirme algo.
Tú sabes mejor que nadie que aquel sueño forma parte de la realidad,
que no fue un Ninetto soñado quien dijo aquellas palabras.
Fue tan de veras que cuando hablamos de ello te sonrojas.
Ayer noche, en Arezzo, en el silencio de la noche,
mientras el guardián cerraba la verja con el candado
a tus espaldas, y estabas a punto de marchar,
con tu sonrisa burlona y fulminante me dijiste: «¡Gracias!».
¿«Gracias», Ninè? Es la primera vez que me lo dices.
Y sin embargo te das cuenta de ello y te corriges,
sin cambiar de gesto (en eso eres un maestro), bromeando:
«Gracias por el viaje». El viaje que tú querías
que yo te pagase era, lo repito, el viaje de la vida:
y en aquel sueño de hace tres o cuatro años escogí
todo aquello a lo que mi inequívoco amor por la libertad era contrario.
Si ahora me agradeces el viaje… Dios mío,
mientras estás en el calabozo, me subo con miedo
al avión que me llevará a un lugar lejano.
Nunca me saciaré de nuestra vida:
nunca puede agotarse algo que es único en el mundo.

(2 de septiembre, 1963)

CANTO CIVIL

Sus mejillas eran frescas y tiernas,
y tal vez eran besadas por primera vez.
Vistos de espaldas, cuando las volvían
para regresar al tierno grupo, parecían más adultos,
con los abrigos sobre los pantalones ligeros. Su pobreza
olvida el frío del invierno. Las piernas un poco arqueadas
y los cuellos gastados, como los hermanos mayores,
ya ciudadanos desacreditados. Ellos no tendrán precio aún
por algunos años: y nada puede humillar a quien
no puede juzgarse a sí mismo. Mientras lo hagan
con tanta, increíble espontaneidad, se ofrecerán a la vida;
y la vida a su vez les reclamará. ¡Están tan preparados!
Devuelven los besos, saboreando la novedad.
Después se van, tan imperturbables como han venido.
Pero dado que están aún llenos de confianza en la vida que los ama
hacen promesas sinceras, proyectan un futuro prometedor
de abrazos y de besos. ¿Quién podría hacer la revolución
—si es que hubiera que hacerla— más que ellos? Decídselo: están listos,
todos del mismo modo, así como abrazan y besan
y con el mismo olor en las mejillas.
Pero no será su confianza en el mundo la que triunfe.
El mundo tendrá que dejarla de lado.

(Diciembre, 1969)

VERSOS DEL TESTAMENTO

La soledad: hay que ser muy fuertes
para amar la soledad; hay que tener buenas piernas
y una resistencia fuera de lo común; no se deben correr riesgos
tales como constipados, fiebres o garganta irritada; no se debe temer
a ladrones ni asesinos; si toca caminar
durante toda la tarde o casi hasta la noche
hay que saber hacerlo con soltura; no hay que sentarse,
especialmente en invierno; con el viento que sopla sobre la hierba mojada
y con las losas de piedra húmedas y embarradas entre la basura;
no existe consuelo, sobre eso no hay duda,
más allá de tener por delante un día entero y una noche
sin deberes o límites de ningún tipo.
El sexo es un pretexto. Por muchos que sean los encuentros
—e incluso en invierno, en calles abandonadas al viento,
entre extensiones de basura contra los edificios lejanos,
hay muchos— no son más que momentos en la soledad;
cuanto más cálido y vivo es el cuerpo gentil
que unge de semen y se va
más frío y mortal es el amado desierto circundante;
como un viento milagroso, es el que llena de alegría,
y no la sonrisa inocente o la turbia prepotencia
de quien después se va; se lleva consigo una juventud
enormemente joven, y es en esto inhumano,
pues no deja huellas, o mejor dicho, deja una sola huella
que es siempre la misma sea cual sea la estación.
Un muchacho en sus primeros amores
no es otra cosa que la fecundidad del mundo.
Es el mundo quien así llega con él; aparece y desaparece,
como una forma que cambia. Quedan intactas todas las cosas,
y ya puedes recorrer media ciudad, que no podrás reencontrarlo;
el acto se ha cumplido, su repetición es un rito. Así que
la soledad es aún mayor cuando una multitud entera
aguarda su turno: crece de hecho el número de las desapariciones
—irse es huir— y lo siguiente se cierne sobre el presente
como un deber, un sacrificio dedicado al deseo de muerte.
Envejeciendo, sin embargo, uno comienza a sentir el cansancio,
especialmente en ese momento poco después de la hora de cenar

cuando para ti no ha cambiado nada; entonces por un pelo no gritas o lloras;
y eso sería magnífico si no fuera precisamente nada más que cansancio
y quizás un poco de hambre. Magnífico, porque querría decir
que tu deseo de soledad no podría estar más satisfecho
¿y entonces qué puedes esperar, si aquello que no es considerado soledad
es la soledad verdadera, esa que no puedes aceptar?
No hay cena ni comida ni contento del mundo
comparable a una caminata sin fin por las calles pobres,
donde hay que ser desgraciados y fuertes, hermanos de los perros.

(1969)

LA POESÍA DE LA TRADICIÓN

¡Oh generación desafortunada!
Qué ocurrirá mañana, si la clase dirigente—
cuando era novata
no conoció la poesía de la tradición
ni tuvo una experiencia desdichada porque sin
una sonrisa realista le fue inaccesible
y también por lo poco que llegó a saber de ella, debía demostrar
querer conocerla sí pero a distancia, como espectadores.
¡Oh generación desafortunada!,
que en el invierno del 70 usaste abrigos y chales fantasiosos
y fuiste corrompida
por quien te enseñó a no sentirte inferior
—reprimiste tus incertidumbres divinamente infantiles—
¡quien no es agresivo es enemigo del pueblo! ¡Ah!
Los libros, los viejos libros pasaron ante tus ojos
como objetos de un antiguo enemigo
sentiste la obligación de no ceder
ante la belleza nacida de injusticias olvidadas
al final te entregaste a los buenos sentimientos
de los que te defendías como de la belleza
con el odio racial contra la pasión;
viniste al mundo, que es grande pero simple,
y encontraste a quienes se mofaban de la tradición,
y te tomaste al pie de la letra tal ironía fingidamente pícara,
erigiendo barreras juveniles contra la clase dominante del pasado
la juventud pasa pronto; oh generación desafortunada,
llegarás a la madurez y después a la vejez
sin haber disfrutado cuanto tenías derecho a disfrutar
y que no se disfruta sin ansia y humildad
y así descubrirás haber servido al mundo
contra el que con celo «llevaste adelante la lucha»:
era ese mundo el que quería desacreditar la historia —la suya—;
era ese el que quería barrer con el pasado —el suyo—;
¡oh generación desafortunada, y tú obedeciste desobedeciendo!
Era aquel mundo el que pedía a sus nuevos hijos que le ayudasen
a contradecirse, para continuar;
os descubriréis viejos y sin amor por los libros y la vida:
habitantes perfectos de ese mundo renovado
a través de sus reacciones y represiones, sí, sí, es cierto,

pero sobre todo a través vuestro, que os habéis rebelado
tal y como el mundo quería, Autómata en cuanto Todo;
no se te llenaron los ojos de lágrimas
contra un baptisterio de maestros y aprendices
abstraídos de estación en estación
ni lágrimas tuviste por una octava real del siglo xvi,
ni lágrimas (intelectuales, debidas a la pura razón)
no conociste ni reconociste los tabernáculos de los antepasados
ni las sedes de los padres autoritarios pintadas por
—y todas las demás cosas sublimes
no os hará estremecer (con esas lágrimas ardientes)
el verso de un anónimo poeta simbolista muerto en el año
la lucha de clases os acunó y os impidió llorar:
obstinados contra todo cuanto no supiera de buenos sentimientos
y con agresividad desesperada
gastasteis la juventud
y, si eráis intelectuales
no queríais serlo hasta el fondo,
por más que este fuera vuestro verdadero deber,
¿y por qué cometisteis esta traición?
por amor al obrero: pero nadie le pide a un obrero
que no sea obrero hasta el fondo
los obreros no lloraron frente a las obras maestras
pero tampoco perpetraron traiciones que llevan al chantaje
y por tanto a la infelicidad
oh desafortunada generación
llorarás, pero con lágrimas sin vida
porque tal vez ni siquiera sabrás regresar
a cuanto no habiendo tenido no has perdido tampoco;
pobre generación calvinista como en los orígenes de la burguesía
adolescentemente pragmática, puerilmente activa
has buscado salvación en la organización
(que no puede producir más que más organización)
y has pasado los días de la juventud
hablando el lenguaje de la democracia burocrática
sin salir nunca de la repetición de las fórmulas,
que organizar puede significarse no per verba
pero sí mediante fórmulas,
te descubrirás usando la autoridad paterna como inefable nodriza
del poder que te ha querido contra el poder,
¡generación desafortunada!
Envejeciendo vi vuestras cabezas llenas de dolor
en las que daba vueltas una idea confusa, una absoluta certidumbre,

una presunción de héroes destinados a no morir—
¡oh muchachos desdichados que habéis visto al alcance de la mano
una victoria maravillosa que no existía!

(1970)

LE CENERI DI GRAMSCI
(1957)

LE CENERI DI GRAMSCI

I

Non è di maggio questa impura aria
che il buio giardino straniero
fa ancora più buio, o l'abbaglia

con cieche schiarite… questo cielo
di bave sopra gli attici giallini
che in semicerchi immensi fanno velo

alle curve del Tevere, ai turchini
monti del Lazio… Spande una mortale
pace, disamorata come i nostri destini,

tra le vecchie muraglie l'autunnale
maggio. In esso c'è il grigiore del mondo
la fine del decennio in cui ci appare

tra le macerie finito il profondo
e ingenuo sforzo di rifare la vita;
il silenzio, fradicio e infecondo…

Tu giovane, in quel maggio in cui l'errore
era ancora vita, in quel maggio italiano
che alla vita aggiungeva almeno ardore,

quanto meno sventato e impuramente sano
dei nostri padri —non padre, ma umile
fratello— già con la tua magra mano

delineavi l'ideale che illumina
(ma non per noi: tu, morto, e noi
morti ugualmente, con te, nell'umido

giardino) questo silenzio. Non puoi,
lo vedi?, che riposare in questo sito
estraneo, ancora confinato. Noia

patrizia ti è intorno. E, sbiadito,

solo ti giunge qualque colpo d'incudine
dalle officine di Testaccio, sopito

nel vespro: tra misere tettoie, nudi
mucchi di latta, ferrivecchi, dove
cantando vizioso un garzone già chiude

la sua giornata, mentre intorno spiove.

II

Tra i due mondi, la tregua, in cui non siamo.
Scelte, dedizioni… altro suono non hanno
ormai che questo del giardino gramo

e nobile, in cui caparbio l'inganno
che attutiva la vita resta nella morte.
Nei cerchi dei sarcofaghi non fanno

che mostrare la superstite sorte
di gente laica le laiche iscrizioni
in queste grige pietre, corte

e imponenti. Ancora di passioni
sfrenate senza scandalo son arse
le ossa dei miliardi di nazioni

più grandi; ronzano, quasi mai scomparse,
le ironie dei principi, dei pederasti,
i cui corpi sono nell'urne sparse

inceneriti e non ancora casti.
Qui il silenzio della morte è fede
di un civile silenzio di uomini rimasti

uomini, di un tedio che nel tedio
del Parco, discreto muta: e la città
che, indifferente, lo confina in mezzo

a tuguri e a chiese, empia nella pietà,
vi perde il suo splendore. La sua terra
grassa di ortiche e di legumi dà

questi magri cipressi, questa nera

umidità che chiazza i muri intorno
a smorti ghirigori di bosso, che la sera

rasserenando spegne in disadorni
sentori d'alga… quest'erbetta stenta
e inodora, dove violetta si sprofonda

l'atmosfera, con un brivido di menta,
o fieno marcio, e quieta vi prelude
con diurna malinconia, la spenta

trepidazione della notte. Rude
di clima, dolcissimo di storia, è
tra questi muri il suolo in cui trasuda
altro suolo; questo umido che
ricorda altro umido; e risuonano
—familiari da latitudini e

orizzonti dove le selve inglesi coronano
laghi spersi nel cielo, tra praterie
verdi come fosforici biliardi o come

smeraldi: «And O ye Fountaints… » —le pie
invocazioni…

III

Uno straccetto rosso, come quello
arrotolato al collo ai partigiani
e, presso l'urna, sul terreno cereo,

diversamente rossi, due gerani.
Lì tu stai, bandito e con dura eleganza
non cattolica, elencato tra estranei

morti: Le ceneri di Gramsci… Tra speranza
e vecchia sfiducia, ti accosto, capitato
per caso in questa magra serra, innanzi

alla tua toma, al tuo spirito restato
quaggiù tra questi liberi. (O è qualcosa
di diverso, forse, di più estasiato

e anche di più umile, ebbra simbiosi

d'adolescente di sesso con morte…)
E, da questo paese in chui non ebbe posa

la tua tensione, sento quale torto
—qui nella quiete delle tombe— e insieme
quale ragione —nell'inquieta sorte

nostra— tu avessi stilando le supreme
pagine nei giorni del tuo assassinio.
Ecco qui ad attestare il seme

non acora disperso dell'antico dominio,
questi morti attaccati a un possesso
che affonda nei secoli il suo abominio

e la sua grandezza: e insieme, ossesso,
quel vibrare d'incudini, in sordina,
soffocato e accorante —dal dimesso

rione— ad attestarne la fine.
Ed ecco qui me stesso… povero, vestito
dei panni che i poveri adocchiano in vetrine

dal rozzo splendore, e che ha sbiadito
la sporcizia delle più sperdute strade,
delle panche dei tram, da cui stranito

è il mio giorno: mentre sempre più rade
ho di queste vacanze, nel tormento
del mantenermi in vita; e se mi accade

di amare il mondo non è che per violento
e ingenuo amore sensuale
così come, confuso adolescente, un tempo

l'odiai, se in esso mi feriva il male
borghese di me borghese: e ora, scisso
—con te— il mondo, oggetto non appare
di rancore e quasi di mistico
disprezzo, la parte che ne ha il potere?
Eppure senza il tuo rigore, sussisto

perché non scelgo. Vivo nel non volere
del tramontato dopoguerra: amando

il mondo che odio —nella sua miseria

sprezzante e perso— per un oscuro scandalo
della coscienza…

IV

Lo scandalo del contraddirmi, dell'essere
con te e contro te; con te nel cuore,
in luce, contro te nelle buie viscere;

del mio paterno stato traditore
—nel pensiero, in un'ombra di azione—
mi so ad esso attaccato nel calore

degli istinti, dell'estetica passione;
attratto da una vita proletaria
a te anteriore, è per me religione

la sua allegria, non la millenaria
sua lotta: la sua natura, non la sua
coscienza; è la forza originaria

dell'uomo, che nell'atto s'è perduta,
a darle l'ebbrezza della nostalgia
e una luce poetica: ed altro più
io non so dirne, che non sia
giusto ma non sincero, astratto
amore, non accorante simpatia…

Come i poveri povero, mi attacco
come loro a umilianti speranze,
come loro per vivere mi batto

ogni giorno. Ma nella desolante
mia condizione di diseredato,
io possiedo: ed è il più esaltante

dei possessi borghesi, lo stato
più assoluto. Ma come io possiedo la storia,
essa mi possiede; ne sono illuminato:

ma a che serve la luce?

V

Non dico l'individuo, il fenomeno
dell'ardore sensuale e sentimentale…
altri vizi esso ha, altro è il nome

e la fatalità del suo peccare…
Ma in esso impastati quali comuni,
prenatali vizi, e quale

oggettivo peccato! Non sono immuni
gli interni e esterni atti, che lo fanno
incarnato alla vita, da nessuna

delle religioni che nella vita stanno,
ipoteca di morte, istituite
a ingannare la luce, e dar luce all'inganno.

Destinate a esser seppellite
le sue spoglie al Verano, è cattolica
la sua lotta con esse: gesuitiche

le manìe con cui dispone il cuore;
e ancor più dentro: ha bibliche astuzie
la sua coscienza… e ironico ardore

liberale… e rozza luce, tra i disgusti
di dandy provinciale, di provinciale
salute… Fino alle infime minuzie

in cui sfumano, nel fondo animale,
Autorità e Anarchia… Ben protetto
dall'impura virtù e dall'ebro peccare,

diffendendo una ingenuità di ossesso,
e con quale coscienza!, vive l'io: io,
vivo, eludendo la vita, con nel petto

il senso di una vita che sia oblio
accorante, violento… Ah come
capisco, muto nel fradicio brusio

del vento, qui dov'è muta Roma,
tra i cipressi stancamente sconvolti,

presso te, l'anima il cui graffito suona

Shelley… Come capisco il vortice
dei sentimenti, il capriccio (greco
nel cuore del patrizio, nordico
vileggiante) que lo inghiottì nel cieco
celeste del Tirreno; la carnale
gioia dell'avventura, estetica

e puerile: mentre prostrata l'Italia
come dentro il ventre di un'enorme
cicala, spalanca bianchi litorali,

sparsi nel Lazio di velate torme
di pini, barocchi, di giallognole
radure di ruchetta, dove dorme

col membro gonfio tra gli stracci un sogno
goethiano, il giovincello ciociaro…
Nella Maremma, scuri, di stupende fogne

d'erbasaetta in cui si stampa chiaro
il nocciòlo, pei viottoli ch il buttero
della sua gioventù ricolma ignaro.

Ciecamente fragranti nelle asciutte
curve della Versilia, che sul mare
aggovigiliato, cieco, i tersi stucchi,

le tarsie lievi della sua pasquale
campagna interamente umana,
espone, incupita sul Cinquale,

dipanata sotto le torride Apuane,
i blu vitrei sul rosa… Di scogli,
frane, sconvolti, come per un panico

di fraganza, nella Riviera, molle,
erta, dove il sole lotta con la brezza
a dar suprema soavità agli olii

del mare… E intorno ronza di letezza
lo sterminato strumento a percussione
del sesso e della luce: così avvezza

ne è l'Italia che non ne trema, come
morta nella sua vita: gridano caldi
da centinaia di porti il nome

del compagno i giovinetti madidi
nel bruno della faccia, tra la gente
rivierasca, presso orti di cardi,

in luride spiaggette…

Mi chiederai tu, morto disadorno,
d'abbandonare questa disperata
passione di essere nel mondo?

VI

Me ne vado, ti lascio nella sere
che, benché triste, così dolce scende
per noi viventi, con la luce cerea

che al quartiere in penombra si rapprende.
E lo sommuove. Lo fa più grande, vuoto,
intorno, e, più lontano, lo riaccende

di una vita smaniosa che del roco
rotolìo dei tram, dei gridi umani,
dialettali, fa un concerto fioco

e assoluto. E senti come in quei lontani
esseri che, in vita, gridano, ridono,
in quei loro veicoli, in quei grami

caseggiati dove si consuma l'infido
ed espansivo dono dell'esistenza—
quella vita non è che un brivido;

corporea, collettiva presenza;
senti il mancare di ogni religione
vera; non vita, ma sopravvivenza

—forse più lieta della vita—come
d'un popolo di animali, nel cui arcano
orgasmo non ci sia altra passione

che per l'operare quotidiano:
umile fervore cui dà un senso di festa
l'umile corruzione. Quanto più e vano

—in questo vuoto della storia, in questa
ronzante pausa in cui la vita tace—
ogni ideale, meglio è manifesta

la stupenda, adusta sensualità
quasi alessandrina, che tutto minia
e impuramente acende, quando qua

nel mondo, qualcosa crolla, e si trascina
il mondo, nella penombra, rientrando
in vuote piazze, in scorate officine…

Già si accendono i lumi, costellando
Via Zabaglia, Via Franklin, l'intero
Testaccio, disadorno tra il suo grande

lurido monte, i lungoteveri, il nero
fondale, oltre il fiume, che Monteverde
ammassa o sfuma invisibile sul cielo.

Diademi di lumi che si perdono,
smaglianti, e freddi di tristezza
quasi marina… Manca poco alla cena;

brillano i rari autobus del quartiere,
con grappoli d'operai agli sportelli,
e gruppi di militari vanno, senza fretta,

verso il monte che cela in mezzo a sterri
fradici e mucchi secchi d'immondizia
nell'ombra, rintanate zoccollette

che aspettano irose sopra la sporcizia
afrodisiaca: e, non lontano, tra casette
abusive ai margini del monte, o in mezzo

a palazzi, quasi a mondi, dei ragazzi
leggeri come stracci giocano alla brezza
non più fredda, primaverile; ardenti

di sventatezza giovanile la romanesca
loro sera di maggio scuri adolescenti
fischiano pei marciapiedi, nella festa

vespertina; e scrosciano le sarachinesche
dei garages di schianto, gioiosamente,
se il buio ha resa serena la sera,

e in mezzo ai platani di Piazza Testaccio
il vento che cade in tremiti di bufera,
è ben dolce, benché radendo i capellacci

e i tufi del Macello, vi si imbeva
di sangue marcio, e per ogni dove
agiti rifiuti e odore di miseria.

È un brusio la vita, e questi persi
in essa, la perdono serenamente,
se il cuore ne hanno pieno: a godersi

eccoli, miseri, la sera: e potente
in essi, inermi, per essi, il mito
rinasce… Ma io, con il cuore cosciente

di chi soltanto nella storia ha vita,
potrò mai più con pura passione operare,
se so che la nostra storia è finita?

(1954)

IL PIANTO DELLA SCAVATRICE

I

Solo l'amare, solo il conoscere
conta, non l'aver amato,
non l'aver conosciuto. Dà angoscia

il vivere di un consumato
amore. L'anima non cresce più.
Ecco nel calore incantato

della notte che piena quaggiù
tra le curve del fiume e le sopite
visioni della città sparsa di luci,

echeggia ancora di mille vite,
disamore, misterio, e miseria
dei sensi, mi rendono nemiche

le forme del mondo, che fino a ieri
erano la mia ragione d'esistere.
Annoiato, stanco, rincaso, per neri

piazzali di mercati, tristi
strade intorno al porto fluviale,
tra le baracche e i magazzini misti

agli ultimi prati. Lì mortale
è il silenzio: ma giù, a viale Marconi,
alla stazione di Trastevere, appare
ancora dolce la sera. Ai loro rioni,
alle loro borgate, tornano su motori
leggeri —in tuta o coi calzoni

di lavoro, ma spinti da un festivo ardore—
i giovani, coi compagni sui sellini,
ridenti, sporchi. Gli ultimi avventori

chiacchierano in piedi con voci
alte nella notte, qua e là, ai tavolini

dei locali ancora lucenti e semivuoti.

Stupenda e misera città,
che m'hai insegnato ciò che allegri e feroci
gli uomini imparano bambini,

le piccole cose in cui la grandezaa
della vita in pace si scopre, come
andare duri e pronti nella ressa

delle strade, rivolgersi a un altro uomo
senza tremare, non vergognarsi
di guardare il denaro contato

con pigre dita dal fattorino
che suda contro le facciate in corsa
in un colore eterno d'estate;

a difendermi, a offendere, ad avere
il mondo davanti agli occhi e non
soltanto in cuore, a capire

che pochi conoscono le passioni
in cui io sono vissuto:
che non mi sono fraterni, eppure sono

fratelli propeio nell'avere
passioni di uomini
che allegri, inconsci, interi

vivono di esperienze
ignote a me. Stupenda e misera
città che mi hai fatto fare

esperienza di quella vita
ignota: fino a farmi scoprire
ciò che, in ognuno, era il mondo.

Una luna morente nel silenzio,
che di lei vive, sbianca tra violenti
ardori, che miseramente sulla terra

muta di vita, coi bei viali, le vecchie
viuzze, senza dar luce abbagliano

e, in tutto il mundo, le riflette

lassù, un po' di calda nuvolaglia.
È la notte più bella dell'estate.
Trastevere, in un odore di paglia

di vecchie stalle, di svuotate
osterie, non dorme ancora.
Gli angoli bui, le pareti placide

risuonano d'incantati rumori.
Uomini e ragazzi se ne tornano a casa
—sotto festoni di luci ormai sole—

verso i loro vicoli, che intasano
buio e immondizia, con quel passo blando
da cui più l'anima era invasa

quando veramente amavo, quando
veramente volevo capire.
E, come allora, scompaiono cantando.

II

Povero como un gatto del Colosseo,
vivevo in una borgata tutta calce
e polverone, lontano dalla città

e dalla campagna, stretto ogni giorno
in un autobus rantolante:
e ogni andata, ogni ritorno

era un calvario di sudore e di ansie.
Lunghe camminate in una calda caligine,
lunghi crepuscoli davanti alle carte

ammucchiate sul tavolo, tra strade di fango,
muriccioli, casette bagnate di calce
e senza infissi, con tende per porte…

Passavano l'olivaio, lo straccivendolo,
venendo da qualche altra borgata,
con l'impolverata merce che pareva
frutto di furto, e una faccia crudele

di giovani invecchiati tra i vizi
di chi ha una madre dura e affamata.

Rinnovato dal mondo nuovo,
libero —una vampa, un fiato
che non so dire, alla realtà

che umile e sporca, confusa e immensa,
brulicava nella meridionale periferia,
dava un senso di serena pietà.

Un'anima in me, che non era solo mia,
una piccola anima in quel mondo sconfinato,
cresceva, nutrita dall'allegria

di chi amava, anche se non riamato.
E tutto si illuminava, a questo amore
forse ancora di ragazzo, eroicamente,

e però maturato dall'esperienza
che nasceva ai piedi della storia.
Ero al centro del mondo, in quel mondo

di borgate tristi, beduine,
di gialle praterie sfregate
da un vento sempre senza pace,

venisse dal caldo mare di Fiumicino,
o dall'agro, dove si perdeva
la città fra i tuguri; in quel mondo

che poteva soltanto dominare,
quadrato spettro giallognolo
nella giallognola foschia,

bucato da mille file uguali
di finestre sbarrate, il Penitenziario
tra vecchi campi e sopiti casali.

Le cartacce e la polvere che cieco
il venticello trascinava qua e là,
le povere voci senza eco

di donnette venute dai monti

Sabini, dall'Adriatico, e qua
accampate, ormai con torme

di deperiti e duri ragazzini
stridenti nelle canottiere a pezzi,
nei grigi, bruciati calzoncini,

i soli africani, le piogge agitate
che rendevano torrenti di fango
le strade, gli autobus ai capolinea

affondati nel loro angolo
tra un'ultima striscia d'erba bianca
e qualche acido, ardente immondezzaio…

era il centro del mondo, com'era
al centro della storia il mio amore
per esso: e in questa

maturità che per essere nascente
era ancora amore, tutto era
per divenire chiaro —era,

chiaro! Quel borgo nudo al vento,
non romano, non meridionale,
non operaio, era la vita

nella sua luce più attuale:
vita, e luce della vita, piena
del caos non ancora proletario,

come la vuole il rozzo giornale
della cellula, l'ultimo
sventolio del rotocalco: osso

dell'esistenza quotidiana,
pura, per essere fin troppo
prossima, assoluta per essere

fin troppo miseramente umana.

III

E ora rincaso, ricco di quegli anni

così nuovi che non avrei mai pensato
di saperli vecchi in un'anima

a essi lontana, come a ogni passato.
Salgo i viali del Gianicolo, fermo
da un bivio liberty, a un largo alberato,

a un troncone di mura —ormai al termine
della città sull'ondulata pianura
che si apre sul mare. E mi rigermina

nell'anima —inerte e scura
come la notte abbandonata al profumo—
una semenza ormai troppo matura

per dare ancora frutto, nel cumulo
di una vita tornata stanca e acerba…
Ecco Villa Pamphili, e nel lume

che tranquillo riverbera
sui nuovi muri, la via dove abito.
Presso la mia casa, su un'erba

ridotta a un'oscura bava,
una traccia sulle voragini scavate
di fresco, nel tufo —caduta ogni rabbia

di distruzione— rampa contro radi palazzi
e pezzi di cielo, inanimata,
una scavatrice…

Che pena m'invade, davanti a questi attrezzi
supini, sparsi qua e là nel fango,
davanti a questo canovaccio rosso

che pende a un cavalletto, nell'angolo
dove la notte sembra più triste?
Perché, a questa spenta tinta di sangue,

la misa coscienza così ciecamente resiste,
si nasconde, quasi per un ossesso
rimorso che tutta, nel fondo, la constrista?

Perché dentro in me è lo stesso senso

di giornate per sempre inadempite
che è nel morto firmamento

in cui sbianca questa scavatrice?

Mi spoglio in una delle mille stanze
dove a via Fonteiana si dorme.
Su tutto puio scavare, tempo: speranze

passioni. Ma non su queste forme
pure della vita… Si riduce
ad esse l'uomo, quando colme

siano esperienza e fiducia
nel mondo… Ah, giorni di Rebibbia,
che io credevo persi in una luce

di necessità, e che ora so così liberi!

Insieme al cuore, allora, pei difficili
casi che ne avevano sperduto
il corso verso un destino umano,

guadagnando in ardore la chiarezza
negata, e in ingenuità
il negato equilibrio —alla chiarezza

all'equilibrio giungeva anche,
in quei giorni, la mente. E il cieco
rimpianto, segno di ogni mia

lotta col mondo, respongevano, ecco,
adulte benché inesperte ideologie…
Si faceva, il mondo, soggetto

non più di mistero ma di storia.
Si moltiplicava per mille la gioia
del conscerlo —come

ogni uomo, umilmente, conosce.
Marx o Gobetti, Gramsci o Croce,
furono vivi nelle vive esperienze.

Mutò la materia di un decennio d'oscura

vocazione, se mi spesi a far chiaro ciò
che più pareva essere ideale figura

a una ideale generazione;
in ogni pagina, in ogni riga
che scrivevo, nell'esilio di Rebibbia,

c'era quel fervore, quella presunzione,
quella gratitudine. Nuovo
nella mia nuova condizione

di vecchio lavoro e di vecchia miseria,
i pochi amici che venivano
da me, nelle mattine o nelle sere

dimenticate sul Penitenziario,
mi videro dentro una luce viva:
mite, violento rivoluzionario

nel cuore e nella lingua. Un uomo fioriva.

IV

Mi stringe contro il suo vecchio vello,
che profuma di bosco, e mi posa
il muso con le sue zanne di verro

o errante orso dal fiato di rosa,
sulla bocca: e intorno a me la stanza
è una radura, la coltre corrosa

dagli ultimi sudori giovanili, danza
come un velame di pollini… E infatti
cammino per una strada che avanza

tra i primi patri primaverili, sfatti
in una luce di paradiso…
Trasportato dall'onda dei passi,

questa che lascio alle spalle, lieve e misero,
non è la periferia di Roma: «Viva
México!» è scritto a calce o inciso

sui ruderi del templi sui muretti ai bivii,

decrepiti, leggeri come osso, ai confini
di un bruciante cielo senza un brivido.

Ecco, in cima a una collina
fra le ondulazioni, miste alle bubi,
di una vecchia catena appenninica,

la città, mezza vuota, benché sia l'ora
della mattina, quando vanno le donne
alla spesa —o del vespro che indora

i bambini che corrono con le mamme
fuori dai cortili della scuola.
Da un gran silenzio le strade sono invase:

si perdono i selciati un po'sconnessi,
vecchi come il tempo, grigi come il tempo,
e due lunghi listoni di pietra

corrono lungo le strade, lucidi e spenti.
Qualcuno, in quel silenzio, si muove:
qualche vecchia, qualche ragazzetto

perduto nei suoi giuochi, dove
i portali di un dolce Cinquecento
s'aprano sereni, o un pozzetto

con bestioline intarsiate sui bordi
posi sopra la povera erba,
in qualche bivio o canto dimenticato.

Si apre sulla cima del colle l'erma
piazza del comune, e fra casa
e casa, oltre un muretto, e il verde

d'un grande castagno, si vede
lo spazio della valle: ma non la valle.
Uno spazio che tremola celeste

o appena cereo… Ma il Corso continua,
oltre quella famigliare piazzetta
sospesa nel cielo appenninico:

s'interna fra case più strette, scende

un po' a mezza costa: e più in basso
—quando le barocche casette diradano—

ecco apparire la valle —e il deserto.
Ancora solo qualche passo
verso la svolta, dove la strada

è già tra nudi patricelli erti
e ricciuti. A manca, contro il pendio,
quasi fosse crollata la chiesa,

si alza gremita di affreschi, azzurri,
rossi, un'abside, pèsta di volute
lungo le cancellate cicatrici

del crollo —da cui soltanto essa,
l'immensa conchiglia, sia rimasta
a spalancarsi contro il cielo.

È lì, da oltre il valle, dal deserto,
che prende a soffiare un'aria, lieve, disperata,
che incendia la pelle di dolcezza…

È come quegli odori che, dai campi
bagnati di fresco, o dalle rive di un fiume,
soffiano sulla città nei primi

giorni di bel tempo: e tu
non li riconosci, ma impazzito
quasi di rimpianto, cerchi di capire

se siano di un fuoco acceso sulla brina,
oppure di uve o nespole perdute
in qualche granaio intiepidito

dal sole della stupenda mattina.
Io grido di gioia, così ferito
in fondo ai polmoni da quell'aria

che come un tepore o una luce
respiro guardando la vallata

…….

V

Un po' di pace basta a rivelare
dentro il cuore l'angoscia,
limpida, come il fondo del mare

in un giorno di sole. Ne riconosci,
senza provarlo, il male
lì, nel tuo letto, coscie

e piedi abbandonati, quale
un crocifisso —o quale Noè
ubriaco, che sogna, ingenuamente ignaro
dell'allegria dei figli, che
su lui, i forti, i puri, si divertono…
Il giorno è ormai su di te,

nella stanza come un leone dormente.

Per quali strade il cuore
si trova pieno, perfetto anche in questa
mescolanza di beatitudine e dolore?

Un po' di pace… E in te ridesta
è la guerra, è Dio. Si distendono
appena le passioni, si chiude la fresca

ferita appena, che già tu spendi
l'anima, che pareva tutta spesa,
in azioni di sogno che non rendono

niente… Ecco, se acceso
alla speranza —che, vecchio leone
puzzolente di vodka, dall'offesa

sua Russia giura Krusciov al mondo—
ecco che tu ti accorgi che sogni.
Sembra bruciare nel felice agosto

di pace, ogni tua passione, ogni
tuo interiore tormento,
ogni tua ingenua vergogna

di non essere —nel sentimento—

al punto in cui il mondo si rinnova.
Anzi, quel nuovo soffio di vento

ti ricaccia indietro, dove
ogni vento cade: e lì, tumore
che si ricrea, ritrovi

il vecchio crogiolo d'amore,
il senso, lo spavento, la gioia.
E proprio in quel sopore

è la luce… in quella incoscienza
d'infante, d'animale o ingenuo libertino
è la purezza… i più eroici

furori in quella fuga, il più divino
sentimento in quel basso atto umano
consumato nel sonno matutino.

VI

Nella vampa abbandonata
del sole mattutino —che riarde,
ormai, radendo i cantieri, sugli infissi

riscaldati— disperate
vibrazioni raschiano il silenzio
che perdutamente sa di vecchio latte,

di piazzette vuote, d'innocenza.
Già almeno dalle sette, quel vibrare
cresce col sole. Povera presenza

d'una dozzina d'anziani operai,
con gli strazzi e le canottiere arsi
dal sudore, le cui voci rare,
le cui lotte contro gli sparsi
blocchi di fango, le colate di terra,
sembrano in quel tremito disfarsi.

Ma tra gli scoppi testardi della
benna, che cieca smembra, cieca
sgretola, cieca afferra,

quasi non avesse meta,
un urlo improvviso, umano,
nasce, e a tratti si ripete,

così pazzo di dolore, che, umano,
subito non sembra più, e ridiventa
morto stridore. Poi, piano,

rinasce, nella luce violenta,
tra i palazzi accecati, nuovo, uguale,
urlo che solo chi è morente,

nell'ultimo istante, può gettare
in questo sole che crudele ancora splende
già addolcito da un po' d'aria di mare…

A gridare è, straziata
de mesi e anni di mattutini
sudori —accompagnata

dal muto stuolo dei suoi scalpellini,
la vecchia scavatrice: ma, insieme, il fresco
sterro sconvolto, o, nel breve confine

dell'orizzonte novecentesco,
tutto il quartiere… È la città,
spronfondata in un chiarore di festa,

—è il mondo. Piange ciò che ha
fine e ricomincia. Ciò che era
area erbosa, aperto spiazze, e si fa

cortile, bianco come cera,
chiuso in un decoro ch'è rancore;
ciò che era quasi una vecchia fiera

di freschi intonachi sghembi al sole,
e si fa nuovo isolato, brulicante
in un ordine ch'è spento dolore.

Piange ciò che muta, anche
per farsi migliore. La luce
del futuro non cessa un solo istante

di ferirci: è qui, che brucia
in ogni nostro atto quotidiano,
angoscia anche nella fiducia

che ci dà vita, nell'impeto gobettiano
verso questi operai, che muti innalzano,
nel rione dell'altro fronte umano,

il loro rosso straccio di speranza.

(1956)

LA RELIGIONE DEL MIO TEMPO
(1961)

LA RELIGIONE DEL MIO TEMPO

Due giornate di febbre! Tanto

da non poter più sopportare l'esterno,
se appena un po' rinnovato dalle nubi
calde, di ottobre, e così moderno

ormai —che mi pare di non poterlo più
capire— in quei due che salgono la strada
là in fondo, all'alba della gioventù…

Disadorni, ignorati: eppure fradici
sono i loro capelli d'una beate crosta
di brillantina —rubata nell'armadio

dei fratelli maggiori; oppure losca
di millenari soli cittadini
la tela dei calzoni al sole d'Ostia

e al vento scoloriti; eppure fini
i lavori incalliti del pettine
sul ciuffo a strisce bionde e sulla scrima.

Dall'angolo d'un palazzo, eretti,
appaiono, ma stanchi per la salita,
e scompaiono, per ultimi i garretti,

all'angolo d'un altro palazzo. La vita
è come se non fosse mai stata.
Il sole, il colore del cielo, la nemica
dolcezza, che l'aria rabbuiata
da redivive nubi, ridà alle cose,
tutto accade come a una passata

ora del mio esistere: misteriose
mattine di Bologna o di Casarsa,
doloranti e perfette come rose,

riccadono qui nella luce apparsa
a due avviliti occhi di ragazzo,

che altro non conosce se non l'arte

di perdersi, chiaro nel suo buio arazzo.
E non ho mai peccato: sono
puro come un vecchio santo, ma

neppure ho avuto; il dono
disperato del sesso, è andato
tutto in fumo: sono buono

come un pazzo. Il passato
è quello che ebbi per destino,
niente altro che vuoto sconsolato…

e consolante. Osservo, chino
sul davanzale, quei due nel sole
andare, lievi; e sto come un bambino

che non geme per ciò che non ha avuto solo,
ma anche per ciò che non avrà…
E in quel pianto il mondo è odore,

nient'altro: viole, prati, che sa
mia madre, e in quali primavere…
Odore che trema per diventare, qua
dove il pianto è dolce, materia
d'espressione, tono… la ben nota
voce della lingua folle e vera

ch'ebbi nascendo e nella vita è immota.

*

L'ossesione è perduta, è divenuta
odorante fantasma che si stende
in giorni di luce grande e muta,

quando così debole si accende
l'azzurro che biando è quasi,
ai rumori dispersi si rapprende

l'assurdo silenzio di stasi
naturali, e agli odori dei pranzi,
dei lavori, si mischiano randagi

soffi di bosco, sepolti nei canti
più ombrosi o più assolati
delle prime colline —stanchi

moti quasi di altre età, ora beati
in questa, che vuole nuovo amore.
Da bambino sognavo a questi fiati,

già freschi e intiepiditi dal sole,
frammenti di foreste, celtiche
quercie, tra sterpaglia e rovi di more
sfrondati, nel rossore, quasi svèlti
dall'autunno assolato —e seni
di fiumi nordici ciecamente deserti,

dove pugneva l'odore dei licheni,
fresco e nudo, come di Pasqua le viole…
Allora la carne era senza freni.

E la dolcezza ch'era nel colore
del giorno, si faceva dolcezza
un poco anche in quel dolore.

La gioventù bendata, rozza, retta
delle famiglie barbare che andavano
emigrando, per la sommessa

selva o l'allagata plaga
consolavano la solitudine
del mio lettuccio, della mia strada.

La storia, la Chiesa, la vicissitudine
d'una famiglia, così, non sono
che un po' di sole profumato e nudo,

che riscalda una vigna in abbandono,
qualche filo di fieno tra i boschetti
corrosi, qualche caa tramortita al suono

delle campane… I giovinetti
antichi, essi soltanto vivi, se pieni
della primavera ebbero i petti

nelle età più belle, erano insieme
sogni del sesso e immagini bevute
dalla vecchia carta del poema

che di volume in volume, in mute
febbri di novità suprema,
—erano Shakespeare, Tommaseo, Carducci…—

faceva d'ogni mia fibra un solo tremito.

*

Avrei voluto urlare, e ero muto;
la mia religione era un profumo.
Ed eccolo ora qui, uguale e sconosciuto,

quel profumo, nel mondo, umido
e raggiante: e io qui, perso nell'atto
sempre riuscito e inutile, umile

e squisito, di scioglierne l'intatto
senso nelle sue mille immagini…
Mi ritrovo tenero come un ragazzo

all'entusiasmo misterioso, selvaggio,
come fu in passato, e stente
lacrime mi bagnano la pagina

alla vista, nel solicello ardente,
di quei due, che —loro sì ragazzi—
si perdono svelti, beatamente,

nella ricca periferia, sotto terrazzi
pieni di sereno cielo di mare,
mattutini balconi, attici

dorati da un sole già serale…
Il senso della vita mi ritorna
com'era allora, un male

più cieco se stupendamente colmo
di dolcezza. Perché, a un ragazzo, pare
che mai avrà ciò che egli solo

non ha mai avuto. E in quel mare
di disperazione, il suo furioso sogno
di corpi, crede di dover pagare

con l'essere follemente buono…

Così, se bastano due giorni
di febbre, perché la vita sembri
perduta e intero torni

il mondo (e niente m'inebbri
altro che rimpianto) al mondo io,
nel grande e muto sole di settembre,

morendo, non saprei che dire addio…

Eppure, Chiesa, ero venuto a te.
Pascal e i Canti del Popolo Greco
tenevo stretti in mano, ardente, come se

il mistero contadino, quieto
e sordo nell'estate del quarantatre,
tra il borgo, le viti e il greto

del Tagliamento, fosse al centro
della terra e del cielo;
e lì, gola, cuore e ventre

squarciati sul lontano sentiero
delle Fonde, consumavo le ore
del più bel tempo umano, l'intero

mio giorno di gioventù, in amori
la cui dolcezza ancora mi fa piangere…
Tra i libri sparsi, pochi fiori

azzurrini, e l'erba, l'erba candida
tra le saggine, io davo a Cristo
tutta la mia ingenuità e il mio sangue.

Cantavano gli uccelli nel pulviscolo
in una trama complicata, incerta,
assordante, prede dell'esistere,

povere passioni perse tra i vertici
umili dei gelseti e dei sambuchi:
e io, come loro, nei luoghi deserti

destinati ai candidi, ai perduti,
aspettavo che scendesse la sera,
che si sentissero intorno i muti

odori del fuoco, della lieta miseria,
che l'Angelus suonasse, velato
del nuovo, contadino mistero

nell'antico mistero consumato.

Fu una breve passione. Erano servi
quei padri e quei figli che le sere
di Casarsa vivevano, così acerbi,

per me, di religione: le severe
loro allegrezze erano il grigiore
di chi, pur poco, ma possiede;

la chiesa del mio adolescente amore
era morta nei secoli, e vivente
solo nel vecchio, doloroso odore

dei campi. Spazzò la Resistenza
con nuovi sogni il sogno delle Regioni
Federate in Cristo, e il dolceardente

suo usignolo… Nessuna delle passioni
vere dell'uomo si rivelò
nelle parole e nelle azioni

della Chiesa. Anzi, guai a chi non può
non esse ad essa nuovo! Non dare
ad essa ingenuo tutto ciò

che in lui ondeggia come un mare
di troppo trepidante amore.
Guai a chi con gioia vitale

vuole servire una legge ch'è dolore!
Guai a chi con vitale dolore

si dona a una causa che nulla vuole

se non difendere la poca fede ancora
rimasta a dar rassegnazione al mondo!
Guai a chi crede che all'impeto del cuore

debba l'impeto della ragione rispondere!
Guai a chi non sa essere misero
nel misurare nell'anima i fondi

piani dell'egoismo e le derise
pazzie della pietà! Guai a chi crede
che la storia ad una eterna origine

—per candore piuttosto che per fede—
si sia interrotta, come il sole
del sogno; e non sa che è erede

la Chiesa di ogni secolo creatore,
a difenderne gli istituiti beni,
l'orribile, animale grigiore

che vince nell'uomo luce e tenebra!
Guai a chi non sa che è borghese
questa fede cristiana, nel segno

di ogni privilegio, di ogni resa,
di ogni servitù; che il peccato
altro non è che reato di lesa

certezza quotidiana, odiato
per paura e aridità; che la Chiesa
è lo spietato cuore dello Stato.

*

Poveri, allegri cristi quattordicenni,
i due ragazzi di Donna Olimpia
possono buttare il loro giorno, pieni

di passione nella miscredenza, limpidi
nella confusione: possono andare
trascinati da quel povero impeto

del loro cuore quasi animale,
alle gioie mattutine di Villa Sciarra
e del Gianicolo, gioie di studenti, balie,

giovinette, verso la gazzarra
dei loro pari, che il solicello assorbe
in un patito alone d'erba e d'aria…

Mattine di pura vita! Quando sorde
sono le anime a ogni richiamo
che non sia quello del dolce disordine

del male e del bene quotidiano…
Essi lo vivono, abbandonati
da tutti, liberi in quel loro umano

fervore a cui sono leggermente nati,
perché poveri, perché figli di poveri,
nel loro destino rassegnati

eppure sempre pronti alle nuove
avventure del sogno, che scendendo
dall'alto del mondo, li muove,

ingenui, e a cui essi corrotti si vendono,
benché nessuno li paghi: stracciati
ed eleganti al modo stupendo

dei romani, se ne vanno tra gli agiati
quartieri della gente per cui è vero il sogno…
Anche loro disadorni, ignorati,

a tenersi in cuore il loro bisogno
dell'accorante superfluo —seppure,
ormai, non d'altra classe ma d'altra nazione—

rivedo con le larghe e dure
facce contadine, l'occhio bruciante
di celeste, le tozze e sicure

membra di atleti dalle basse anche,
altri adolescenti… Sono, i loro calzini,
sgraziati e quasi goffi, inelegante

il barbaro taglio delle loro chiome,
rasati alle tempie e alle nuche, e alti
i ciuffi disordinati, come

creste di guerra, piume di falchi.
Sono attenti, modesti: non sanno
incredulità, ironia, ma arsi

hanno gli sguardi da un affanno
e da un pudore che mettono a nudo
sempre nelle loro pupille la loro anima:

tanto che non sai se all'inquietudine
di quelle anime l'aria è così nuova
e così chiara, o al vento che schiude

sopra quel loro mondo giovane
il vecchio odore dell'Asia…
Un vento che pare si muova

solo nel cielo intento nella pace
dell'immensità: e sull'immensa
città, spanda soltanto qualche lacero

soffio, come un misterioso incenso.
Sopra la Moscova il duomo
di San Basilio, sul grigio pavimento,

erige come un ragno d'oro addome
ed elitre, senza ormai vita.
Nell'altro estremo della piazza, come

a folle distanza, l'arrugginita
massa del Maneggio, cotta da un Dio
Settecentesco, un po'russo, un po'semita,

un po'tedesco… E dentro il pio
pallore della notte, le muraglie
del Cremlino chiudono al turbinio

della folla, sotto mute luminarie,
guglie e cupolette, ignote
oggi ancora agli occhi proletari…

Migliaia e migliaia di felici gote
di ragazzi la luce della Piazza Rossa
accende, raccolti in cerchi, in ruote,

in file, in quell'immensa fossa
su cui gli astri splendono vicini:
giocano, con semplice e commossa

gioia, come —sotto gli scalini
della chiesa, nella loro piazzetta—
gli ingenui ragazzi contadini.

Si tengono per mano in una stretta
rozza e affettuosa, file di maschi,
circondando qualche giovinetta;

altri, più giovani, intorno, rimasti
senza gioco, si spingono violenti
a guardare coi cupi, casti

occhi, qualcuno che tenti
un passo di danza, alla pura e folta
musica del primitivi strumenti.

Una marea di girotondi lungo la svolta
della muraglia… Sono questi i figli
della fame, i figli della rivolta,

i figli del sangue, sono questi i figli
dei pioneri che hanno solo lottato,
degli eroi senza nome, i figli

del lontano futuro disperato!
Eccoli sul mondo, ora: e del mondo
padroni. E il mondo no, non è beato

per loro, benché umilmente giocondo
lo guardi il loro occhio: poco
più veste la loro gioventù che il biondo

capo, l'interna forza, il fuoco
del pudore, per le enormi vie, gli enormi
casamenti, stesi sopra il vuoto

della città potente e senza forma,
che accoglie le loro nuove vite.
Ma è religioso l'ardore di cui colme

e quasi cieche alle pupille ardite,
come a donarsi o a testimoniarsi,
tremano le loro anime amiche.

*

Questi due che per quartieri sparsi
di luce e miseria, vanno abbracciati,
lieti paganamente dei loro passi,

dicono con faccia lieta che mille facce
ha la storia, e che spesso chi è indietro
è primo: così chiaramente incarnate

sono nel loro ingenuo petto
le confuse e reali speranze del mondo,
che possono ogni atto anche abbietto,

ogni miscredenza, ogni inverecondia…

Ma noi? Ah, certo, c'è in ogni errore un lievito
di verità: può essere libero e limpido
ogni occhio più servo e opaco, a ricevere

la vita esterna, non solo per gli istinti
stupenda perché esiste, ma anche
per il pensiero, che ne assiste —vinto,

sia pure, e impotente— l'esaltante
pluralità, la magica stranezza
vivace, le misteriose mescolanze

di grande e povero, l'abbietta
luce e l'eletta inscoscienza.
Pietà per la creatura! Ad essa,

a questa pietà spietata, e senza
religione, basta qualnque religione,
anche la cattolica, se un'Esistenza

magicamente diversa pone
nel fondo di quella creatura
stravagante nel vero, alone

che la divora, sia essa dura
per interna paura, tenera
per una nuova, oscura

volontà di esistere, sia essa degenere
o pura, venduta o santa,
eslege o umilmente perbene:

una delle infinite branche della pianta
che frondeggia alla semplice vita,
in città, borgate, tuguri, ponti, antri,

amica nella sua esistenza nemica,
allegra nell'ingiustizia antica,
urlante nell'amore che mendica.

Sì, certo, quanto scolorita,
se reale, può apparire la greggia
che vive, a chi con quella pietà divertita

e sacrilega vi guardi brillare la scheggia
del divino! E consideri divina,
dentro la propria anima attenta, la legge

di un ambiguo, disperato destino:
l'egoismo, la mistificazione,
il capriccio e la durezza del bambino.

Io, bambino in altro modo, per la passione,
e spinto per questo ad essere uomo
con tutto il suo sapore d'umile convenzione

(da cui ingenuamente sono
costretto a essere sempre chiaro
in ogni rapporto, e, per condanna, buono)

mi sforzo a capire ogni cosa, ignaro
come sono d'altra vita che non sia
la mia, fino perdutamente a fare

di altra vita, nella nostalgia,
piena esperienza: sono tutto pietà,
ma voglio che diversa sia la via

del mio amore per questa realtà,
che anch'io amerei caso per caso, creatura
per creatura. Mi voglio diverso: ma

ahi, come so capire coloro che tale figura
dell'anima siano spinti a esprimere!
Col più alto di questi, andavo per l'oscura

galleria dei viali, una notte, al confine
della città, battuta dalle anime
perdute, sporchi crocefissi senza spine,

allegri e feroci, ragazzacci e mondane,
presi da ire di viscere, da gioie
leggere come le brezze lontane

scorrenti su loro, su noi,
dal mare ai colli, nel tempo
delle notti che mai non muiono…

Io sentivo il sacrilego sentimento
che esaltava il mio amico a quelle
forme dell'esistere, prede d'un vento

che le trascinava sulla terra,
senza vita alla morte, senza coscienza
alla luce: ma gli erano sorelle:

come per lui, lottare per l'esistenza
fu buio in cuore, male, disprezzo
vitale per l'esistenza altrui, adolescenza

umiliante, e felice, in mezzo
al branco dei lupi ben adulti,
loro sì, pronti, aggiornati sul prezzo

della vita: custodi di culti
o padroni di stati, ladri o servi,
arrivisti o autorità, re o ultimi

dei paria, tutti, fino dai più acerbi
anni, nella norma che vuole uguali:
a non capire, a capire senza mai perdersi.

Poi corremmo come in cerca dell'ignaro
Dio che li animava: lui lo sapeva, dove.
Guidava la sua Cadillac di cinematografaro,

con un dito, arruffando con l'altro la giovane
sua grossa testa, parlando, stanco e instancabile…
Giungemmo: dietro a Tor Vajanica,

un vento inaspettato, ora, soffiava:
le file del capanni, sgangherate, come
rottami, con spruzzi di calce, e la cava

schiena, il biancheggiante addome
d'una barca, erano soli a resistergli.
Due giovinetti, rimasti senza nome,

ci pedinarono un po', senza insistere,
in qualche loro sordida, calda speranza.
Bruni e tremanti sparvero. E miste

alle spume, all'acqua, lì vicina —tanta
quanta in una pozza di temporale,
nella tenebra di qualche infanzia—

ecco la luce e la bianchezza immortale
del Dio: dritto, vicino, che col fiato
ci bagnava, dall'arruffato mare,

in una colonna salata ed estatica
di pulviscolo, così violento al tatto,
che il rombo del frangente s'era smorzato.

… … …

*

Sì, certo, era un Dio… e altri meno pazzi
e stupendi ce n'è. Coi loro sacerdoti,
e, vorrei anche dire, con i loro santi.

Santi poveri, martoriati dai ben noti
dolori, col terribile dovere
di arrivare, senza troppi terremoti,

alla fine del mese per riavere
in tasca le poche sospirate lire:
impiegatucci, funzionari, leve

di un Partito, per cui vivere e morire.
Felici ti mostrano un paio di scarpe
nuove, un quadruccio buono all'appena civile

parete della casa, una bella sciarpa
natalizia per la moglie: ma dentro,
dietro quell'infantile palpito,

quello stento, ti misurano col metro
della loro fede, del loro sacrificio.
Sono inflessibili, sono tetri,

nel loro giudicarti: chi ha il cilicio
addosso non può perdonare.
Non puoi da loro aspettare una briciola

di pietà: non perché lo insegni Marx,
ma per quel loro dio d'amore,
elementare vittoria di bene sul male,

ch'è nei loro atti. Ma come nel biancore
dell'estetico dio del mare, informe Forma,
mescolanza irrazionale di gioia e dolore,

sbianca l'opacità del gesso, la norma
che svaluta… così arrossa nel rosso
dell'altro Dio —quello che trasforma

il mondo, quello futuro ed incorrotto—
il sangue dei giorni di Stalin…
Non torna nulla. Nemmeno il paradosso

esistenziale, in cui, fertili-aridi,
vivono quasi tutti coloro che conosco:
borghesi colti, esperti di essenziali

infrastrutture, spiriti del bosco
della mondanità, della cultura:
a popolare le pure sere di Piazza del Popolo,

dei nuovi quartieri oltre le vecchie mura,
del centro dove la città s'infossa
in preziosi vicoli scintillanti e luridi…

Genio arreso, con le sue quattro ossa
sotto eleganti vesti, ognuno porta intorno
una faccia intenta, dove gli altri possano

sospettate qualcosa; nei caffè, di giorno,
nei salotti, la sera: ma ognuno cerca
nella faccia dell'altro invano un ritorno

delle speranze antiche: e se vi accerta
una speranza, è una speranza inconfessabile,
nel cerchio della domanda e dell'offerta,

il cui sguardo è come per uno spasimo
di interna ferita: che rende esanimi,
accidiosi, scontenti, spinge a uno sciopero

dei sentimenti, a una colpevole stasi
della coscienza, ad una pace insana,
che vuole i nostri giorni grigi e tragici.

Così, se guardo in fondo alle anime
delle schiere di individui vivi
nel mio tempo, a me vicini o non lontani,

vedo che dei mille sacrilegi possibili
che ogni religione naturale
può enumerare, quello che rimane

sempre, in tutti, è la viltà.
Un sentimento eterno —una forma
del sentimento— fossile, immutabile,

che lascia in ogni altro sentimento
diretta o indiretta, la sua orma.
È quella viltà che fa l'uomo irreligioso.

È come un profondo impedimento
che, all'uomo, toglie forza al cuore,
calore al ragionamento,

che lo fa ragionare di bontà
come di un puro comportamento,
di pietà come di una pura norma.

Può renderlo feroce, qualche volta,
ma sempre lo rende prudente:
minaccia, giudica, ironizza, ascolta,

ma è sempre, interiormente, impaurito.
Non c'è nessuno che sfugga a questa paura.
Nessuno perciò è davvero amico o nemico.

Nessuno sa sentire vera passione:
ogni sua luce subito s'oscura
come per rassegnazione o pentimento

in quella antica viltà, in quell'ormone
misterioso che si è formato nei secoli.
Lo riconosco, sempre, in ogni uomo.

Lo so bene che altro non è che insicurezza
vitale, antica angoscia economica:
che era regola della nostra vita animale

ed è stata assimilata ora in queste povere
nostre comunità: che è difesa,
disperata, che si annida là dove

c'è un minimo di pace: nel possesso.
E ogni possesso è uguale: dall'industria
al campicello, dalla nave al carretto.

Perciò è uguale in tutti la viltà:
com'è alle grige origini o agli ultimi
grigi giorni di ogni civiltà…

Così la mia nazione è ritornata al punto
di partenza, nel ricorso dell'empietà.
E, chi non crede in nulla, ne ha coscienza,

e la governa. Non ha certo rimorso,
chi non crede in nulla, ed è cattolico,
a saper d'essere spietatamente in torto.

Usando nei ricatti e i disonori
quotidiani sicari provinciali,
volgari fin nel più profondo del cuore,

vuole uccidere ogni forma di religione,
nell'irreligioso pretesto di difenderla:
vuole, in nome di un Dio morto, essere padrone.

Qui, tra le case, le piazze, le strade piene
di bassezza, della città in cui domina
ormai questo nuovo spirito che offende

l'anima ad ogni istante, —con i duomi,
le chiese, i monumenti muti nel disuso
angoscioso che è l'uso d'uomini

che non credono— io mi ricuso
ormai a vivere. Non c'è più niente
oltre la natura —in cui del resto è effuso

solo il fascino della morte— niente
di questo mondo umano che io ami.
Tutto mi dà dolore: questa gente

che segue supina ogni richiamo
da cui i suoi padroni la vogliono chiamata,
adottando, sbadata, le più infami

abitudini di vittima predestinata;
il grigio dei suoi vestiti per le grige strade;
i suoi grigi gesti in cui sembra stampata

l'omertà del male che l'invade;
il suo brulicare intorno a un benessere
illusorio, come un gregge intorno a poche biade;

la sua regolarità di marea, per cui resse
e deserti si alternano per le vie,
ordinati da flussi e da riflussi ossessi

e anonimi di necessità stantie;
i suioi sciami ai tetri bar, ai tetri cinema,
il cuore tetramente arreso al quia…

E intorno a questo interno dominio
della volgarità, la città che si sgretola
ammuchiandosi, brasiliana o levantina,

come l'espansione di una lebbra
che si bea ebbra di morte sugli strati
dell'epoche umane, cristiane o greche,

e allinea tempeste di caseggiati,
gore di lotti color bile o vomito,
senza senso, né di affano né di pace;

sradica i riposanti muri, i gomiti
poetici dei vicoli sui giardini interni,
i superstiti casolari dalla tinta di pomice

o topo, tra cui fichi, radicchi, svernano
beati, i selciati striati di una grama
erbetta, i rioni che parevano eterni

nei loro lineamenti quasi umani
di grigio mattone o smunto cotto:
tutto distrugge la volgare fiumana

dei pii possessori di lotti:
questi cuori di cani, questi occhi profanatori,
questi turpi alunni di un Gesù corrotto

nei salotti vaticani, negli oratori,
nelle anticamere dei ministri, nei pulpiti:
forti di un popolo di servitori.

Com'è giunto lontano dai tumulti
puramente interiori del suo cuore,
e dal paessaggio di primule e virgulti

del materno Friuli, l'Usignolo
dolceardente della Chiesa Cattolica!
Il suo sacrilego, ma religioso amore

non è più che un ricordo, un'ars retorica:
ma è lui, che è morto, non io, d'ira,
d'amore deluso, di ansia spasmodica

per una tradizione che è uccisa
ogni giorno da chi se ne vuole difensore;
e con lui è morta una terra arrisa

da religiosa luce, col suo nitore
contadino di campi e casolari;
è morta una madre ch'è mitezza e candore

mai turbati in un tempo di solo male;
ed è morta un'epoca della nostra esistenza,
che in un mondo destinato a umiliare

fu luce morale e resistenza.

(1957)

APPENDICE ALLA «RELIGIONE»: UNA LUCE

Pur sopravvivendo, in una lunga appendice
di inesausta, inesauribile passione
—che quasi in un altro tempo ha la radice—

so che una luce, nel caos, di religione,
una luce di bene, mi redime
il troppo amore nella disperazione…

È una povera donna, mite, fine,
che non ha quasi coraggio di essere,
e se ne sta nell'ombra, come una bambina,

coi suoi radi capelli, le sue vesti dimesse,
ormai, e quasi povere, su quei sopravvissuti
segreti che sanno, ancora, di violette;

con la sua forza, adoperata nei muti
affani di chi teme di non essere pari
al dovere, e non si lamenta dei mai avuti

compensi: una povera donna che sa amare
soltanto, eroicamente, ed essere madre
è stato per lei tutto che si può dare.

La casa è piena delle sue magre
membra di bambina, della sua fatica:
anche a notte, nel sonno, asciutte lacrime

coprono ogni cosa: e una pietà così antica,
così tremenda mi stringe il cuore,
rincasando, che urlerei, mi toglierei la vita.

Tutto intorno ferocemente muore,
mentre non muore il bene che è in lei,
e non sa quanto il suo umile amore,

—poveri, dolci ossimini miei—
possano nel confronto quasi farmi morire
di dolore e vergogna, quanto quei

suioi gesti angustiati, quei suoi sospiri
nel silenzio della nostra cucina,
possano farmi apparire impuro e vile…

In ogni ora, tutto è ormai, per lei, bambina,
per me, suo figlio, e da sempre, finito:
non resta che sperare che la fine

venga davvero a spegnere l'accanito
dolore di aspettarla. Saremo insieme,
presto, in quel povero prato gremito

di pietre grige, dove fresco il seme
dell'esistenza dà ogni anno erbe e fiori:
nient'altro ormai che la campagna preme

ai suoi confini di muretti, tra i voli
delle allodole, a giorno, e a notte,
il canto disperato degli usignoli.

Farfalle e insetti ce n'è a frotte,
fino al tardo settembre, la stagione
in cui torniamo, lì dove le ossa

dell'altro figlio tiene la passione
ancora vive nel gelo della pace:
vi arriva, ogni pomeriggio, depone

i suoi fiori, in ordine, mentre tutto tace
intorno, e si sente solo il suo affanno,
pulisce la pietra, dove, ansioso, lui giace,

poi si allontana, e nel silenzio che hanno
subito ritrovato intorno muri e solchi,
si sentono i tonfi della pompa che tremando

lei spinge con le sue poche forze,
volonterosa, decisa a fare ciò che è bene:
e torna, attraversando le aiuole folte

di nuova erbetta, con quei suoi vasi pieni
d'acqua per quei fiori… Presto
anche noi, dolce superstite, saremo

perduti in fondo a questo fresco
pezzo di terra: ma non sarà una quiete
la nostra, ché si mescola in essa

troppo una vita che non ha avuto meta.
Avremo un silenzio stento e povero,
un sonno doloroso, che non reca

dolcezza e pace, ma nostalgia e rimprovero,
la tristezza di chi è morto senza vita:
se qualcosa di puro, e sempre giovane,

vi resterà, sarà il tuo mondo mite,
la tua fiducia, il tuo eroismo:
nella dolcezza del gelso e della vite

o del sambuco, in ogni alto o misero
segno di vita, in ogni primavera, sarai
tu; in ogni luogo dove un giorno risero,

e di nuovo ridono, impuri, i vivi, tu darai
la purezza, l'unico giudizio che ci avanza,
ed è tremendo, e dolce: ché non c'è mai

disperazione senza un po' di speranza.

(1959)

POESIA IN FORMA DI ROSA
(1964)

SUPPLICA A MIA MADRE

È difficile dire con parole di figlio
ciò a cui nel cuore ben poco assomiglio.

Tu sei la sola al mondo che sa, del mio cuore,
ciò che è stato sempre, prima d'ogni altro amore.

Per questo devo dirti ciò ch'è orrendo conoscere:
è dentro la tua grazia che nasce la mia angoscia.

Sei insostituibile. Per questo è dannata
alla solitudine la vita che mi hai data.

E non voglio esser solo. Ho un'infinita fame
d'amore, dell'amore di corpi senza anima.

Perché l'anima é in te, sei tu, ma tu
sei mia madre e il tuo amore è la mia schiavitù:

ho passato l'infanzia schiavo di questo senso
alto, irrimediabile, di un impegno immenso.

Era l'unico modo per sentire la vita,
l'unica tinta, l'unica forma: ora è finita.

Sopravviviamo: ed è la confusione
di una vita rinata fuori dalla ragione.

Ti supplico, ah, ti supplico: non voler morire.
Sono qui, solo, con te, in un futuro aprile…

(1962)

LA REALTÀ

Oh, fine pratico della mia poesia!
Per esso non so vincere l'ingenuità
che mi toglie prestigio, per esso la mia

lingua si crepa nell'ansietà
che io devo soffocare parlando.
Cerco, nel mio cuore, solo ciò che ha!

A questo mi son ridotto: quando
scrivo poesia è per difendermi e lottare,
compromettendomi, rinunciando

a ogni antica mia dignità: appare,
così, indifeso quel mio cuore elegiaco
di cui ho vergogna, e stanca e vitale

riflette la mia lingua una fantasia
di figlio che non sarà mai padre…
Pian piano intanto ho perso la mia compagnia

di poeti dalle faccie nude, aride,
di divine capre, con le fronti dure
dei padri padani, nelle cui magre

file contano soltanto le pure
relazioni di passione e pensiero.
Trascinavo via dalle mie oscure

vicende. Ah, ricominciare da zero!
solo come un cadavere nella sua fosa!
E così, ecco questa mattina in cui non spero
che nella luce… Sì, nella luce che disossa
con la sua felicità primaverile
le giornate di questa mia Canossa.

Eccomi nel chiarore di un vecchio aprile,
a confessarmi, inginocchiato,
fino in fondo, fino a morire.

Ci pensi questa luce a darmi fiato,
a reggere il filo con la sua biondezza
fragrante, su un mondo, come la morte, rinato.

Poi… ah, nel sole è la mia sola lietezza…
quei corpi, coi calzoni dell'estate,
un po'lisi nel grembo per la distratta carezza

di rozze mane impolverate… Le sudate
comitive di maschi adolescenti,
sui margini di prati, sotto facciate

di case, nei crepuscoli cocenti…
L'orgasmo della città festiva,
la pace delle campagne rifiorenti…

E loro, con le loro faccie vivide
o nere d'ombra, come di cuccioli lupi,
in pigre scorribande, in lascive

ingenuità… Quelle nuche! Quei cupi
sguardi! Quel bisogno di sorridere,
ora per i loro discorsi, un poco stupidi,

d'innocenti, ora come per sfida
al resto del mondo que li accoglie:
FIGLI. Ah, quale Dio li guida

così certi, qui lungo le strade più spoglie,
ai Castelli, alle Spiagge, alle Porte
della città, nelle previste, antiche voglie

di chi sa già che giungerà alla morte
dopo essere veramente vissuto:
che la vita che ha in sorte

è quella giusta, e nulla avrà perduto.
Umili, certo. E quello che sarà
il loro modo vile, poi, d'aver compiuto

se stessi (il loro destino è la viltà),
è ancora un albeggiare quasi
su sconosciuti alberi, in cui ha

la natura soltanto gemme, in una stasi
di purezza suprema, di coraggio.
Oh, certo, essi sono invasi

ormai dal male che ricevono in retaggio
dai padri —mia coetanea, nera razza.
Ma in che cosa sperano? che raggio

di luce li colpisce, in quella faccia
dove l'attacatura dei capelli
alla fronte, i ciuffi, le onde sono grazia

più che corporea?… Dolcemente ribelli,
e, insieme, contenti del futuro dei padri:
ecco che cosa li fa così belli!

Anche i torvi, anche i tristi, anche i ladri
hanno negli occhi la dolcezza
di chi sa, di chi ha capito: squadre

ordinate di fiori nel caos dell'esistenza.
In realtà, io, sono il ragazzo, loro
gli adulti. Io, che per l'eccesso della mia presenza,

non ho mai varcato il confine tra l'amore
per la vita e la vita…
Io, cupo d'amore, e, intorno, il coro

dei lieti, cui la realtà è amica.
Sono migliaia. Non posso amarne uno.
Ognuno ha la sua nuova, la sua antica

belleza, ch'è di tutti: bruno
o biondo, lieve o pesante, è il mondo
che io amo in lui —ed accomuno,

in lui— visione d'amore infecondo
e purissimo —le generazioni,
il corpo, il sesso. Affondo

ogni volta —nelle dolci espansioni,
nei fiati di ginepro— nella storia,
che è sempre viva, in ogni

giorno, ogni millennio. Il mio amore
è solo per la donna: infante e madre.
Solo per essa, impegno tutto il cuore.

Per loro, i miei coetanei, i figli, in squadre
meravigliose sparsi per pianure
e colli, per vicoli e piazzali, arde

in me solo la carne. Eppure, a volte,
mi sembra che nulla abbia la stupenda
purezza di questo sentimento. Meglio la morte

che rinunciarvi! Io devo difendere
questa enormità di disperata tenerezza
che, pari al mondo, ho avuto nascendo.

Forse nessuno è vissuto a tanta altezza
di desiderio —ansia funeraria
che mi riempie come il mare la sua brezza.

I pendii, i colli, l'erba millenaria,
le frane di fiori o di rifiuti, i rami secchi
o lucidi di guazza, l'aria

delle stegaioni con i loro muretti
vecchi o recenti al sole… tutto questo
nasconde me e (ridete!) gli amici giovinetti

in cui nessun atto è disonesto
perché è senza tragedia il loro desiderio:
perché il loro sesso è integro, fresco.

Non potrei, altrimenti. Solo se leggero,
dentro la norma, sano, il figlio
può farmi nascere il pensiero

scuro e abbacinante: così solo gli somiglio
nella verifica infinita di un segreto
ch'è nel suo grembo impuro come un giglio.

E mille volte questo atto è da ripetere:
perché, non ripeterlo, significa provare
la morte come un dolore frenetico,

che non ha pari nel mondo vitale…
Non lo nascondo, se nulla ho mai nascosto:
l'amore, non represso, che mi invade,

l'amora de mia madre, non dà posto
a ipocrisia e viltà! Né ho ragione
per essere diverso, non conosco

il vostro Dio, io sono ateo: prigione
solo del mio amore, per il resto libero,
in ogni mio giudizio, ogni mia passione.

Io sono un uomo libero! Candido cibo
della libertà è il pianto: ebbene piangerò.
È il prezzo del mio «libito far licito»,

certo: ma l'amore vale tutto ciò che ho.
Sesso, morte, passione politica,
sono i semplici oggetti cui io do

il mio cuore elegiaco… La mia vita
non posiede altro. Potrei domani,
nudo come un monaco, lasciare la partita

mondana, cedere agli infami
la vittoria… Non avrebbe perso
nulla, certamente, la mia anima!

Ché la fatalità di essere esistenza
inalienabile, razza, universo,
basta a chiunque: anche se al mondo è senza

fraternità, perché diverso.
Perciò le risa e le allusioni
dei poveri razzisti, scorrono attraverso

la sua realtà come dei suoni
non reali, di morti. Nel mio essere,
questa realtà hanno sesso e pasioni…

E, certo, non ne ho gioia. Ossesse
ne sono le sue predestinate forme:
«le repressioni fanno di me un Esse Esse,

o un mafioso…» e io —è enorme,
lo so— lo sono: giovane figlio candido
santo barbaro angelo, le orme

calcai, per qualche tempo, che mandano
alla Rivolta Reazionaria
(fu in epoche infime del grande

itinerario di una vita in Italia),
carnefice biondo, o killer colore
del fango, come un seguace… del sanguinario

borghese Hitler, o del forte figliolo
di poveri Giuliano… —conformismo
che mi salvaba, come un volo

cieco. Tutto ciò non fu che crisma,
ombra che disparve dalla mia vita.
Rimase l'inclinazione allo scisma:

un naturale bisogno di farmi male alla ferita
sempre aperta. Un configurare
ogni rapporto col mondo che a sè m'invita,

al rapporto del mio figliale
sadismo, masochismo: per cui non sono nato,
e sono qui solo come un animale

senza nome: da nulla consacrato,
non appartenente a nessuno,
libero d'una libertà che mi ha massacrato.

Onde non io, ma colui che comunico,
trae la disperata conclusione,
di essere il reietto di un raduno

di altri: tutti gli uomini, senza distinzione,
tutti i normali, di cui è questa vita.
E cerco alleanze che non hanno altra ragione

d'essere, come rivalsa, o contropartita,
che diversità, mitezza e impotente violenza:
gli Ebrei… i Negri… ogni umanità bandita…

E questa fu la via per cui da uomo senza
umanità, da inconscio succube, o spia,
o torbido cacciatore di benevolenza,

ebbi tentazione di santità. Fu la poesia.
La strega buona che caccia le streghe
per terrore, conobbe la democrazia…

Non fu un dono del cielo! Le atroci leghe
coi compagni virili inconsci ricattatori,
le risa con cui il mostro diede

dimostrazione di calma salute e sicuri amori,
pronto a torturare e uccidere altri mostri
pur di non essere riconosciuto —tutto fu fuori

d'improvviso da me (e vi si riconoscano
ora coloro che mi odiano, fatto pubblico,
i poveri fascisti), una sera, tra boschi

cedui, chissà, tra macchie indissolubili
di viole sulle prode, tra vigneti o lumi
serali di villaggi, sotto vergini nubi,

(nell'Emilia del mio destino, nel Friuli del miei numi)…
A vincere fu il terrore. Voglio dire che fu
più grande il terrore della realtà e della solitudine,

di quello della società. Amara gioventù,
predda di quella immedicabile coscienza
di non esistere, che ancora è la mia schiavitù…

Ché io arriverò alla fine senza
aver fatto, nella mia vita
la prova essenziale, l'esperienza

che accomuna gli uomini, e dà loro
un'idea così dolcemente definita
di fraternità almeno negli atti dell'amore!

Come un cieco: a cui sarà sfuggita,
nella morte, una cosa che coincide
con la vita stessa, —luce seguita

senza speranza, e che a tutti sorride,
invece, come la cosa più semplice del mondo—
una cosa che non potrà ma condividere.

Morirò senza aver conosciuto il profondo
senso d'esser uomo, nato a una sola
vita, cui nulla, nell'eterno, corrisponde.

Un cieco, un mostro, in vita, non consola
mai niente davvero: ma al punto irrimediabile
e vergognoso, nel terrore dell'ora

in cui tutto è stato —egli sarà una cavia
neanche più un uomo! Assurdo
—da non poterlo sopportare, e gridare di rabbia,

e mugolare, come una bestia, il cui urlo
è l'urlo di un innocente che protesta
contro un'ingiustizia di cui è trastullo—

è questo ordine prenatale, questa
predestinazione, in cui egli non c'entra,
che nulla ha a che fare con la sua onesta

antica anima… Dentro i vetri
delle madri, nascono figli ciechi
—pieni di desiderio di luce— sbilenchi

—pieni d'istinti lieti:
e attraversano la vita nel buio e la vergogna.
Ci si può rassegnare —e i feti

viventi, povere erinni, possono in ogni
ora della loro vita, tacere o fingere.
Gli altri dicono sempre che non bisogna

essergli di peso. Ed essi obbediscono. Si tinge
così tutta la loro vita di un colore diverso.
E il mondo —il mondo innocente!— li respinge.

… … … … .

Ma io parlo… del mondo —e dovrei,
invece— parlare dell'Italia, e anzi,

di una Italia, di quella di cui sei,

con me, lettore dei miei versi, figlio:
fisica storia in cui ti circostanzi.
L'ho chiamato «innocente», il mondo, io,

io, in quanto cieco, figlio martoriato.
Ma se guardo intorno questi avanzati
d'una storia che da secoli ha dato

soltanto servi… questa Apparizione
in cui la realtà non ha altro indizio
che la sua brutale ripetizione…

che scena… espressionistica! Penso a un giudizio
subìto senza senso… le toghe… le tristi autorità del Sud…
dietro i visi dei giudici —in cui il vizio

è un vizio di dolore, che denuda
ambient miserandi— non si leggeva che impotenza
a uscire da un'oscura realtà di parentele, da una cruda

moralità, da una provinciale inesperienza…
Quelle fronti da Teatro dell'Arte,
quei poveri occhi di obbedienti onagri

intestarditi, quelle orecchie basse,
quelle parole che per mascherare
il vuoto si gonfiavano a recitare una parte

di paterna minaccia, di indignazione floreale!
Ah, io non so odiare: e so quindi che non posso
descriverli con la ferocia necessaria

alla poesia. Dirò solo con pietà di quella faccia
di calabrese, con le forme del bambino
e del teschio, che parlava dialettale

con gli umili, scolastico coi grandi.
Che ascoltava attento, umano,
e intanto, negli ineffati e nefandi

fori interiori, covava il suo piano
di timido che il timore fa spietato.

Ai lati, altre due faccie ben riconoscibili,

faccie che per strada, in un bar affollato,
sono le faccie deboli, poco sane,
di precoci invecchiati, di malati

di fegato: di borghesi il cui pane
certo non sa di sale, non ignobili, no,
non prive affatto di sembianze umane

nel pungente nero degli occhi, nel pallore
delle fronti martoriate dalla prima
feroce anzianità… Un quarto inviato del Signore

—certo ammogliato, certo protetto da un giro
di rispettabili colleghi nella sua città
di provincia— rappreso in un sospiro

di malato nei visceri o nel cuore—
se ne stava in un banco isolato: come sta
chi si prepara a un premeditato disamore.

E davanti a questi, il campione: colui che ha
venduto l'anima al diavolo, in carne e ossa.
Classico personaggio! Avevo vista la sua faccia

alcuni mesi avanti: ed era un'altra:
la faccia di un giovanotto di grana grossa,
campagnola, stempiato e smunto

dalla dignità professionale.
Ora una vampa lo deformava:
come una vecchia crosta rossa

sopra la pelle. La luce prava
degli occhi era quella di chi è in colpa.
Il suo odio per la mia persona era l'odio

per l'oggetto di quella colpa, ossia
l'odio verso la sua coscienza.
Non era abbastanza disonesto. La fantasia

non basta a immaginare un'esperienza
di ignoranza e ricatto. La borghesia

è il diavolo: vendergli l'anima senza

contropartita? Oh, certo no: bisogna
adottare la sua cultura, recitare
come un Pater Noster la vergogna

dell'esordio puramente formale,
della clausola mistificatrice…
Ed essere retorici significa odiare,

essere incolti significa aver perso
deliberatamente ogni rispetto per l'uomo.
Il vecchio amore per l'ideale si riduce

a fingere disperatamente con se stessi,
a credere in ciò che mentendo si dice.
Ma la luce dell'occhio rimane, ossessi

accusatori! Lì, in quella goccia di luce,
nello sguardo sfuggente, livido,
colpevole —era la vostra verità.

Al rapporto con voi mi conduce,
lo so, una mia interiore volontà:
ma questo è un segreto dell'io,

o Dio, come voi dite. A voi si dirà:
«Voi non contate, siete simboli
di milioni di uomini: d'una società.

Questa mi condanna, non voi, suoi automi.
Ebbene: sono felice della mia mostruosità.
O vogliamo ingannare lo spirito? Uomini

che condannano uomini in nome del nulla:
perché le Istituzioni sono nulla, quando
hanno perso ogni forza, la forza fanciulla

delle Revoluzioni —perché nulla
è la Morale del buon senso, di una
comunità passiva, senza più realtà.

Voi, uomini formali —umili
per viltà, ossequienti per timidezza—

siete persone: in voi e in me, si consumi

il rapporto: in voi, di arido odio,
in me, di conoscenza. Ma per la società
di cui siete inespressivi rapsodi,

ben altro io ho da dire: non da marxista
più, o ancora, ma, per un momento
—se il rapimento degli Autori

dell'Apocalisse affabula in un fuoco
che non ha tempo: I miei amori—
griderò— sono un'arma terribile:

perché non l'uso? Nulla è più terribile
della diversità. Esposta ogni momento
—gridata senza fine— eccezione

incessante—follia sfrenata
come un incendio—contraddizione
da cui ogni giustizia è sconsacrata.

Ah Negri, Ebrei, povere schiere
di segnati e diversi, nati da ventri
innocenti, a primavere

infeconde, di vermi, di serpenti,
orrendi a loro insaputa, condannati
a essere atrocemente miti, puerilmente violenti,

odiate! straziate il mondo degli uomini bennati!
Solo un mare di sangue può salvare,
il mondo, dai suoi borghesi sogni destinati

a farne un luogo sempre più irreale!
Solo una rivoluzione che fa strage
di questi morti, può sconsacrarne il male!»

Questo può urlare, un profeta che non ha
la forza di uccidere una mosca —la cui forza
è nella sua degradante diversità.

Solo detto questo, o urlato, la mia sorte
si potrà liberare: e cominciare

il mio discorso sopra la realtà.

(1962)

LE BELLE BANDIERE

I sogni del mattino: quando
il sole già regna,
in una maturità
che sa solo il venditore ambulante,
che da molte ore cammina per le strade
con una barba di malato
sulle grinze della sua povera gioventù:
quando il sole regna
su reami di verdure già calde, su tende
stanche, su folle
i cui panni sanno già oscuramente di miseria
—e già centinaia di tram sono andati e tornati
per le rotaie dei viali che circondano la città,
inesprimibilmente profumati,

i sogni delle cieci del mattino,
nel dormente, solo,
come un pellegrino nella sua cuccia,
uno sconosciuto cadavere
—appaiono in lucidi caratteri greci,
e, nella semplice sacralità di due tre sillabe,
piene, appunto, del bianchore del sole trionfante—
diviano una realtà,
maturata nel profondo e ora già matura, come il sole,
a essere goduta, o a fare paura.

Cosa mi dice il sogno mattutino?
«Il mare, con lente ondate, grandiose, di grani azzurri,
si abbatte, lavorando con furore uterino,
irriducibile,
e quasi felice —perché dà felicità
il verificare anche l'atto più atroce del destino—
sgretola la tua isola, che ormai
è ridotta a pochi metri di terra…»

Aiuto, avanza la solitudine!
Non importa se so che l'ho voluta, come un re.

Nel sonno, in me, un bambino muto si spaventa,

e chiede pietà, si affana a correre ai ripari,
con un'agitazione
che «la virtù dismaga», povera creatura.
Lo atterisce l'idea
di essere solo
come un cadavere in fondo alla terra.

Addio, dignità, nel sogno, sia pur mattutino!
Chi deve piangere piange,
chi deve aggrapparsi alle falde delle vesti altrui,
si aggrappa, e le tira, e le tira,
perché si voltino quelle faccie colore del fango,
e lo guardino negli occhi terrorizzati
per informarsi della sua tragedia,
per capire quanto sia spaventoso il suo stato!

Il biancore del sole, su tutto,
come un fantasma che la storia
preme sulle palpebre
col peso dei marmi barocchi o romanici…

Ho voluto la mia solitudine.
Per un processo mostruoso
che forse protebbe rivelare
solo un sogno fatto dentro un sogno…
E, intanto, sono solo.
Perduto nel passato.
(Perché l'uomo ha un periodo solo, nella sua vita.)

Di copo i mei amici poeti,
che condividono con me il brutto biancore
di questi Anni Sessanta,
uomini e donne, appena un po' poù anziani
o più giovani —sono là, nel sole.

Non ho saputo avere la grazia
per tenermeli stretti —nell'ombra di una vita
che si svolge troppo attaccata
all'accidia radicale della mia anima.

La vecchiaia, poi, ha fatto
di mia madre e di me
due maschere
che nulla hanno peraltro perduto

della tenerezza mattutina
—e l'antica rappresentazione
si ripete
nell'autenticità
che solo sognando dentro un sogno,
potrei forse chiamare col suo nome.

Tutto il mondo è il mio corpo insepolto.

Atollo sbriciolato
dalle percosse dei grani azzurri del mare.

Cosa fare, se non, nella veglia, avere dignità?
È giunta l'ora del esilio,
forse: l'ora in cui un antico avrebbe dato realtà
alla realtà,
e la solitudine maturata intorno a lui,
avrebbe avuto la forma della solitudine.

E io invece —come nel sogno—
mi accanisco a darmi illusioni, penose,
di lombrico paralizzato da forze incomprensibili:
«ma no! ma no! è solo un sogno!
la realtà
è fuori, nel sole trionfante,
nei viali e nei caffè vuoti,
nella suprema afonia delle dieci del mattino,
un giorno come tutti gli altri, con la sua croce!»

Il mio amico dal mento di papa, il mio
amico dall'occio marroncino…
i miei cari amici del Nord
fondati su affinità elettive dolci come la vita
—sono là, nel sole.
Anche Elsa, col suo biondo dolore,
lei —destriero ferito, caduto,
sanguinante— è là.

E mia madre mi è vicina…
ma oltre ogni limite di tempo:
siamo due superstiti in uno.
I suoi sospiri, qua, nella cucina,
i suoi malori a ogni ombra di degradante notizia,
a ogni sospetto della ripresa

dell'odio del branco di goliardi che ghignano
sotto la mia stanza di agonizzante
—non sono che la naturalezza della mia solitudine.

Come una moglie messa nel rogo col re,
o sepolta con lui
in una tomba che se ne va come una barchetta

verso i millenni —la fede degli Anni Cinquanta,
è qui con me, già leggermente oltre i limiti del tempo,
a farsi sgretolare anch'essa
dalla pazienza furibonda dei grani azzurri del mare.

E…
i miei amori di pura sensualità,
replicati nelle valli sacre della libidine,
sadica, masochista, i calzoni
con la loro sacca tiepida
dove è segnato il destino di un uomo
—sono atti che io compio solo
in mezzo al mare stupendamente sconvolto.

Piano piano le migliaia di gesti sacri,
la mano sul gonfiore tiepido,
i baci, ogni volta a una bocca diversa,
sempre più vergine,
sempre più vicina all'incanto della specie,
alla norma che fa dei figli teneri padri,
piano piano
sono divenuti monumenti di pietra
che a migliaia affollano la mia solitudine.

Attendono
che una nuova ondata di razionalità,
o un sogno fatto nel fondo di un sogno, ne parli.
Così mi desto,
ancora una volta:
e mi vesto, mi metto al tavolo di lavoro.
La luce del sole è già più matura,
i venditori ambulanti più lontani,
più acre, nei mercati del mondo, il tepore della verdura,
lungo viali dall'inesprimibile profumo,
sulle sponde di mari, ai piedi di vulcani.
Tutto il mondo è al lavoro, nella sua epoca futura.

Ah, belle bandiere degli Anni Quaranta!
Pretesto al buffone per piangere.

(1962)

UNA DISPERATA VITALITÀ

I

(Stesura, in «cursus» di linguaggio «gergale»
corrente, dell'antefatto: Fiumicino, il vecchio
castello e una prima idea vera della morte.)

Come in un film di Godard: solo
in una macchina che corre per le autostrade
del Neo-capitalismo latino —di ritorno dall'aeroporto—
[là è rimasto Moravia, puro fra le sue valige]
solo, «pilotando la sua Alfa Romeo»

in un sole irreferibile in rime
non elegiache, perché celestiale
—il più bel sole del'anno—
come in un film di Godard:
sotto quel sole che si svenava immobile
unico,
il canale del porto di Fiumicino
—una barca a motore che rientrava inosservata
—i marinai napoletani coperti di cenci di lana
—un incidente stradale, con poca folla intorno…

—come in un film di Godard —riscoperta
del romanticismo in sede
di neocapitalistico cinismo, e crudeltà—
al volante
per la strada di Fiumicino,

ed ecco il castello (che dolce
mistero, per lo sceneggiatore francese,
nel turbato sole senza fine, secolare,
questo bestione papalino, coi suoi merli,
sulle siepi e i filari della brutta campagna
dei contadini servi)…

—sono come un gatto brucciato vivo,
pestato dal copertone di un autotreno,
impiccato da ragazzi a un fico,

ma ancora almeno con sei
delle sue sete vite,
come un serpe ridotto a poltiglia di sangue
un'anguilla mezza mangiata

—le guance cave sotto gli occhi abbattuti,
i capelli orrendamente diradati sul cranio
le braccia dimagrite come quelle di un bambino
—un gatto che non crepa, Belmondo
che «al volante della sua Alfa Romeo»
nella logica del montaggio narcisistico
si stacca dal tempo, e v'inserice
Se stesso:
in immagini che nulla hanno a che fare
con la noia delle ore in fila…
col lento risplendere a morte del pomeriggio…

La morte non è
nel non poter comunicare
ma nel non poter più essere compresi.

E questo bestione papalino, non privo
di grazia —il ricordo
delle rustiche concessioni padronali,
innocenti, in fondo, com'erano innocenti
le rassegnazioni dei servi—
nel sole che fu,
nei secoli,
per migliaia di meriggi,
qui, il solo ospite,

questo bestione papalino, merlato
accuciato tra pioppeti di maremma,
campi di cocomeri, argini,
questo bastione papalino blindato
da contrafforti del dolce color arancio
di Roma, screpolati
come construzioni di etruschi o romani,
sta per non poter più essere compreso.

II

(Senza dissolvenza, a stacco nero, mi rappresento

in un atto —privo di precedenti storici— di
«industria culturale».)

Io volontariamente martirizzato… e,
lei di fronte, sul divano:
campo e controcampo, a rapidi flash,
«Lei —so che pensa, guardandomi,
in più domestica-italica M. F.
sempre alla Godard— lei, specie di Tennessee!»,
il cobra col golfino di lana
(col cobra subordinato
che screma in silenzio magnesio).
Poi forte: «Mi dice che cosa sta scrivendo?»

«Versi, versi, scrivo! Versi!
(maledetta cretina,
versi che lei non capisce priva com'è
di cognizioni metriche! Versi!
VERSI NON PIÙ IN TERZINE!
Capisce?
Questo è quello che importa: non più in terzine!
Sono tornato tout court al magma!
Il Neo-Capitalismo ha vinto, sono
sul marciapiede
come poeta, ah [singhiozzo]
e come cittadino [altro singhiozzo].»
E il cobro con il biro:
«Il titolo della Sua opera?» «Non so…
[Egli parla ora sommesso come intimidito, rivestendo
la parte che il colloquio, accettato, gli impone di
fare: come sta poco
a stingere
la sua grinta
in un muso di mammarolo condannato a morte]
—forse… «La Persecuzione»
o… «Una nuova preistoria» (o Preistoria)
o…
[E qui si inalbera, riacquista
la dignità dell'odio civile]
«Monologo sgli Ebrei»…
[Casca
il discorso come la debolezza dell'arsi
dell'ottonario scombinato: magmatico!]
«E di che parla?»

«Beh, della mia… della Sua, morte.
Non è del non comunicare, [la morte]
ma nel non essere compresi…

(Se lo sapesse, il cobra
ch'è una fiacca pensata
fatta tornando da Fiumicino!)
Sono quasi tutte liriche, la cui composizione
di tempo e luogo
consiste, strano!, in una corsa in automobile…
meditazioni dai sessanta ai centoventi all'ora…
con veloci panoramiche, e carrellate
a seguire o a precedere
su significativi monumenti, o gruppi
di persone, spronanti
a un oggetivo amore… di cittadino
(o utente della strada)…»

«Ah, ah —[è la cobra con la biro che ride]—e…
chi è che non comprende?»
«Coloro che non ci appartengono più».

III

Coloro che non ci appartengono più!
Trascinati da un nuovo soffio della storia
ad altre vite, con le loro innocenti gioventù!

Ricordo che fu… per un amore
che m'invadeva glio occhi castani e gli onesti calzoni
la casa e la campagna, il sole del mattino e il sole
della sera… nei sabati buoni
del Friuli, nelle… Domeniche… Ah!, non posso
neanche pronunciare questa parola delle passioni

vergini, della mia morte (vista in un fosso
secco formicolante di primule,
tra filari tramortiti dall'oro, a ridosso

di casolari scuri contro un azzurro sublime).

Ricordo che in quell'amore mostruoso
giungevo a gridare di dolore
per le domeniche quando dovrà splendere

«sopra i figli dei figli, il sole!»

Piangevo, nel lettuccio di Casarsa,
nella camera che sapeva di orina e bucato
in quelle domeniche che splendevano a morte…

Lacrime incredibili! Non solo
per quello che perdevo, in quel momento
di struggente immobilità dello splendore,

ma per quello che avrei perso! Quando
nuove gioventù —che non potevo neanche pensare,
così uguali a quelle che ora si vestivano

di calzettoni bianchi e di giubetti inglesi,
col fiore all'occhiello —o di stoffe
scure, per nozze, trattate con figliale gentilezza,

—avrebbero popolato la Casarsa delle vite future,
immutata, coi suoi sassi, e il suo sole
che la copriva di moribonda acqua d'oro…

Per un impeto epilettico di dolore
omicida, protestavo
come un condannato all'ergastolo, chiudendomi
in camera,
senza che del resto nessuno lo sapesse,
a urlare, con la bocca
tappata dalle coperte annerite
per le bruciature del ferro da stiro,
le care coperte di famiglia,
su cui coavavo i fiori della mia gioventù.
E un dopopranza, o una sera, urlando
sono corso,
per le strade della domenica, dopo la partita,
al cimitero vecchio, là dietro la ferrovia,
a compiere, e a ripetere, fino al sangue,
l'atto più dolce della vita,
io solo, sopra il mucchietto di terra
di due o tre tombe
di soldati italiani o tedeschi
senza nome sulle croci di assi
—sepolti lì dal tempo dell'altra guerra.

E la notte, poi, tra le secche lacrime i corpi
sanguinanti di quei poveri ignoti
vestiti di panni grigioverdi

vennero in grappolo sopra il mio letto
dove dormivo nudo e svuotato,
a sporcarmi di sangue, fino all'aurora.

Avevo vent'anni, neanche —diciotto,
diciannove… ed era già passato un secolo
dacché ero vivo, una intera vita

consumata al dolore dell'idea
che non avrei mai potuto dare il mio amore
se non alla mia mano, o all'erba dei fossi,

o magari al terriccio di una tomba incustodita…
Vent'anni, e, con la sua storia umana, e il suo ciclo
di poesia, era conclusa una vita.

IV

(Ripresa dell'intervista, e confuse spiegazioni
sulla funzione del marxismo, ecc.)

(Ah, non è che una visita al mondo, la mia!)

Ma ritorniamo alla realtà.

[Lei è qui, con la faccia visibilmente preoccupata ma alleggerita dalla buona educazione, che aspetta, nell'inquadratura «griggia», secondo la buona regola del classicismo francese. Un Léger.]

«Secondo lei allora —fa, reticente,
mordicchiando il biro— qual'è
la funzione del marxista?» E si accinge a notare.

«Con…delicatezza di batteriologo…direi [balbetto,
preso da impeti di morte]
spostare masse da eserciti napoleonici, staliniani…
con miliardi di annessi…
in modo che…
la massa che si dice conservatrice
[del Passato] lo perda:

la massa rivoluzionaria, lo acquisti
riedificandolo nell'atto di vincerlo…
È per l'Istinto di Conservazione
che sono comunista!
Uno spostamento
da cui dipende vita e morte: nei secoli dei secoli.

Farlo pian piano, come quando
un capitano del genio svita
la sicura di una bomba inesplosa, e,
per un attimo, può restare al mondo
(coi suoi moderni caseggiati, intorno, al sole)
o essere cancellato per sempre:

una sproporzione inconcepibile
tra i due corni!

Uno spostamento
da fare pian piano, tirando il collo,
chinandosi, raggricciandosi sul ventre,
mordendosi le labbra o stringendo gli occhi
come un giocatore di bocce
che, dimenandosi, cerca di dominare
il corso del suo tiro, di rettificarlo
verso una soluzione
che imposterà la vita nei secoli.»

V

La vita nei secoli…
A questo alludeva
dunque —ieri sera…
rattrapito nel breve segmento del suo gemito—
quel treno lontano…

Quel treno che gemeva
sconsolato, come stupito di esistere,
(e, insieme, rassegnato —perché ogni atto
della vita è un segmento già segnato in una linea
che è la vita stessa, chiara solo nel sogno)

gemeva quel treno, e l'atto del gemere
—impensabilmente lontano, oltre le Appie
e i Centocelle del mondo—

si univa a un altro atto: unione casuale,
mostruosa, cervellotica
e tanto privata
che solo oltre la linea dei miei occhi
magari chiusi, è possibile averne conoscenza…
Atto d'amore, il mio. Ma perso nella miseria
di un corpo concesso per miracolo,
nella fatica del nascondersi, nell'ansare
lungo una cupa strada ferrata, nel pestare il fango
in una campagna coltivata da giganti…

La vita nei secoli…
come una stella cadente
oltre il cielo dei giganteschi ruderi,
oltre le proprietà dei Caetani o dei Torlonia,
oltre le Tuscolane e la Capannelle del mondo—
quel gemito meccanico diceva:
la vita nei secoli…

E i miei sensi erano lì ad ascoltarlo.

Accarezzavo una testa arruffata e polverosa,
del color biondo che bisgna avere nella vita,
del disegno che vuole il destino,
e un corpo di cavallino agile e tenero
con la ruvida tela dei vestiti che sanno di madre:
compivo un atto d'amore,
ma i miei sensi stavano ad ascoltare:

la vita nei secoli…

Poi la testa bionda del destino disparve
da un pertugio,
nel pertugio fu il cielo bianco della notte,
finché, contro quel lembo di cielo, apparve
un'altra pettinatura, un'altra nuca;
nera, forse, o castana: e io
nella grotta perduta nel cuore dei possessi
dei Caetani o i Torlonia
tra i ruderi construiti da giganti seicenteschi
in giorni immensi di carnevale, io
ero coi sensi ad ascoltare…

la vita nei secoli…

Più volte nel pertugio contro il biancore
della notte che si perdeva
oltre le Casiline del mondo,
sparì e riapparve la testa del destino,
con la dolcezza ora della madre meridionale
ora del padre alcolizzato, sempre la stessa
testolina arruffata e polverosa, o già
composta nella vanità di una giovinezza popolare:
e io,
ero coi sensi ad ascoltare

la voce di un altro amore
—la vita nei secoli—
che si alzava purissima nel cielo.

VI

(Una vittoria fascista.)

Mi guarda con pena.
«E… allora lei… —[sorriso mondano, goloso,
con coscienza della golosità e cattivante
ostentazione— occhi e denti fiammanti—
di un leggero titubante disprezzo infantile
verso di sé]— allora lei, è molto infelice!»

«Eh (devo ammetterlo)
sono in uno stato di confusione, signorina.

Rileggendo il mio libro dattiloscritto
di poesia (questo, di cui parliamo)
ho avuto la visione… oh, magari fosse
solo di un caos di contraddizioni —le rassicuranti
contraddizioni… No, è la visione
di un'anima confusa…

Ogni falso sentimento
produce la sicurezza assoluta di averlo.
Il mio falso sentimento era quello…
della salute. Strano! dicendolo a lei
—incomprensiva per definizione,
con quel viso di bambola senza labbra—
verifico ora con chiarezza clinica

il fatto
di non aver mai avuto, io, alcuna chiarezza.

È vero che alle volte può bastare,
per essere sani (e chiari)
credere di esserlo… Tuttavia
(scriva, scriva!) la mia confusione
atuale è la conseguenza
di una vittoria fascista.
[nuovi, incontrollati, fedeli
impeti di morte]

Una piccola, secondaria vittoria.
Facile, poi. Io ero solo:
con le mie ossa, una timida madre
spaventata, e la mia volontà.

L'obbiettivo era umiliare un umiliato.
Devo dirle che ci sono riusciti,
e senza neanche molta fatica. Forse
se avessero saputo che era così semplice
si sarebbero scomodati di meno, e in meno!

(Ahi, parlo, vede, con un plurale generico: Essi!
con l'amore ammiccante del matto verso il proprio male.)

I risultati di questa vittoria, poi,
anch'essi, contano ben poco: una firma
autorevole in meno negli appelli di pace.
Beh, a parte objecti, non è molto.
A parte subjecti… Ma lasciamo stare:
ho descritto fin troppo,
e mai oralmente,
i miei dolori di verme pestato
che erige la sua testina e si dibatte
con ingenuità ripugnante, ecc.

Una vittoria fascista!
Scriva, scriva: sappiano (essi!)che lo so:

con la coscienza di un uccello ferito
che mitemente morendo non perdona.»

Non perdona!

C'era un'anima, tra quelle che ancora
dovevano scendere nella vita
—tante, e tutte uguali povere anime—
un'anima, in cui nella luce degli occhi castani,
nel modesto ciuffo pettinato da un'idea materna
della bellezza maschile,
ardeva il desiderio di morire.

La vide subito, colui
che non perdona.

La prese, la chiamò vicino a sé,
e, come un artigiano,
lassù nei mondi che precedono la vita,
le impose le mani sul capo
e pronunciò la maledizione.

Era un'anima candida e pulita,
come un ragazzetto alla prima comunione,
saggio della saggezza dei suoi dieci anni,
vestito di bianco, di una stoffa
scelta dall'idea materna della grazia maschile,
con negli occhi tiepidi il desiderio di morire.

Ah, la vide subito, colui
che non perdona.

Vide l'infinita capacità di obbedire
e l'infinita capacità di ribellarsi:
la chiamò a sé, e operò su lei
—che lo guardava fiduciosa
come un agnello guarda il suo giusto carnefice—
la consacrazione a rovescio, mentre
nel suo sguardo cadeva
la luce, e saliva un'ombra di pietà.

«Tu scenderai nel mondo,
e sarai candido e gentile, equilibrato e fedele,
avrai un'infinita capacità di obbedire
e un'infinita capacità di ribellarti.
Sarai puro.

Perciò ti maledico.»

Vedo ancora il suo sguardo
pieno di pietà —e del leggero orrore
che si prova per colui che la incute,
—lo sguardo con cui si segue
chi va, senza saperlo, a morire,
e, per una neccesità che domina chi sa e chi non sa,
non gli si dice nulla—
vedo ancora il suo sguardo,
mentre mi allontanavo
—dall'Eternità— verso la mia culla.

VIII

(Conclusione funerea: con tavola sinottica —ad uso della facitrice del «pezzo»— della mia carriera di poeta, e uno sguardo profetico al mare dei futuri millenni.)

«Venni al mondo al tempo
dell'Analogica.
Operai
in quel campo, da apprendista.
Poi ci fu la Resistenza
e io
lottai con le armi della poesia.
Restaurai la Logica, e fui
un poeta civile.
Ora è il tempo
della Psicagogica.
Posso scrivere solo profetando
nel rapimento della Musica
per eccesso di seme o di pietà.»

*

«Se ora l'Analogica sopravvive
e la Logica è passata di moda
(e io con lei:
non ho più richiesta di poesia),
la Psicagogica
c'è
(ad onta della Demagogia

sempre più padrona
della situazione).
È così
che io posso scrivere Temi e Treni
e anche Profezie;
da poeta civile, ah sì, sempre!»

*

«Quanto al futuro, ascolti:
i suoi figli fascisti
veleggeranno
verso i mondi della Nuova Preistoria.
Io me ne starò là,
come colui che suo dannaggio sogna
sulle rive del mare
in cui ricomincia la vita.
Solo, o quasi, sul vecchio litorale
tra ruderi di antiche civilità,
Ravenna
Ostia, o Bombay —è uguale—
con Dei che si scrostano, problemi vecchi
—quale la lotta di classe—
che
si dissolvono…

Come un partigiano
morto prima del maggio del'45,
comincerò piano piano a decompormi,
nella luce straziante di quel mare,
poeta e cittadino dimenticato.»

IX

(Conclusione funerea)
«Dio mio, ma allora cos'ha
lei all'attivo?…»
«Io? —[un balbettio, nefando,
non ho preso l'optalidon, mi trema la voce
di ragazzo malato]—
Io? Una disperata vitalità».

(1963)

L'ALBA MERIDIONALE

Camminavo nei dintorni dell'albergo —era sera—
e quattro o cinque ragazzetti comparvero,
nella pelle di tigre dei prati, senza
una rupe, un buco, un po'di vegetazione
dove riparasi da eventuali spari: ché
Israele era lì, sulla stessa pelle di tigre,
cosparsa di case di cemento e vani
muretti, come in ogni periferia.
Li raggiunsi, in quell'assurdo punto,
lontano dalla strada, dall'albergo,
dal confine. Fu un'ennesima amicizia,
una di quelle che durando una sera,
straziano poi tutta la vita. Essi,
i diseredati, e, per di più, figli
(che, dei diseredati hanno il sapere
del male —il furto, la rapina, la menzogna—
e, dei figli, l'ingenua idealità
del sentirsi consacrare al mondo),
essi, ebbero subito la vecchia luce d'amore
—come gratitudine— nel fondo degli occhi.
E, parlando, parlando, finché
scese la notte (e già uno mi abbracciava,
dicendo ora che mi odiava, ora che no,
mi amava, mi amava), seppi, di loro, ogni cosa,
ogni semplice cosa. Questi erano gli dei
o figli di dei, che misteriosamente sparavano,
per un odio che li avrebbe spinti giù dai monti di Creta,
come sposi assetati di sangue, sui Kibutz invasori
sull'altra metà di Gerusalemme…
Questi straccioni, che vanno a dormire, ora,
all'aperto, in fondo a un prato di periferia.
Coi loro fratelli maggiori, soldati
armati di un vecchio fucile e di due baffi
di mercenari rassegnati a vecchie morti.
Questi sono i Giordani terrore di Israele,
questi che davanti a me piangono
l'antico dolore dei profughi. Uno di essi,
deputato all'odio, già quasi borghese (al moralismo
ricattatore, al nazionalismo che sbianca di furore

neurotico) mi canta il vecchio ritornello
imparato dalla sua radio, dai suoi re—
un altro, nei suoi stracci, ascolta assentendo,
mentre, come un cucciolo, si stringe a me,
non provando altro, nel prato di confine,
nel deserto giordano, nel mondo,
che un misero sentimento di amore.

(1963)

PROGETTO DI OPERE FUTURE

Anche oggi, nella malinconica fisicità
in cui la nazione è occupata a formare un Governo,
e il Centro-Sinistra ai fragili linguisti fa

fremere gli organi normativi —l'inverno
imbeve di oscura luce le cose lontane
e accende appena, mauve e verde, le vicine, in un esterno

perduto nel fondo delle età italiane…
con le terre azzurre di Piero sgorganti da indicibili
azzurrini di Linguadoca… se non da siciliane

azzurrità di Origini… che qui, nelle rozze appendici
degli squisiti Centri, sono verdi e mauve,
per fango e cielo, limoni e rose… occhi di Federici

con metà cuore in cerchi di mandorli rupestri dove
cade luce d'Arabia, l'altra metà in qualche avvallamento
imperlato di nebbia: con Alpi lontane, follemente nuove…

Impazzisco! È tutta la vita che tento
di esprimere questo sgomento da Recherche
—che io sentivo già bambino, sul Tagliamento,

o sul Po, più vicino alle matrici —alla cerchia
dei miei isoglotti—sordi, per abitudine
a ogni privata, infantile, incerta

pre-espressività, dove il cuore sia nudo.
Ma io —fidando che qualcosa prima di morire
i mille miei tentativi portino ai giudici—
nell'epoca in cui l'italiano sta per finire
perduto da anglosassone o da russo,
torno, nudo, appunto, e pazzo, al verde aprile,

al verde aprile, dell'idioma illustre
(che mai fu, mai fu!) alto-italiano…
alla Verderbnis franco-veneta, lusso

di atticciate popolazioni fuori mano…
al verde aprile —con la modernità
d'Israele come un'ulcera nell'anima—

dove io Ebreo offeso da pietà,
ritrovo una crudele freschezza d'apprendista,
nelle vicende dell'altra (funebre) metà

della vita… Mi rifaccio cattolico, nazionalista,
romanico, nelle mie richerche per «BESTEMMIA»,
o «LA DIVINA MIMESIS»—e, ah mistica

filologia! nei giorni della vendemmia
gioisco come si gioisce seminando,
col fervore che opera mescolanze di materie

inconciliabili, magmi senza amalgama, quando
la vita è limone o rosa d'aprile.
Merde! Cercare di spiegare come vanno

le cose della lingua, senza inferire
concomitanze politiche! unità
linguistica senza ragioni di vile

interesse, senza l'insensibilità
di una classe che se ne frega di elezione
gergale-letteraria! Professori del ca.,

neo o paleo patrioti, teste coglione
in tanta scienza, che dal xii al xiv secolo
vedono solo testi in funzione

di altri testi… Basta: cieco
amore mio! Ti eserciterò in ricerche
translinguistiche, e a un testo oporrò un Veto,

e a tre testi tre Santi, e a una cerchia
letteraria tradizioni di cucina,
liti di confine: e nell'Anno della scoperta

di un testo omologato, da amanuensi di lingua patavina
per stupidità o vanità che sia, ricercherò
cosa facevano i pittori, di cascina in cascina

nella verde-sublime luce delle terre del Po…
ma sopratutto che cosa voleva
la classe al potere: una qualsiasi, che non so.

Ne comporrò un'opera mostruosa, coeva
alle Anti-opere, per lettera 22, della nuova moda,
vecchia figuratività nel fianco della giovane leva.

Ma bisogna deludere. Solo una nobile broda
d'ispirazioni miste, demistifica,
se miracolosamente il caos approda

a una plastica chiarezza, mettiamo, di grifi
romanici —coscioni, collottole, toraci
gonfi come pane, di pietra grigia che codifica

la piena Realtà. Taci, taci,
voce di ogni Ufficialità, qualunque tu sia.
Bisogna deludere. Saltare sulle braci

come martiri arrostiti e ridicoli: la via
della Verità passa anche attaverso i più orrendi
luoghi dell'estetismo, dell'isteria,

del rifacimento folle erudito. Splendidi,
per ragioni diverse da quelle romantico-
nazionalistiche, giorni delle prime vendite,

dei primi contratti! Se avrò poi cuore bastante
scriverò anche una «PASSIONALE STORIA
DELLA POESIA ITALIANA», oltre che un'ancora vacante

«MORTE DELLA POESIA» (ma io so, pieno di gloria
giovanile, che per me è ancora aprile,
son pieno di limoni e di rose)… In quella «STORIA»

(scritta in ottave, per ironia) «terrò a vile»
ogni precedente sistemazione, e, sotto il segno
primario di Marx, e quello, a seguire,

di Freud, ristabilirò nuove gerarchie nel regno
degli amori poetici: e alla esistenza
letteraria opporrò, col mio umiliato ingegno,

la nozione di Inespresso Esistente, senza
di cui ogni cosa è mistero:
finché non ci fu, così recente, la chiara coscienza

delle classi che dividono il mondo, il magistero
stilistico fu dominato sempre da ciò
che non poteva dire (o sapete): ma c'era.

Gioco dialettico sprofondato nel profondo, oh
sì!, da ricostruire stilema per stilema,
perché in ogni parola scritta nel Bel Paese dove il No

suona, c'era opposto allo stile quel Sema
imposseduto, la lingua di un popolo
che doveva ancora essere classe, problema

saputo e risolto solo in sogno. Fioco
per lungo silenzio brucerò poi un «ALTRO MONOLOGO»
la rabbia impotente contro il mondo broccolo

tombale di Dallas, con un volo
di due versi per Kennedy, e una lassa
di settanta volte sette (mila) versi, per Coro

e Orchestra, con settantamila violini e una grancassa,
(e un disco di Bach), «CITAZIONE BRECHTIANA»
o «CANTI DELLA DISSACRAZIONE», che sia, melassa

plurilinguistica o matassa monolitica: in cui vana
apparirà TUTTA LA STORIA IN QUANTO OPERA DI PAZZI.
PAZZA FU L'ADOLFA PAZZA LA GIUSEPPA PAZZA L'ELITE AMERICANA

PAZZA L'IDEOLOGIA PAZZE LE CHIESE PAZZI
I CAMPIONI DI IDEOLOGIE E DI CHIESE
CHE RICATTANO I BUONI E STUPIDI NORMALI PAZZO

I RIVOLUZIONARI PIENI DI BENPENSARE BORGHESE
CHE CONTINUANO SEMPLICEMENTE A ESSERE DEPOSITARI
DEL RICATTO MORALISTICO ALL'UOMO. Accese

dunque queste espressionistiche candele agli altari
del Sesso, tornerò alla Religione.
E scriverò all'imperterrito Moravia, una «PASOLINARIA

SUI MODI D'ESSER POETA», con la relazione
tra segno e cosa —e finalmente
svelerò la mia vera passione.

Che è la vita furente [o nolente] [o morente]
—e perciò, di nuovo, la poesia:
non conta né il segno né la cosa esistente,

ecco. Se l'uomo fosse un Monotipo nella Subtopia
di un mondo senza più capitali linguistiche,
e disparisse quindi la parola da ogni sua via

dell'udire e del dire, lo stringerebbero mistici
legami ancora alle cose, e ciò che le cose
sono, non fissato più nei tristi

contesti, sarebbe sempre nuovo, colmo di gaudiose
verità pragmatiche —non più strumentalità,
travaglio che le traduce in limoni, in rose…

ma sempre e solo, luce, com'è la realtà
delle cose quando sono nella memoria
alla soglia dell'essere nominate, e già

piene della loro fisica gloria.
Se poi dovessi scoprirmi in cancro, e crepare,
lo considererei una vittoria

di quella realtà di cose. Finita la pietà figliale
per il mondo, che senso ha ancora il frequentarlo?
Ah, non stare più in piedi nel sapore di sale

del mondo altrui (piccolo-borghese, letterario)
con bicchiere di whisky in mano e il viso di merda,
—ché mi dispiacerebbe solo non rappresentarlo

così com'è —prima che per me uomo si perda—
nella «DIVINA MIMESIS», opera, se mai ve ne fu,
da farsi, e per mio strazio, così verde,

così verde, del verde d'una volta, della mi juventud,
nel mondaccio ingiallito della mia anima…
Ma no, ma no, è aprile, sono più

fresco d'un giovincello che ama
per le prime volte… Getterò giù presto, in tono
epistolare, con chiose e parentesi, una buriana

di «motivi accennati», di «eccetera», blasoni,
citazioni, e soprattutto allusività
(autoesortativi all'infinito e sproporzioni

di particolari in confronto al tutto), la
prima parodistica terzina fatta pagina magmatica
del Canto I, con fretta di giungere prima della prima metà,

là dove all'Inferno arcaico, enfatico
(romanico, come il centro delle nostre città
dal suburbio rmai per sempre spacciato)

s'inserisce un inserto d'Inferno dell'età
neocapitalistica, per nuovi tipi
di peccati (eccessi nella Razionalità

e nell'Irrazionalità) a integrazione delli antichi.
E lì vedrai, in una edilizia di delizioso cemento,
riconoscendovi gli amici e i nemici,

sotto i cartelli segnaletici dell' «OPERA INCREMENTO
PENE INFERNALI», A: I TROPO CONTINENTI: Conformisti
(salotto Bellonci), Volgari (un ricevimento

al Quirinale), Cinici (un convegno di giornalisti
del Corriere della Sera e affini): e poi:
i Deboli, gli Ambigui, i Paurosi (individualisti

questi, a casa loro); B: GLI INCONTINENTI, ZONA
PRIMA: eccesso di Rigore (socialisti borghesi,
piccoli benpensanti che si credono piccoli eroi,

solo per l'eroica scelta d'una buona bandiera), eccesso
di Rimorso (Soldati, Piovene); ecceso si Servilità
(masse infinite senza anagrafe, senza nome, senza sesso);

ZONA SECONDA: Raziocinanti (Landolfi) gente che sta
seduta sola nel suo cesso; Irrazionali
(l'intera avanguardia internazionale che va

dagli Endoletterari [De Gaulle] alle vestali
di Pound teutoniche o italiote);
Razionali (Moravia, rara avis, e le ali

degli Impegnati neo-gotici)
Oh, cecità dell'amore!
Lo vidi su due umili gote,

su due occhi di cucciolo: era amore,
perché sorriso, era una bambina
che correva in cuore al sole

—nella cecità del suo amore— dritta, meschina,
con quelle gabbanuce stracciate,
sotto un enorme acquedotto, su una banchina

di fango, tra le baracche incatramate,
—che correva, la bambina, nel cuore
del sole, dritta, con le pupile attirate

per cecità di un umile, unico amore,
verso un'altra creatura bambina
che correva verso di lei, nel sole

degli abituri dove era madre, lei —meschina,
nel suo cappotto stracciato,
e correva, creatura verso la creaturina,

col sorriso complice, suscitato
insieme all'altro da uno stesso amore.
Correvano una verso l'altra con l'occhio legato

da quel contemporaneo sorriso nel sole.

Oh Marx—tutto è oro—oh Freud—tutto
è amore—oh Proust—tutto è memoria—
oh Einstein—tutto è fine—oh Charlot—tutto

è uomo—oh Kafka—tutto è terrore—
oh popolazione dei miei fratelli—
oh patria—oh ciò che rassicura l'identità—

oh pace che consente il selvaggio dolore—

oh marchio dell'infanzia! Oh destino d'oro
costruito sull'eros e sulla morte, come

una distrazione —e i suoi mille pretesti
il riso, la filosofia! Avere illusioni (l'amore)
differenza, ma in una cerchia consacrata da testi

insostituibili. Torno con Israele in cuore,
soffrendo per i suoi figli-fratelli la nostalgia
dell'Europa romanza, occitanica, con lo splendore

un po'ingiallito ma pieno di un'atroce poesia
delle sue capitali borghesi sui fiumi o sui mari…
Norma negativa d'amore. La vera via

di chi vuol essere è deludere. Il che fa uguali
tutti fra loro, come i morti:
ma rimette in discussione i sacrali

testi delle cerchie. Perciò, aspettando che porti
un nuovo Grande Ebreo un nuovo TUTTO È
—a cui il mondo sputtanato si rivolti—

bisogna deludere, nel nostro piccolo… Eh!,
bisogna abbandonare il proprio bel posto al sole
(e voi dovete lasciare Israele, Ebrei!

ché la cecità dell'amore
retrocede le invenzioni a istituzioni,
per reinventare poi solo col cuore;

e combina addirittura nazioni
con l'omertà d'una mamma e una figlietta al sole
—perseguitando, no?, le opposizioni…)

Quanto a me, tendo pur'io (rabbia) a tale amore,
religione d'un elegiaco figlio,
che vuole a tutti costi farsi onore.

Né si esaurisce peraltro nel groviglio
di vita successa e da succedere: vuole
ridurre tutto al suo ordine di giglio.

Basta, c'è da ridere. Ah oscure

tortuosità che spingono a un «destino d'opposizione»!
Ma non c'è altra alternativa alle mie opere future.

«OPPOSIZIONE PURA», «PAPA GIOVANNI», O «PASSIONE
(O ARCHIVIO) DEGLI ANNI SESSANTA», che sia,
l'organo dove prima depositerò, in visione

semiprivata, si sa, tali mie opere future, appare come via
senza alternative, a me e alla redazione
degli imberbi deputati all'impegno —picciola compagnia

che vuol sapere: quasi per elezione
di seme. Opposizione di chi non può
essere amato da nessuno, e nessuno può amare, e pone

quindi il suo amore come un no
prestabilito, esercizio del dovere
politico come esercizio di ragione.
Infine, ah lo so,

mai, nella mia malridotta passione,
mai fui tanto cadavere come ora
che riprendo in mano le mie tabulae presentiae—

se reale è la realtà, ma dopo
ch'è stata distrutta nell'eterno e nell'ora
*dall'ossessa idea di un nulla lucente.[2]**

Ma in questa realtà —la nostra—
ansimante dietro i destini delle strutture,
—per ritardo, per ritardo, nella mora

mortuale d'un'epochetta precedente—
o in anticipo, per dolore della fine
del mondo come sua impossibile cessazione—

accerto un bisogno struggente
di minoranze alleate. Tornate, Ebrei,
agli albori di questa Preistoria,

che alla maggioranza sorride come Realtà:
perdita dell'umanità e ricostituzione
culturale del nuovo uomo—dicono

gli intenditori. E infatti la cosa è qua:
nell'atmosfera d'una piccola nazione,
che nella fattispecie è l'Italia —si dà

un falso dilemma tra la Rivoluzione e un'Entità
che vien detta Centrosinistra— con rossore
del Linguisti… Il nuovo corso della realtà

è così ammesso e accettato. Tornate,
Ebrei, a contraddirlo, coi quattro
gatti che hanno finalmente chiarito

il loro destino: va verso il futuro
il Potere, e lo segue, nell'atto trionfante,
l'Opposizione, potere nel potere.

Per chi è crocifisso alla sua razionalità straziante,
macerato dal puritanesimo, non ha più senso
che un'aristocratica, e ahi, impopolare opposizione.

La rivoluzione non è più che un sentimento.

(Novembre-Dicembre 1963)

[2] fr. il vers. «non conta né il segno né la cosa esistente».

TRASUMANAR E ORGANIZZAR (1971)

UNO DEI TANTI EPILOGHI

Ohi Ninarieddo, ti ricordi di quel sogno…
di cui abbiamo parlato tante volte…
Io ero in macchina, e partivo solo, col sedile
vuoto accanto a me, e tu mi correvi dietro;
all'altezza dello sportello ancora semiaperto,
correndo ansioso e ostinato, mi gridavi
con un po' di pianto infantile nella voce:
«A Pa', mi porti con te? Me lo paghi il viaggio?»
Era il viaggio della vita: e solo in sogno
hai dunque osato scoprirti e chiedermi qualcosa.
Tu sai benissimo che quel sogno fa parte della realtà;
e non è un Ninetto sognato quello che ha detto quelle parole.
Tanto è vero che quando ne parliamo arrosisci.
Ieri sera, a Arezzo, nel silenzio della notte,
mentre il piantone rinchiudeva con la catena il cancello
alle tue spalle, e tu stavi per sparire,
col tuo sorriso, fulmineo e buffo, mi hai detto… «Grazie!».
«Grazie», Ninè? È la prima volta che me lo dici.
E infatti te ne accorgi, e ti correggi, senza perdere la faccia
(cosa in cui sei maestro) scherzando:
«Grazie per il passaggio.» Il viaggio che tu volevi
ch'io ti pagassi era, ripeto, il viaggio della vita:
è in quel sogno di tre quattro anni fa che ho deciso
ciò a cui il mio equivoco amore per la libertà era contrario.
Se ora mi ringrazi per il passaggio… Dio mio,
mentre tu sei in gattabuia, prendo con paura
l'aereo per un luogo lontano. Della nostra vita sono insaziabile,
perché una cosa unica al mondo non può essere mai esaurita.

(Settembre 2, 1969)

CANTO CIVILE

Le loro guancie erano fresche e tenere
e forse erano baciate per la prima volta.
Visti di spalle, quando le voltavano
per tornare al tenero gruppo, erano più adulti,
coi cappotti sopra i calzoni leggeri. La loro povertà
dimentica che è il freddo inverno. Le gambe un po'arcuate
e i colletti consunti, come i fratelli maggiori,
già screditati cittadini. Essi sono ancora per qualche anno
senza prezzo: e non ci può essere niente che umilia
in chi non si può giudicare. Per quanto lo facciano
con tanta, incredibile naturalezza, essi si offrono alla vita;
e la vita a sua volta li richiede. Ne sono così pronti!
Restituiscono i baci, saggiando la novità.
Poi se ne vanno, imperturbati come sono venuti.
Ma poiché sono ancora pieni di fiducia in quella vita che li ama,
fanno sincere promesse, progettano un promettente futuro
di abbracci e anche baci. Chi farebbe la rivoluzione
—se mai la si dovesse fare— se non loro? Diteglielo: sono pronti,
tutti allo stesso modo, così come abbracciano e baciano
e con lo stesso odore nelle guancie.
Ma non sarà la loro fiducia nel mondo a triunfare.
Essa deve essere trascurata dal mondo.

(Dicembre 1969)

VERSI DEL TESTAMENTO

La solitudine: bisogna essere molto forti
per amare la solitudine; bisogna avere buone gambe
e una resistenza fuori del comune; non si deve rischiare
raffredore, influenza o mal di gola; non si devono temere
rapinatori o assassini; se tocca camminare
per tutto il pomeriggio o magari per tutta la sera
bisogna saperlo fare senza accorgersene; da sedersi non n'è;
specie d'inverno; col vento che tira sull'erba bagnata,
e coi pietroni tra l'immondizia umidi e fangosi;
non c'è proprio nessun conforto, su ciò non c'è dubbio,
oltre a quello di avere davanti tutto un giorno e una notte
senza doveri o limiti di qualsiasi genere.
Il sesso è un pretesto. Per quanti siano gli incontri
—e anche d'inverno, per le strade abbandonate al vento,
tra le distese d'immondizia contro i palazzi lontani,
essi sono molti— non sono che momenti della solitudine;
più caldo e vivo è il corpo gentile
che unge di seme e se ne va,
più freddo e mortale è intorno il diletto deserto;
è esso che riempie di gioia, come un vento miracoloso,
non il sorriso innocente o la torbida prepotenza
di chi poi se ne va; egli si porta dietro una giovinezza
enormemente giovane; e in questo è disumano,
perché non lascia traccie, o meglio, lascia una sola traccia
che è sempre la stessa in tutte le stagioni.
Un ragazzo ai suoi primeri amori
altro non è che la fecondità del mondo.
È il mondo che così arriva con lui; appare e scompare,
come una forma che muta. Restano intatte tutte le cose,
e tu potrai percorrere mezza città, non lo ritroverai più;

l'atto è compiuto, la sua ripetizione è un rito. Dunque
la solitudine è ancora più grande se una folla intera
attende il suo turno: cresce infatti il numero delle sparizioni—
l'andarsene è fuggire— e il seguente incombe sul presente
come un dovere, un sacrificio da compiere alla voglia di morte.
Invecchiando, però, la stanchezza comincia a farsi sentirse,
specie nel momento in cui è appena passata l'ora di cena,
e per te non è mutato niente; allora per un soffio non urli o piangi;

e ciò sarebbe enorme se non fosse appunto solo stanchezza,
e forse un po' di fame. Enorme, perché vorrebbe dire
che il tuo desiderio di solitudine non protrebbe esser più soddisfatto,
e allora cosa ti aspetta, se ciò che non è considerato solitudine
è la solitudine vera, quella che non puoi accettare?
Non c'è cena o pranzo o soddisfazione del mondo,
che valga una camminata senza fine per le strade povere,
dove bisogna essere disgraziati e forti, fratelli dei cani.

(1969)

LA POESIA DELLA TRADIZIONE

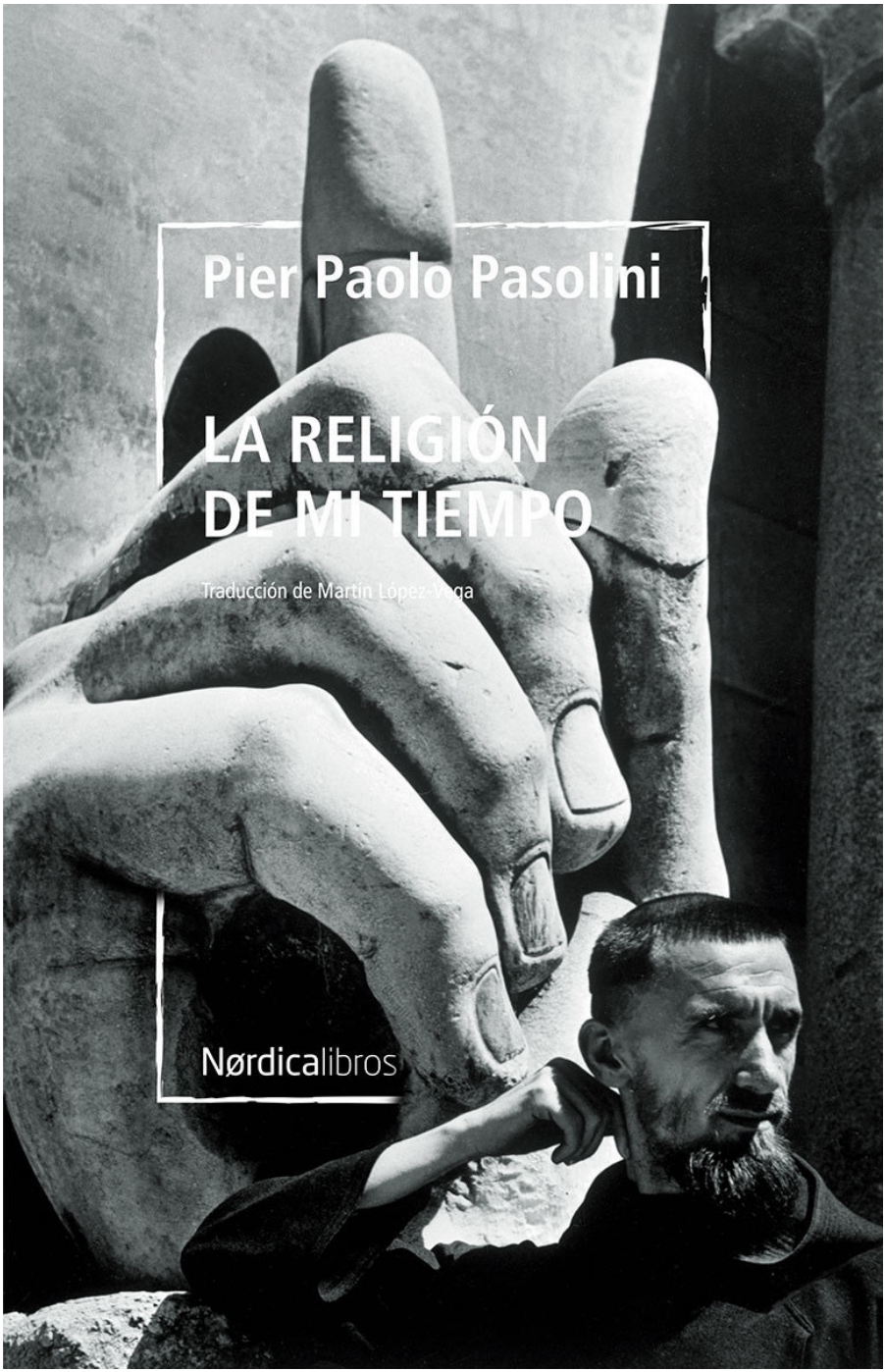
Oh generazione sfortunata!
Cosa succederà domani, se tale classe dirigente—
quando furono alle prime armi
non conobbero la poesia della tradizione
ne fecero un'esperienza infelice perché senza
sorriso realistico gli fu inaccessibile
e anche per quel poco che la conobbero, dovevano dimostrare
di voler conoscerla sì ma con distacco, fuori dal gioco.
Oh generazione sfortunata!
che nell'inverno del'70 usasti cappotti e scialli fantasiosi
e fosti viziata
chi ti insegnò a non sentirti inferiore—
rimuovesti le tue incertezze divinamente infantili—
chi non è aggressivo è nemico del popolo! Ah!
I libri, i vecchi libri passarono sotto i tuoi occhi
come oggetti di un vecchio nemico
sentisti l'obbligo di non cedere
davanti alla bellezza nata da ingiustizie dimenticate
fosti in fondo votata ai buoni sentimenti
da cui ti difendevi come dalla bellezza
con l'odio razziale contro la passione;
venisti al mondo, che è grande eppure così semplice,
e vi trovasti chi rideva della tradizione,
e tu prendesti alla lettera tale ironia fintamente ribalda,
erigendo barriere giovanili contro la classe dominante del passato
la gioventù passa presto; oh generazione sfortunata,
arriverai alla mezza età e poi alla vecchiaia
senza aver goduto ciò che avevi diritto di godere
e che non si gode senza ansia e umiltà
e così capirai di aver servito il mondo
contro cui con zelo «portasti avanti la lotta»:
era esso che voleva gettar discredito sopra la storia —la sua;
era esso che voleva far piazza del passato —il suo;
oh generazione sfortunata, e tu obbedisti disobbedendo!
Era quel mondo a chiedere ai suoi nuovi figli di aiutarlo
a contraddirsi, per continuare;
vi troverete vecchi senza l'amore per i libri e la vita:
perfetti abitanti di quel mondo rinnovato
attraverso le sue reazioni e repressioni, sì, sì, è vero,

ma sopratutto attraverso voi, che vi siete ribellati
proprio come esso voleva, Automa in quanto Tutto;
non vi si riempirono gli occhi di lacrime
contro un Battistero con caporioni e garzoni
intenti di stagione in stagione
né lacrime aveste por un'ottava del Cinquecento,
né lacrime (intellettuali, dovute alla pura ragione)
non conosceste o non riconosceste i tabernacoli degli antenati
né le sedi dei padri padroni, dipinte da
—e tutte le altre sublime cose
non vi farà trasalire (con quelle lacrime brucianti)
il verso di un anonimo poeta simbolista morto nel
la lotta di classe vi cullò e vi impedì di piangere:
irrigiditi contro tutto ciò che non sapese di buoni sentimenti
e di aggressività disperata
passaste una giovinezza
e, se eravate intellettuali,
non voleste dunque esserlo fino in fondo,
mentre questo era poi fra i tanti il vostro vero dovere,
e perché compiste questo tradimento?
per amore dell'operaio: ma nessuno chiede a un operaio
di non essere operaio fino in fondo
gli operai non piansero davanti ai capolavori
ma non perpetrarono tradimenti che portano al ricatto
e quindi all'infelicità
oh sfortunata generazione
piangerai, ma di lacrime senza vita
perché forse non saprai neanche riandare
a ciò che non avendo avuto non hai neanche perduto;
povera generazione calvinista come alle origini della borghesia
fanciullescamente pragmatica, puerilmente attiva
tu hai cercato salvezza nell'organizzazione
(che non può altro produrre che altra organizzazione)
e hai passato i giorni della gioventù
parlando il linguaggio della democrazia burocratica
non uscendo mai dalla ripetizione delle formule,
chè organizzar significar per verba non si poria,
ma per formule sì,
ti troverai a usare l'autorità paterna in balia del potere
imparlabile che ti ha voluta contro il potere,
generazione sfortunata!
Io invecciando vidi le vostre teste piene di dolore
dove vorticaba un'idea confusa, un'assoluta certezza,
una presunzione di eroi destinati a non morire—

oh ragazzi sfortunati, che avete visto a portata di mano
una meravigliosa vittoria che non esisteva!

(1970)

La religión de mi tiempo



Pasolini no solo fue el principal cineasta de su generación en Italia, sino también el mayor poeta. Poseedor de diferentes lenguajes estéticos, llamaba a sus películas «cine-poemas». Fue un intelectual incómodo e incalificable, un erudito lingüista, filólogo y teórico de la literatura, además de un humanista que manejaba con soltura varias

lenguas y se movía cómodo en el mundo de la filosofía, el materialismo histórico, el psicoanálisis, la antropología cultural y la historia del arte o de las religiones, lo que le hace prácticamente incomparable con ningún otro intelectual del siglo XX.

Esta edición bilingüe presenta su principal obra poética desde 1957 a 1971, con traducción del excelente poeta, experto en poesía italiana, Martín López-Vega. Suyo ha sido el reto de traducir la poesía de Pasolini, una mezcla de tragedia, lucidez crítica y un goce dionísiaco que abre los sentidos a la experiencia física (y metafísica) de la vida siempre al borde de la catástrofe.

Pier Paolo Pasolini (Bolonia, 1922 - Ostia, 1975) Poeta, novelista, autor de obras teatrales, crítico literario, ensayista y polemista, Pasolini es una de las figuras cruciales de la cultura italiana del siglo XX. Personalidad compleja y provocativa, en su faceta de escritor intentó revalorizar lo popular como vehículo de expresión de la realidad. Entre sus obras poéticas destacan La mejor juventud o Las cenizas de Gramsci, y entre sus novelas Una vida violenta, Mujeres de Roma y, sobre todo, Chavales del arroyo. En 1961 inició su carrera cinematográfica, en la que defendió el lenguaje popular y la investigación abierta y adogmática de la realidad. En sus películas inserta escenas líricas con el más descarnado realismo, lo que convierte su obra en una de las más originales de nuestro tiempo.

© Le ceneri di Gramsci, 1957 Aldo Garzanti Editore;
La religione del mio tempo, 1961 Aldo Garzanti Editore;
Poesia in forma di rosa, 1964 Aldo Garzanti Editore;
Trasumanar e organizzar, 1971 Aldo Garzanti Editore
© De la traducción: Martín López-Vega
Edición en ebook: marzo de 2022

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-18930-80-5

Diseño de colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero
Corrección ortotipográfica: Ana Patrón y Susana Rodríguez
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada
La religión de mi tiempo
El hombre que nunca se escondió
Las cenizas de Gramsci (1957)
LAS CENIZAS DE GRAMSCI
EL LLANTO DE LA EXCAVADORA
La religión de mi tiempo (1961)
LA RELIGIÓN DE MI TIEMPO
APÉNDICE A LA «RELIGIÓN»: UNA LUZ
De poesía en forma de rosa (1964)00
SÚPLICA A MI MADRE
LA REALIDAD
LAS BELLAS BANDERAS00
UNA DESESPERADA VITALIDAD00
EL ALBA MERIDIONAL
PROYECTO DE OBRAS FUTURAS
Transhumanar y organizar (1971)
UNO DE TANTOS EPÍLOGOS
CANTO CIVIL
VERSOS DEL TESTAMENTO
LA POESÍA DE LA TRADICIÓN
Le ceneri di Gramsci (1957)
LE CENERI DI GRAMSCI
IL PIANTO DELLA SCAVATRICE
La religione del mio tempo (1961)00
LA RELIGIONE DEL MIO TEMPO00
APPENDICE ALLA «RELIGIONE»: UNA LUCE00
Poesia in forma di rosa (1964)
SUPPLICA A MIA MADRE
LA REALTÀ
LE BELLE BANDIERE
UNA DISPERATA VITALITÀ
L’ALBA MERIDIONALE
PROGETTO DI OPERE FUTURE
Trasumanar e organizzar (1971)
UNO DEI TANTI EPILOGHI
CANTO CIVILE
VERSI DEL TESTAMENTO
LA POESIA DELLA TRADIZIONE
Sobre este libro

Sobre Pier Paolo Pasolini
Créditos